



BIANCA™

HARLEQUIN™

MAYA BLAKE

EL MARIDO  
DESCONOCIDO

El empresario griego juró recuperar a su esposa.

Imogen había localizado finalmente a su marido largo tiempo desaparecido, Zeph Diamandis... ¡ante el altar! Irrumpiendo en la iglesia, llegó en el momento preciso para impedir la boda. Imogen llevaba buscándolo desesperadamente tras su misteriosa desaparición. ¡Pero pronto descubrió que Zeph no recordaba el acuerdo empresarial que los había unido en matrimonio!

Zeph se quedó atónito al descubrir que ya estaba casado. Su cuerpo y el de Imogen se reconocieron al instante, pero su esposa era tan reservada como hermosa. Y a medida que Zeph fue recuperando la memoria, una idea emergió con fuerza entre todas las demás: en aquella ocasión no se conformaría con un matrimonio solo sobre el papel.

## *Capítulo 1*

**E**N lo alto de la colina había una preciosa iglesia.

Efemia, una isla griega situada en un rincón del mar Egeo, era el típico lugar al que acudían turistas para fotografiarse en parajes tan pintorescos como aquel.

Imogen Callahan jamás hubiera soñado que su desesperada búsqueda fuera a culminar allí. Durante unos segundos, contempló la resplandeciente fachada blanca, la cúpula azul y las ventanas asimétricas, sin poder dar crédito a la información que el detective le había proporcionado.

¿Se habría vuelto loco o se trataba de otro más de los juegos de estrategia que tan bien se le daban? Imogen apretó los labios mientras del interior de la iglesia salían las últimas notas de un himno griego. Apretó los puños para impedir que las manos le temblaran y, tras subir los últimos peldaños, asió el sólido picaporte de hierro.

Cualquiera que fueran las circunstancias, tenía que averiguarlas para recuperar la estabilidad mental que le habían arrebatado tantas noches de insomnio preguntándose qué había sucedido.

Tomando aire, abrió la puerta. El chirrido de los goznes la hizo estremecer.

La luz del sol atravesaba las vidrieras, bañando a los congregados en un mosaico de colores. Y aunque la pareja que se hallaba junto al altar quedaba sumida en la penumbra, Imogen pudo adivinar una figura alta, de anchos hombros y rasgos esculturales, y una mirada aguda y penetrante que se fijó en ella.

Como le pasaba siempre con aquel hombre... si es que se trataba de él y no de una nueva pista falsa, Imogen sintió una fuerza magnética tirar de ella, un estremecimiento interno.

Pero tenía que asegurarse...

Dio varios pasos hacia adelante y carraspeó, al tiempo que alzaba la barbilla y fijaba la mirada en el cura que, dos peldaños por encima de la pareja, la observaba con los dedos entrelazados y gesto benevolente.

—¡Detengan esta farsa! —dijo ella en tono firme.

Se produjo un silencio sepulcral, seguido de un murmullo generalizado y de miradas de asombro que hicieron pensar a Imogen en las telenovelas que veía su abuela, con la diferencia de que aquello no era ficción, sino su propia vida.

Tragó saliva al percibir que los semblantes pasaban de la censura a la hostilidad a medida que avanzaba hacia el altar. Incluso el cura adoptó una expresión contrariada.

Imogen no necesitaba mirarse para recordar el aspecto que presentaba.

El peinado ahuecado que su estilista había insistido en que se hiciera había colapsado con el paso de las horas; el maquillaje, más abundante de lo habitual, enfatizaba cada una de las lentejuelas del corto vestido verde, que centelleaban bajo la cegadora luz del mediodía; los zapatos rojos de tacón alto resultaban abiertamente indecentes en aquel espacio sagrado.

Estaba completamente fuera de lugar, pero tenía que sobreponerse a la vergüenza que pudiera sentir. Después de todo, cuando le llegó el mensaje del investigador privado, estaba en una discoteca en Atenas; algo completamente excepcional, puesto que apenas habla socializado en los últimos diez meses. Y la acuciante necesidad de contrastar la información había sido tan intensa, que ni se había planteado volver a casa a cambiarse.

Sintiéndose juzgada por los feligreses, habría querido gritar que aquella no era su indumentaria habitual, que en lugar de vestidos que dejaban a la vista más de lo que cubrían, solía llevar pudorosos trajes de chaqueta. Pero no tenía por qué dar explicaciones a nadie, y menos desde que había conseguido librarse de la tutela de su padre.

Así que, alzó la barbilla y, mirando a los congregados hasta hacerles bajar la vista, avanzó hacia la pareja que la observaba desde el altar, mientras el murmullo iba subiendo de volumen.

El cura rodeó a la pareja y salió a su encuentro hablando en griego. Imogen sacudió la cabeza.

—Me temo que no hablo griego, pero confío en que usted me entienda, porque, como le he dicho, si no detiene esta ceremonia cometerá un grave error.

—¿Qué error?

Imogen se quedó paralizada al oír la pregunta, que no procedía del cura sino del novio... porque aquella voz profunda, grave, hipnótica había atemorizado a altos ejecutivos y hombres poderosos, había arrastrado a su padre a una espiral de destrucción que le había llevado a ofrecerla como sacrificio.

Esa voz la había hecho oscilar entre el llanto y la ira cuando su dueño se había negado a atender a razones; cuando había rechazado con total frialdad sus súplicas para que reconsiderara el abyecto precio que había exigido de su familia.

En sus peores noches, a lo largo de los últimos diez meses, Imogen se había preguntado por qué le atormentaba la idea de no volver a oír aquella voz en lugar de sentirse aliviada por haberse librado de ella. Al oírla en aquel momento, se dio cuenta de que se había estado engañando y que nunca estaría plenamente liberada de su dueño hasta que diera los pasos necesarios.

Por eso nunca había cejado en su empeño. Y, finalmente, lo había encontrado.

—Te he hecho una pregunta. ¿Puedo saber por qué interrumpes mi boda?

«Mi boda».

¿Se había vuelto loco? ¿Tenía tal capacidad de corrupción el poder? Su arrogancia llegaba a límites insospechados, y eso que ella la había padecido abundantemente en el tiempo que habían pasado juntos.

Antes de que él desapareciera de la faz de la tierra.

Dando un último paso adelante, Imogen pudo verlo con nitidez y se quedó sin aire en los pulmones.

Después de haberse encontrado en tantos callejones sin salida, había dudado que aquella pista condujera a nada. No había podido creer que el hombre al que tanto había buscado llevara todo aquel tiempo en Grecia, en un pueblo perdido en una isla en la que apenas había conexión a Internet.

¿Había algo que se escapaba a su comprensión? ¿A qué demonios estaba jugando él?

Una pregunta susurrada en griego atrajo la mirada de Imogen hacia la mujer sobre cuyos hombros él extendía un brazo protector.

La situación era tan incomprensible que a Imogen se le pasó por la cabeza que se tratara de una bruja, o más concretamente, de una sirena, dado que se hallaban en el país de la mitología

Dio un paso adelante para verla mejor, pero él se interpuso entre ellas sin soltar a la novia.

Su actitud protectora hizo que Imogen se sintiera dolida y al tiempo se indignara consigo misma, puesto que su relación nunca había estado basada en el afecto. Había tomado forma en una fría e impersonal sala de juntas y había continuado en un todavía más frío registro civil en Atenas, donde, dados los sucesos posteriores, parecía haber acabado.

«O lo hará muy pronto», se dijo, confiando en que fuera verdad.

Había dejado su vida en suspenso por dos hombres: su padre y el que tenía ante sí. Todo, por haber nacido mujer. Pero eso iba a acabar.

—Sabes perfectamente por qué. No pretenderás aducir un caso de identidad errónea, ¿verdad? ¿O es que tienes un hermano gemelo?

Extrañamente, un destello de duda iluminó los ojos de él antes de que apretara los dientes y exhalara con desdén.

—Que yo sepa, no —dijo.

—Entonces ¿podemos dejarnos de farsas?

—Te aseguro que tu presencia aquí es la única farsa. ¿Tu nombre es...? Imogen lo miró perpleja y barrió con la mirada a los feligreses, intentando localizar a alguno de los empresarios que solían revolotear en torno a aquel poderoso hombre como polillas atraídas por la luz. Alguien que pudiera explicar qué estaba pasando.

Cuando solo alcanzó a ver a gente del pueblo, sencillamente vestida y con aspecto inocente, se volvió hacia el hombre de nuevo y dijo:

—Si se trata de una broma, te aseguro que no tiene ninguna gracia.

—Y yo te aseguro que la única persona que está dando un espectáculo eres tú, como-te-llames.

Un murmullo sofocado recorrió de nuevo la iglesia, como si su tono imperioso, el que para ella era familiar, resultara sorprendente.

Barajando posibilidades, Imogen se quedó sin aliento. ¿Era posible que...? No podía ser. Aquel hombre capaz de reinar sobre un imperio que él mismo había creado no podía haber perdido la cordura...

Por otro lado, solo algo así explicaría su desaparición, que hubiera abandonado de un día para otro lo único que para él importaba en la vida.

Imogen había despertado cada mañana preguntándose a qué estaba jugando. O dónde. Y temía volverse loca si no lograba averiguarlo.

La posibilidad de que hubiera actuado deliberadamente era inconcebible. Dando un paso adelante y mirándolo a los ojos, dijo:

—Me llamo Imogen Callahan Diamandis. Tú, Zephyr Diamandis — y antes de que él la contradijera, alzó la mano izquierda para mostrar el llamativo diamante que él mismo le había deslizado en el dedo con su nombre grabado en el interior. —Y por si sigues sin acordarte: soy tu esposa.

Zephyr Diamandis.

El nombre era rotundamente griego. De hecho, algo pomposo. Muy distinto al sencillo Yiannis con el que se había conformado al despertar en una cama desconocida diez meses atrás.

El asombro lo paralizó al tiempo que su cerebro buscaba frenéticamente tras la bomba que aquella mujer acababa de detonar. Pero, como siempre que lo intentaba, sintió la instantánea palpitación en las sienes que lo instaba a resignarse, a olvidar.

Zephyr Diamandis.

Le resultaba tan ajeno como Yiannis. Yiannis Sin-apellido.

Así lo había llamado entre risas la que iba a ser su esposa durante meses, después de que fuera acogido en la pequeña familia de Petros.

No había llegado a sentirse cómodo con aquel nombre, pero después de todo, no había nada que pudiera considerar suyo, excepto la ropa hecha jirones con la que lo habían encontrado. Y el hecho de que, puesto que hablaba la lengua, debía de ser griego.

Pero su vida había mejorado algo desde entonces.

Tenía un grupo de amigos, unos vecinos amables y hasta un trabajo ayudando a Petros con sus diez barcos de pesca. Y estaba satisfecho, al menos en la medida que era posible estarlo, de haber accedido a las insistentes, aunque amables, indirectas de Petros para que convirtiera a su hija en una «mujer honesta».

Por todo ello, había decidido dejar a un lado, por el momento, todo intento de descubrir su pasado. Tal y como Petros decía, si alguien lo estaba buscando en algún lugar del mundo, la policía local, que en realidad consistía en un único agente, ya habría hecho alguna averiguación...

—¿Yiannis?

Se volvió hacia la mujer que tenía a su lado, sorprendiéndose al darse cuenta de que la había olvidado tras la llegada de aquella desconocida... aquella temeraria y desafiante...mujer, escasamente vestida y de una espectacular belleza, que proclamaba ser su esposa.

Una mujer de ojos verdes que lo miraban desafiantes, con unos labios voluptuosos, y un sedoso cabello castaño que él habría querido recorrer con sus dedos...

Theos... ¿qué hacía pensando en aquellos labios mientras estaba ante el altar, a unos minutos de casarse con otra mujer?

Una mano pequeña se posó en su pecho y él miró de nuevo a Thea, la mujer que iba a convertirse en su esposa y que lo miraba con la misma confusión e incertidumbre que él sentía

—No se llama Yiannis —dijo la que se decía su esposa.

Al mirarla, él adivinó en sus dilatadas aletas nasales unos celos que le produjeron una extraña y desconcertante satisfacción. ¿Qué demonios...?

¿Le alegraba que aquella mujer sintiera celos de Thea?

Siempre don Reflexivo, como Petros, bromeando, acostumbraba a llamarlo, se puso en el lugar de la mujer y sintió una inmediata incomodidad. También él se habría enfurecido de haber descubierto que su esposa iba a casarse con otro hombre.

Pero... solo tenía la palabra de la mujer.

—¿Soy tu esposo?

¿Por qué aquella pregunta hizo que sintiera la sangre fluir, caliente y densa, por sus venas?

—Sí —dijo la mujer, Imogen, con un temblor en la voz que él no supo interpretar.

La palpitación en sus sienas se intensificó.

—Pruébalo —dijo.



Ella abrió los ojos desmesuradamente y él sintió el impulso de acercarse y perderse en aquellos ojos azul verdosos en los que se reflejaban las vidrieras multicolores.

—¿Qué? —preguntó ella.

Él la miró fijamente y repitió:

—Demuéstrame que no pretendes engañarme. A esta isla llegan constantemente turistas con la intención de... divertirse.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Bromeas?

Por su acento, y aunque él no supiera por qué lo sabía, dedujo que era americana o canadiense. Y una vez más le desconcertó lo atractiva y sensual que la encontraba. Apretó la mano de Thea en un intento de recobrar la serenidad por la que Petros y Yiayia lo alababan y, una vez más, vio que su gesto provocaba un destello en los ojos de la mujer, que ella ocultó al instante.

—No pretenderás que te crea sin más —dijo, justo cuando Petros se levantaba y llegaba hasta ellos.

—Te aseguro que no es ninguna broma —contestó ella, sacudió la cabeza.

Él la observó fascinado mientras veía que sacaba un teléfono del bolso y, con el movimiento, el vestido se pegaba a sus firmes y turgentes senos.

Petros intervino.

—Mi hijo es demasiado educado como para explicar que hay quien viene a la isla a reírse de nosotros. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Tu hijo? —preguntó Imogen, ignorando el resto de lo que Petros había dicho. Miró a Zeph con una expresión que borró con un parpadeo antes de que pudiera descifrarla. —Este no es tu padre.

Él sintió que el corazón le daba un vuelco y la ansiedad por saber más hizo que estuviera a punto de interrogarla, pero se mordió la lengua a tiempo, consciente de que todavía cabía la posibilidad de que se tratara de una broma de mal gusto.

Petros quitó importancia a la afirmación con un movimiento de la mano, provocando una inesperada frustración en Yiannis.

—En lo que a mí respecta, es mi hijo. Ahora, si no te importa y a no ser que tengas alguna manera de probar lo que dices, tenemos que seguir con la ceremonia o...

La mujer los miró alternativamente antes de dedicarles una mirada desafiante y deslizar el dedo por la pantalla del móvil.

Yiannis contuvo el aliento, pero entonces vio fruncirse aquellos preciosos labios.

—No tengo conexión —afirmó ella.

Él sonrió para disimular su desilusión y el vacío que sintió en el estómago.

—No necesitas Internet para acceder a tus fotos. ¿No tienes ninguna en la galería del teléfono, señorita... Diamandis? —preguntó en tono burlón.

Al ver que se sonrojaba y bajaba la mirada, habría querido tomarla por la barbilla y obligarla a mirarlo, pero se dijo que ya le había dedicado demasiado tiempo.

—Soy la señora Diamandis —dijo ella con firmeza. —A no ser que prefieras referirte a mí por mi apellido de soltera: Callahan.

Pasando por alto el comentario, él continuó:

—Como dice Petros, tenemos que continuar con la ceremonia. Admite que has venido para divertirte a nuestra costa como remate de una noche loca —dijo él, sin poder contener el impulso de deslizar la mirada por sus espectaculares piernas desnudas—y te dejaré marchar con una simple disculpa.

Ella lo miró con ojos encendidos.

—¿Y si me niego?

A su espalda se oyeron algunas exclamaciones sofocadas.

—Yiannis, por favor, resuelve esto —siseó Thea en voz baja.

Él la miró. La única hija de Petros era de una belleza discreta y en su rostro se atisbaba el rastro de la melancolía que le había dejado la pérdida de su prometido tres años antes. Yiannis no sabía si había sido su fragilidad o aquella melancolía lo que le había hecho mantenerse distante incluso durante el breve compromiso que habían mantenido.

Cualquiera que fuera el motivo, jamás había sentido el impulso ni de besarla ni de ir más allá. Y aunque no se había planteado qué tipo de mujer

le gustaba, era evidente que Thea carecía de la osadía y la audacia de la mujer que aseguraba ser su esposa.

Se indignó consigo mismo por hacer aquella comparación, pero al mismo tiempo, por más que Thea Nagels le gustara, lo suyo no había sido nunca un gran amor. Se habían hecho amigos animados por Petros, que veía en él la oportunidad de perpetuar su linaje. Y Yiannis se había dejado llevar porque se sentía en deuda con el hombre que le había salvado la vida.

—Ne —dijo. La interrupción ya se había alargado en exceso. —Si no te marchas, yo mismo te echaré de aquí.

Se volvió e hizo un gesto con la cabeza al cura, que, aliviado, recuperó su posición ante el altar. Antes de que abriera la boca, la mujer volvió a hablar.

—Tu yate, que bautizaste Ophelia I en honor a tu madre, está anclado a una milla de la costa —dijo—. Si no me crees, asómate a verlo. Tienes una tripulación de treinta y cinco hombres y conoces al patrón desde que tenías los veinte años. Estabas a bordo cuando caíste al agua y se te dio por ahogado hace diez meses. Todos los que están en ese barco pueden corroborar lo que digo. O puedes seguir adelante y cometer bigamia. Tú decides.

Él se tensó. No porque le impresionara que fuera rico, sino porque las fechas coincidían y porque, efectivamente, podía haberse ahogado de no haber sido recogido por Petros en medio del océano.

Pero había algo más.

Todas las características de sí mismo que él había intuido. Todas las facetas que no había explorado por no ser desagradecido con el generoso y adorable Petros y su familia. Facetas que había sentido tirar de él cuando estaba desprevenido; las numerosas ocasiones en las que en lugar de disfrutar del afecto y el calor que lo rodeaban, se había sentido... perdido. Agradecido, sí, pero... «infravalorado».

Al ver que vacilaba, un nuevo murmullo se elevó entre la gente al tiempo que algunos se acercaban a la ventana para ver por sí mismos.

En cuanto oyó la primera exclamación, sintió un nudo retorcerse dentro de sí para luego empezar a soltarse, aflojando la primera de muchas lazadas.

—Yiannis —Petros pronunció su nombre con cautela.

Pero en su fuero interno, él tuvo la certeza de que aquel era el momento que había estado esperando los últimos interminables diez meses.

Como si intuyera lo que le pasaba, Petros miró a la intrusa con suspicacia y preguntó:

—¿Qué ropa llevaba el día que desapareció?

—Una camisa verde azulada de manga larga y unos pantalones claros. También llevaba una pulsera de cuero, pero puede que se perdiera.

Petros suspiró con resignación porque la descripción era exacta, incluida la pulsera que Yiannis había acabado tirando porque estaba deteriorada y no servía para identificarlo.

Yiannis se volvió a Petros con pesadumbre y dijo:

—Lo siento, viejo amigo.

Porque tenía que averiguar quién era.

El rostro de Petros se contrajo de dolor, probablemente porque lo llamara amigo en lugar de pateras, tal y como llevaba tiempo pidiéndole que hiciera. O quizá porque también sabía lo que iba a suceder.

Aprovechando que los invitados estaban entretenidos buscando el yate, Yiannis miró a Thea y no pudo reprimir una sonrisa al ver el alivio que reflejaban sus ojos. Que aceptara con tanta facilidad la situación, dando un paso atrás y refugiándose en brazos de su padre, demostraba que todavía no había superado la pérdida de su prometido.

Yiannis... Zephyr, de acuerdo con lo que acababa de descubrir, se volvió hacia la mujer, que se había quedado callada, y le desconcertó aún más la intensa atracción que despertaba en él, que reavivara un deseo que llevaba meses adormecido. Aquella mujer, su esposa, era suya. Podía besarla, acariciarla... Pero primero...

—Si esto resulta ser una broma de mal gusto, te arrepentirás.

## *Capítulo 2*

**I**MOGEN miraba en la distancia en lugar de al hombre que permanecía de pie, en un lateral de la lancha que los conducía al yate.

Por su parte, ella estaba todavía asimilando los acontecimientos que acababan de tener lugar.

Una vez Zephyr había decidido que quería contrastar la información por sí mismo, había actuado sin la menor vacilación.

Su partida había causado una gran conmoción a aquellos que dejaba atrás. Imogen no necesitaba saber griego para entender que Petros le suplicaba que reconsiderara su decisión, al tiempo que a ella le lanzaba miradas de odio. Una mujer mayor había llorado desconsolada, y Zeph había pasado un buen rato con ella, dándole explicaciones, hasta que ella le había acariciado la mejilla en un gesto de perdón.

En cuanto a la mujer con la que Zeph iba a casarse, mantuvo el semblante sereno y su mayor preocupación parecían ser su padre y la que Imogen deducía que era su abuela. Las miradas que dirigía a Zeph no eran ni de resentimiento ni de dolor, lo que hizo preguntarse a Imogen, con un alivio que prefería no analizar, si se había tratado de un matrimonio de conveniencia, igual que había sido el suyo.

En menos de una hora, Zeph había cortado lazos con su vida de los últimos diez meses, pero a Imogen no le sorprendió, porque el hombre al que estaba ligada sin remedio era conocido por su implacable eficiencia.

El trayecto duró menos de cinco minutos, pero para cuando él volvió a mirarla y le tendió la mano para ayudarla a bajar de la lancha, Imogen estaba hecha un puñado de nervios. Por eso vaciló antes de aceptar su

ayuda y seguidamente tuvo que ahogar una exclamación al tener el primer contacto físico con él desde que Zeph le había puesto la alianza en aquel frío juzgado de Atenas, casi dos años antes.

Por aquel entonces, había estado demasiado angustiada por haberse convertido en el cordero expiatorio que su familia entregaba en sacrificio como para pararse a pensar en la descarga eléctrica que recibía al tocar a Zeph.

En aquel momento, viéndolo tal vibrante, tan sólido, el recuerdo de por qué la odiaba también se reavivó.

El deseo de venganza de Zeph tenía su origen, como tantos otros, en una injusticia: el incumplimiento del acuerdo firmado entre el padre y el abuelo de ella con el abuelo de Zeph, que había llevado a la familia de este a la ruina; un hecho que el padre de Imogen seguía sin reconocer aun después de haberla ofrecido a ella, su única hija, a cambio de salvarse él.

Pero ella había hecho los deberes y había averiguado las atroces consecuencias que habían tenido los actos de su familia.

Los Diamandis lo habían perdido todo después de que su padre y su abuelo incumplieran los términos del acuerdo de transporte marítimo en el que la familia de Zeph había invertido hasta su último céntimo. De la noche a la mañana, habían pasado de estar a punto de hacer una fortuna a convertirse en unos parias de la sociedad de Atenas. El abuelo de Zeph había sufrido un infarto poco después. Y uno a uno, primero su padre y luego su madre, habían fallecido, dejando atrás a un niño amargado que había acabado en el sistema de acogida y había crecido con el resentimiento de saber que los Callahan eran responsables de haber destrozado a su familia.

Así que a Imogen no le extrañaba que aquel hombre no la hubiera tocado desde que la había dado su apellido como si se tratara de una sentencia de muerte, y que luego hubiera desaparecido.

Pero ya no podía negar la sensación chispeante que sentía en la piel al rozar su palma contra la de él y cuando Zeph cerró los dedos alrededor de los de ella con masculina firmeza para ayudarla a subir a la cubierta del barco o la miró con sus penetrantes ojos azules como si quisiera explorar su alma.

Su marido, desaparecido tanto tiempo, acababa de volver a su vida. Amnésico. Aparentemente.

Todavía no se hacía a la idea de haberlo encontrado.

Vivo y saludable. Poderosamente masculino y aún más guapo... Y mirándola como si quisiera..., como si...

Inspiró bruscamente, intentando mantener la compostura mientras el personal, formando una fila junto al piloto, esperaba con sorpresa y alegría a que su jefe subiera al barco del que había desaparecido diez meses atrás.

Junto a la sorpresa, Imogen también percibió sus miradas de incredulidad; la misma que había sentido ella por la transformación que había sufrido aquel hombre implacable. Pues al dejar el pequeño pueblo en el que había vivido desde su desaparición, Zeph no se había puesto traje ni vestido formalmente. El magnate que podía hacer colapsar la economía mundial con la misma facilidad que un jardinero excavar la tierra, llevaba unos pantalones cortos color caqui y una camiseta blanca.

Pero lo más sorprendente de todo era que a ella le gustaba más así. Mucho más.

Desvió la mirada de sus anchos hombros y de los músculos de sus brazos, más desarrollados que en el pasado, hacia su fuerte cuello y el cabello que se le rizaba en la nuca, por el que él pasaba ocasionalmente sus bronceados dedos mientras saludaba a los miembros de la tripulación.

Sonriéndoles.

Imogen pensó que iba a matarla a sorpresas.

Titos, el patrón del Ophelia I, estrechó su mano con fuerza, lanzándose a una perorata emocionada en griego

Zeph respondió en el mismo idioma y saludó al resto del personal, que parecía perplejo con su cordialidad.

Cuando, tras unos minutos de charla distendida, el patrón los animó a volver al trabajo, Imogen volvió a quedarse atónita al ver que Zeph se volvía hacia ella sin que la sonrisa se hubiera borrado de sus labios.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Ella se dio cuenta de que lo estaba mirando boquiabierta.

—Yo... estás sonriendo —soltó, sin poder contenerse. La sonrisa desapareció y Zeph entornó los ojos.

—Lo dices como si te extrañara —al ver que ella no respondía, la instó—: ¿Callahan?

Imogen no comprendió por qué le molestaba tanto que Zeph usara premeditadamente su apellido de soltera para establecer una distancia entre

ellos. ¿No era eso mismo lo que ella quería? ¿No era el motivo de que lo hubiera buscado por todas partes, en contra de la opinión de la policía y de la junta directiva? ¿No había querido recuperar su independencia, volver a ser Imogen Callahan y no Imogen Diamandis, la mujer trofeo de uno de los hombres más ricos y poderosos del planeta?

Sí. Pero la intención de Zeph era otra. Alzando la barbilla, dijo:

—Si usando mi apellido de soltera pretendes poner en duda que estemos casados, solo pierdes el tiempo.

—Puede que no recuerde quién soy, pero no tengo por qué creerme todo lo que me dicen.

Aquel sí era el Zeph que ella recordaba. El aterrador magnate de la industria naviera ante el que poderosos hombres adultos salían en desbandada.

—¿Por qué iba a mentirte?

—Por el mismo motivo por el que estás en tensión mientras el resto de la gente parece encantada de verme —dijo él en un tono a un tiempo aterciopelado y amenazador.

La voz que, lo recordara o no, solo usaba con ella.

—¿Puedes explicarme por qué? —insistió él.

Ella se encogió de hombros, fingiéndose tranquila.

—Me preocupa tu bienestar. Todo esto debe resultarte... muy distinto a lo que has vivido estos meses. ¿Quieres descansar?

Una nueva sonrisa volvió a asomar a los labios de Zeph.

—Puede que no recuerde demasiado, pero dudo que sea tan frágil... mi querida esposa —dijo con sorna, mirándola fijamente.

—Titos, el patrón... —comenzó ella, cambiando de tema, —como no sé griego no sé si te ha contado que te conoce desde niño. Él podrá corroborar cualquier cosa que quieras saber.

Zeph mantuvo la mirada fija en ella.

—Parece un buen hombre, pero no creo que sea ni un amigo ni un confidente —replicó.

Y Imogen no pudo contradecirlo.

Zeph Diamandis había sido siempre un lobo solitario que regía su mundo con un puño de titanio. Tenía socios y aliados, pero no amigos.



—Deduzco que tengo razón —añadió él al ver que no contestaba. Imogen carraspeó.

—Sí, estás en lo cierto. No puedo decir que fuerais amigos íntimos.

—Supongo que por alguna buena razón —dijo él.

La pregunta implícita en la afirmación despertó la alarma de Imogen. De pronto no estaba segura de querer hablarle de sus relaciones. No sabía si quería decirle que ellos dos, lejos de ser una pareja casada convencional, eran enemigos a los que había unido la determinación de Zeph por vengar a su familia, que él había renacido de las cenizas decidido a cobrarse un precio de los Callahan.

Ese precio había sido ella.

Zeph se acercó e Imogen recordó de nuevo, aunque en realidad nunca lo hubiera olvidado, lo espectacularmente guapo que era y cómo podía hacerse con el control de una habitación llena de gente con su sola presencia, sin necesidad de pronunciar ni una sola palabra.

Incluso la cubierta del gran yate se convirtió en una opresiva cueva cuando aquellos ojos se clavaron en ella como dos rayos láser. Unos ojos que sentía en cada parte sensible de su cuerpo, que le endurecían los pezones y los senos.

¿Qué le había preguntado? Se humedeció los labios.

—Sé que quieres respuestas, y en algún momento...

—Ne, quiero respuestas ya. Puedes empezar por decirme dónde estabas anoche. ¿Qué hacías vestida así?

—¿Disculpa? ¿Cómo te atreves...?

Imogen prefería indignarse a intentar ignorar las sensaciones que despertaba en ella y que le recordaban que era una mujer. No quería preguntarse por el espacio húmedo y caliente que notaba entre las piernas y que subía de temperatura cada vez que aspiraba el aroma de Zeph, o que fijaba la mirada en sus sensuales labios, o en sus músculos, o en unas manos callosas que imaginaba sobre su cuerpo, acariciándola...

—No critico tu gusto, aunque tengo que admitir que me... molestó que otros hombres pudieran disfrutar viendo tus espectaculares piernas —añadió él.

Imogen lo miró perpleja.

—¿Por qué...? Suenas... celoso.

La idea era tan absurda como el escalofrío de satisfacción que la recorrió.

—¿Ah, sí? ¿Es una novedad que quiera saber dónde ha estado mi esposa?

A Imogen se le pasó el enfado súbitamente, porque aquella balbuceante pregunta volvió a desconcertarla. El Zeph que ella conocía solo le había manifestado la más completa indiferencia.

Lo único que le había interesado era presentar la apariencia de un matrimonio respetable para cerrar el acuerdo más importante de su vida: la adquisición del conglomerado multimillonario Avalon Inc.

Imogen no sabía cómo había averiguado su padre que Diamandis estaba en negociaciones con Avalon, y menos aún cómo supo que Philip Avalon, el magnate de noventa y tres años, había puesto una última condición para acceder a vender la compañía a Zephyr: «que solo se vendiera a un hombre de familia, no a un playboy con más dinero que cabeza».

Imogen se habría reído de una idea tan anticuada, incluso se habría preguntado por qué un hombre como Zeph Diamandis se doblegaba a aquella exigencia, de no haber sido porque ella misma estaba en el centro del aquel acuerdo. O si la compañía de su familia, en otro tiempo tan próspera, no hubiera estado al borde del abismo.

Que Avalon incluyera Callahan Shipping entre sus filiales había supuesto un incentivo para que Zeph, en una sola jugada, diera el golpe que todo miembro de la familia Callahan llevaba temiendo las últimas dos décadas. Zeph había adquirido Avalon y, de paso, la compañía por la que ella, Imogen, se había enfrentado a su padre y había hecho la carrera de Empresariales, costándole sangre, sudor y lágrimas.

Durante los meses previos a desaparecer Zeph, Diamandis Shipping se había convertido en la mayor compañía mundial en manos de un solo propietario, lo que había convertido a su marido en uno de los hombres más ricos e influyentes del planeta.

¿Era posible que el hombre que en aquel momento le preguntaba, como cualquier marido normal, por lo que había hecho la noche anterior no tuviera ni idea de lo poderoso que era?

Pero no había nada de normal en la mirada con la que Zeph la escrutaba, a la espera de una respuesta que había quedado suspendida, incómodamente, en el aire.

—Para que lo sepas, salí con... con unos clientes de la compañía — contestó ella finalmente.

—¿Acostumbras a entretener a los clientes fuera de las horas de trabajo? Imogen se encogió de hombros.

—Pocas veces, pero... —hizo una pausa al recordar, contrariada, por qué había tenido que hacerlo, —ningún otro director estaba disponible.

O ese había sido el resultado de que todos se hubieran ido de vacaciones, dejándola sola con unos clientes particularmente difíciles.

—¿Son unos clientes importantes?

—Hasta ahora han resultado un poco... incómodos. Pero sí, son importantes.

Y la junta directiva se había aprovechado de que era el miembro más joven para asignárselos a ella. Les había dado lo mismo que estuviera sobrecargada de responsabilidades, incluida la de buscar a su marido, y habían aducido que, si estaba tan interesada en cerrar un contrato con la empresa de los hermanos canadienses, debía asumir la responsabilidad y demostrar que estaba a la altura de su posición.

Zeph la observó como si quisiera leer entre líneas y, temiendo que lo lograra, que intuyera la continua lucha que había representado conservar su puesto en una junta directiva de hombres cuya actitud hacia ella era, en el mejor de los casos, despectiva, Imogen se quitó los tacones que llevaban horas torturándola y fue hacia la barandilla.

Durante unos segundos, se dejó acariciar por la suave brisa del mediodía. Entonces, al recordar la avalancha de asuntos que quedaban pendientes, entre otros, el de anunciar que Zeph estaba vivo, se cuadró de hombros y dio media vuelta.

La inesperada proximidad de Zeph a su espalda, observándola, hizo que soltara una exclamación.

—¿Quiere algo?

—¿Aparte de que me digas lo que sospecho que me ocultas? — preguntó él, enarcando una ceja.

—No sé a qué te refieres —dijo ella a la defensiva. Él frunció los labios.

—Claro que lo sabes, pero dejémoslo estar por ahora. Dime, ¿cuál fue el resultado de la velada?

Imogen suspiró aliviada ante una pregunta fácil de responder, siempre que ignorara lo insoportable que se le habían hecho las horas con los gemelos de Canadá.

—Hacia el amanecer, cerramos el trato. Los abogados están redactando el contrato en este mismo momento. En cuanto den la luz verde, lo firmaremos.

Imogen no sabía qué esperar. ¿Indiferencia? ¿Desdén? La frialdad habitual que Zeph acostumbraba a dedicarle...

La mezcla de orgullo y rabia que centelleó en sus ojos la dejó atónita. Antes de que pudiera plantearse a qué se debía, él dijo:

—Aunque te doy la enhorabuena por haber conseguido el acuerdo, no sé si el procedimiento me gusta.

Imogen se encogió de hombros.

—Para alcanzar el éxito, la estrategia lo es todo —masculló, turbada por lo que su proximidad le hacía sentir y por el efecto que tenía en sus nervios.

Él entornó los ojos.

—Eso suena a frase hecha. ¿Es de un conocido tuyo?

—La dijiste en una entrevista en la revista Forbes cuando te nombraron

Hombre del Año hace tres años.

En lugar de enorgullecerse por saber que le habían otorgado ese título, Zeph la escrutó con más atención.

—¿Me estás poniendo a prueba, matia mou? —preguntó. —¿Dudas de mi pérdida de memoria?

Lo cierto era que no, esa no había sido su intención, al menos conscientemente, pero tal vez sí había citado sus propias palabras esperando una reacción. Porque tener un marido indiferente era una cosa. Pero aquel Zephyr Diamandis, igualmente enigmático pero capaz de mostrar sentimientos, era otra muy distinta.

Yiannis...No, tenía que recordar que ya no era Yiannis, el pescador, sino Zeph.

Zeph vio que ella se ruborizaba y que, una vez más, desviaba la mirada como si ocultara algo.

Suponía que, puesto que estaban casados, la atracción que sentía hacia ella era natural. Y si creía a la tripulación, que se dirigía a él respetuosamente como kyrios Diamandis, debía ser su jefe y el dueño de aquel impresionante barco junto con otros muchos otros bienes.

Pero, instintivamente, tenía la sensación de que algo se le escapaba, algo a lo que su mente no llegaba a acceder.

—No creo que debamos tener ninguna conversación detallada hasta que... te vea el médico —dijo Imogen, mirándolo de soslayo.

—Me encuentro perfectamente —dijo él.

Ella sacudió la cabeza con una expresión parecida a la que había visto en sus empleados: respeto mezclado con temor.

¿Sería ese el sentimiento que despertaba en los demás?

Zeph sintió un sabor amargo en la boca ante esa posibilidad y decidió descartarla. No tenía sentido preocuparse por algo que podía no ser verdad.

Más interesante fue ver la mirada que Imogen deslizaba por su cuerpo, como si quisiera confirmar el estado de su salud. Entonces dijo:

—Aunque sea así, estarás de acuerdo en que debemos ver a un médico —tras una breve pausa añadió—. A no ser que ya visitaras a uno en la isla.

Zeph negó con la cabeza.

—No, Petros y Yiayia cuidaron de mí.

—¿No te ha visto ningún médico? ¿No sentías curiosidad por recordar quién eras?

Zeph estuvo a punto de sonreír por el tono de reproche y sorpresa que intuyó en su voz. Pero Imogen volvía a mirarlo con la misma expresión que había logrado despertar en él una libido que en todos aquellos meses había estado adormecida y que, por el momento, tendría que ignorar.

—Solo porque te plantaras en un apacible pueblo reclamándome como si te perteneciera no significa que todo el mundo allí fuera retrasado.

Ella pareció ofenderse.

—No pretendía...

—Pero entiendo lo que dices. La atención médica que recibí me permitió recuperarme físicamente —meses de intenso dolor y confusión en los que las preguntas de Petros no encontraban respuestas en su mente.

Quizá porque sobrevivir era lo único que contaba. —En cuanto a mi estado mental... Tú eres la prueba viviente de que las cosas suceden tal y como deben.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Quieres decir que confiabas en que el universo encontrara la solución?

—¿Y no te parece que haya sido así?

Imogen parpadeó antes de volver a desviar la mirada y con ello darle la respuesta que esperaba.

—Supongo que tienes razón —musitó finalmente.

—Si es lo que quieres, veré a un médico —dijo entonces él, prestando atención a cómo reaccionaba.

Ella se ruborizó y se humedeció los labios, un gesto que subrayaba su nerviosismo y que él encontraba de una sensualidad perturbadora.

—Sí quiero... Me refiero a que sería lo prudente.

—Muy bien, organicémoslo. Pero antes...

Zeph miró a su alrededor y luego a ella con una ceja enarcada. Ella dio un paso adelante y carraspeó.

—Sí, te enseñaré el barco y luego podrás descansar mientras llamo al médico —se detuvo y Zeph se dio cuenta de que, sin tacones, apenas le llegaba al pecho.

«Es un apetitoso bocado».

Apretó los dientes para desviar la atención del palpitante calor que sentía en la entrepierna y concentrarse en sus palabras

Aunque fuera lo último que le apeteciera hacer, ella tenía razón: le convenía descansar. Pero lo cierto era que se sentía más alerta que desde hacía meses. Y con cada respiración era más consciente de todo lo que se había perdido

Con un gesto de la cabeza cedió el paso a Imogen y, por cómo lo miró, supo que había vuelto a desconcertarla. Y pensaba hacerlo todo lo posible... quería hacerla reaccionar, colorear sus mejillas, lograr que su pecho se agitara para poder admirarlo sin pudor.

¿Se habría transformado en alguien a quien no reconocía en el trayecto entre Efemia y el yate o acaso siempre había sido así respecto a Imogen?

No pudo seguir pensando cuando ella presionó el botón de un ascensor y, al entrar, la cabina se impregnó de un delicioso aroma que le aceleró la sangre de inmediato.

Cuando salieron, se obligó a apartar la mirada del trasero de Imogen y miró alrededor.

Se encontraban en un espacio panelado en madera, con un suelo de baldosas color crema que creaba un ambiente agradable. Zeph supuso que lo habría elegido él mismo, puesto que había bautizado el yate en honor a su madre.

—¿Mis padres están vivos? —preguntó súbitamente. Imogen se quedó paralizada, mirándolo con prevención.

¿Qué demonios pasaba?

Ella miró al suelo y Zeph se preparó a oír malas noticias.

—Me temo que no. Ambos murieron hace unos veinte años.

Zeph sintió un inesperado dolor y tuvo el imperioso deseo de saber más.

—¿Y algún otro familiar? ¿Hermanos? —bajó la mirada al vientre de ella

—. ¿Tenemos hijos, Imogen?

Mirándolo aturdida, ella tragó saliva y negó con la cabeza.

—No. Y tú eras hijo único. En Diamandis tienes algunos familiares lejanos, pero no te relacionas con ellos.

No se relacionaba con sus familiares, no tenía amigos, ni padres.

El vacío que Zeph sentía en su interior se expandió. Pero logró contener la emoción como si fuera algo habitual en él.

—Entonces, ¿tú eres la única persona próxima a mí?

Ella abrió los ojos desmesuradamente antes de volver a bajar la mirada al suelo.

—Supongo que sí —contestó; como si se sintiera incómoda, indicó con el brazo un pasillo y preguntó—: ¿Seguimos?

—Solo una pregunta más. ¿Cuántos años tengo?

—Treinta y cuatro. El próximo mes cumples treinta y cinco.

Pensativo, Zeph se acercó a ella y alzó la mano para acariciarle la mejilla al tiempo que preguntaba:

—¿Y tú, mi dulce esposa?

La respiración de Imogen se alteró, y Zeph tuvo la satisfacción de saber que no era el único que se sentía emocionalmente inestable.

—¿Yo? Vein-veinticinco. Cumpliré veintiséis en Navidad.

—¿Veinticinco y diriges una multinacional a la vez que intentas encontrar a tu marido? Admirable.

Ella volvió a parecer asombrada, pero cuando Zeph creyó que se sonrojaría por el cumplido, volvió a adoptar un semblante receloso que le hizo sentirse como si le hubieran arrebatado un premio que tuviera al alcance de los dedos.

Al ver que se separaba de él, Zeph sintió una creciente frustración.

—Gracias —dijo entonces con frialdad, casi contrariada.

Parecía negarse a aceptar el halago y Zeph reflexionó sobre ello mientras lo guiaba por un barco que no recordaba, en el que apreciaba una riqueza que los habitantes de Efemia habrían dado lo que fuera por poseer.

Pero lo que perturbó más a Zeph cuando vio su vestidor, un espacio lujoso en el que había decenas de impecables trajes, caros relojes y zapatos hechos a mano, fue la intensidad del vacío interior que sentía, y que sospechaba que no se llenaría ni aun recuperando la memoria. Porque era el vacío que dominaba el sueño recurrente que sufría cada noche, en el que había un niño abandonado, solo, herido y furioso apostado en el umbral de una puerta. Un niño perdido que, como él, buscaba un sentido a las cosas con una desesperación que hacía despertar a Zeph sudoroso y con el corazón acelerado.

Tal vez fue el deseo de borrar esas sensaciones lo que lo impulsó a volver y hacer lo que hizo.

Cada célula de Imogen estalló en vida cuando Zeph la besó.

Solo fue un breve contacto, pero ella se llevó los dedos a los labios en cuanto él alzó la cabeza.

—¿A qué viene esto?

Él se encogió de hombros.

—Un experimento, para ver si podía quitarme algo del peso que siento. Ella retrocedió y fue hacia un teléfono que había en la mesilla.



—¿Qué vas a hacer?

—Concertar una cita con el médico. Zeph la miró contrariado.

—No pensé que sería tan pronto.

—¿No quieres que te vea enseguida? ¡Tienes amnesia!

—¿Y qué va a hacer el médico? ¿Darme una pastilla para que recupere la memoria milagrosamente?

—No lo sé. Pero supongo que querrás saber qué hacer para mejorar.

Zeph ladeó la cabeza con un gesto que solía preceder a uno de sus comentarios sarcásticos. Pero no fue así.

—¿Tanto rechazas besar a tu marido que prefieres llamar a un médico para evitarlo?

—Yo... ¡Eso es absurdo! Tu-tu salud es lo más importante. No... no...

—Imogen calló y se irritó consigo misma al notar que se ruborizaba.

—¿No quieres hablar de por qué mi mujer se ruboriza cuando le miro las piernas? —Zeph se encogió de hombros. —Tengo que reconocer que estoy intrigado. Prefiero averiguar eso que meterme en esto... —se señaló con los dedos la cabeza al tiempo que hacia una mueca de desagrado.

Imogen colgó lentamente el auricular.

No podía ser cierto que Zeph no quisiera saber qué le pasaba.

El implacable magnate que emitía un ultimátum tras otro y que había respondido con desdén a todas sus súplicas no habría dudado en llegar al fondo de por qué había perdido diez meses de su vida.

Diez meses en los que había disfrutado viviendo en una isla de pescadores... Quizá fuera cierto que no le importaba averiguar la verdad. Pero ¿dónde la dejaba eso a ella?

La ternura que había despertado en ella cuando le había preguntado por sus padres y por sus posibles hijos no la había abandonado. Aunque sabía que era peligroso, no había podido evitar sentir lastima por él. Pero sabía que ese camino solo la conducía al desastre. No podía vivir eternamente pendiente de su misericordia.

En poco más de un año se cumplían los tres años que debían permanecer casados. Y ella no pensaba desviarse de su camino.

Frunciendo los labios, levantó de nuevo el auricular.

## Capítulo 3

**M**IENTRAS Zeph descansaba en el camarote, Imogen no podía dejar de plantearse distintas posibilidades. ¿Podía la amnesia ser incurable o prolongarse durante años?

Si Zeph no recuperaba la memoria antes del plazo que la hacía libre ¿podría llevar a cabo su plan de recuperar la plena autonomía de Callahan Shipping? ¿Accedería a ello el nuevo amable y considerado Zeph o se interpondría en su camino?

Viéndolo aparecer en aquel momento en la tercera cubierta del yate, intentó, en vano, dominar el estremecimiento que le producía su presencia.

¿Lo había encontrado siempre tan atractivo o el misterio de su desaparición lo hacía más seductor?

La pregunta se difuminó cuando él la sometió a una de sus intensas miradas y la saludó:

—Kalispera, glikia mou.

Imogen se aferró a lo primero que se le pasó por la mente.

—Hola. No te has cambiado.

Zeph seguía en camiseta y pantalones cortos, y estaba descalzo. Imogen, apartando bruscamente la mirada, se preguntó desde cuándo había desarrollado un fetichismo por los pies.

—No encuentro nada que me guste —dijo él. Imogen se quedó perpleja.

—¿Perdona?

Zeph se encogió de hombros y se pasó los dedos por el cabello, conjurando una imagen que la dejó de nuevo boquiabierta por lo atractivo que lo encontraba. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿De dónde surgía un deseo que, en las dos únicas relaciones que había tenido antes de casarse con Zeph, había estado adormecido hasta el punto de pensar que era asexual?

—Toda la ropa es gris, negra o azul marino. No me gusta —apuntó él. Imogen agradeció que la devolviera al presente, aunque, una vez más, fuera para desconcertarla. Porque también aquella actitud era extraña y parecían haberse invertido sus papeles respecto al día en que ella había bajado del avión privado que la había llevado de Texas a Atenas.

En cuanto Zeph la había visto, había convocado a un ejército de diseñadores de alta costura en su apartamento para que le crearan un nuevo vestuario. A partir de ese momento, se había convertido en la clienta favorita de todos ellos dado que, siguiendo las instrucciones de Zeph, las prendas se renovaban cada temporada.

—¿Quieres que te lleven un nuevo vestuario esta tarde al apartamento?

—preguntó ella, intentando ocupar su mente en otra cosa que no fuera el magnetismo de Zeph.

Él la miró fijamente.

—Ne, efaristo —dijo entonces. Y frunciendo el ceño, preguntó—: ¿El apartamento?

—Sí. El helicóptero está listo para llevarnos a Atenas, donde nos espera el médico.

Zeph pareció contrariado, pero se encogió de hombros.

—Muy bien. Tú mandas, gynaiika mou. Por ahora.

Imogen evitó pensar por qué la recorría una sensación efervescente cada vez que Zeph se dirigía a ella de manera afectuosa.

—¿Quieres algo antes de que nos marchemos?

—No, gracias. Y por favor, deja de tratarme como si fuera de cristal, Imogen

Ella mandó un mensaje relativo al vestuario de Zeph y tomó su bolsa de mano, pero se sobresaltó cuando él la sujetó por el codo.

O Zeph no lo notó o prefirió no darse cuenta, puesto que, sin soltarla, subió con ella a la cubierta donde esperaba el helicóptero.

Como el resto del personal, el piloto miró a Zeph atónito. Los dos hombres se saludaron amistosamente en griego mientras Zeph entrelazaba sus dedos con los de Imogen en un gesto tan poco común en él y tan perturbador para ella, que lo mencionó en cuanto el helicóptero se elevó en el aire.

—No hace falta que hagas esto —dijo bruscamente.

—¿El qué?

—Esto —dijo ella, indicando sus manos entrelazadas.

—¿Por qué no?

—Puesto que vas a enterarte pronto no creo que haya ningún mal en decírtelo: eres un hombre rico y poderoso, que ha salido con algunas de las mujeres más hermosas del planeta. Pero esto no es propio de ti. No haces demostraciones públicas de afecto. Así que no hace falta que me tomes la mano... ni nada por el estilo.

Los ojos de Zeph brillaron de una manera que provocó un cosquilleo en la piel de Imogen aun antes de que contestara:

—Yo solo veo a una mujer hermosa, eros mou. Una mujer que lleva mi alianza y mi apellido. Supongo que hay una razón para ello.

Tomada por sorpresa, Imogen saltó:

—¿Qué quieres que te diga, que nos enamoramos a primera vista?

El brillo en los ojos de Zeph se intensificó hasta casi quemarla. Tras unos segundos, respondió:

—Puede que no fuera amor, pero estoy seguro de que sí fue deseo a primera vista.

Ella tuvo que ahogar una exclamación.

—Eso no es más que tu libido —replicó, ocultando su turbación tras el sarcasmo.

—Eso espero, o voy a tener que consultar al médico algo más preocupante que mi pérdida de memoria —dijo él.

Ella tardó unos segundos en darse cuenta de que era una broma, y una fracción de segundo más en estallar en una carcajada que se convirtió en un ataque de risa.

Y Zeph... también estalló en una risa profunda y liberadora, que acabó envolviéndolos a ambos en un ambiente cálido y acogedor, tan delicioso que Imogen sintió su corazón henchirse de gozo.

Dos incontrolables minutos más tarde, Imogen se dio cuenta de que Zeph había pasado a mirarla de otra manera, escrutándola con una fiera intensidad.

—Tienes una risa increíble, Imogen —dijo con voz aterciopelada.

Ella dejó de reír al percibir la corriente eléctrica que circulaba entre ellos. Un intenso calor se asentó entre sus piernas y le obligó a revolverse en el asiento.

Él sonrió con masculina satisfacción al tiempo que bajaba la mirada a su pecho. Imogen no necesitaba mirar para saber que tenía los pezones endurecidos.

—Y resultas aún más espectacular cuando estás excitada.

Ella sacudió la cabeza, decidida a impedir que sus halagos le hicieran bajar la guardia.

—Nos estamos desviando del tema. Zeph sonrió con sorna.

—Yo diría todo lo contrario.

Imogen seguía perpleja y desconectada cuando el helicóptero aterrizó en la azotea del lujoso edificio de apartamentos de su propiedad en Atenas. Igual que con la tripulación del yate, Imogen había anunciado el retorno de Zeph y había pedido discreción, de manera que cuando entraron en el espectacular apartamento, solo los esperaban el ama de llaves y dos mayordomos.

Despina, el ama de llaves de más de sesenta años y una de las pocas personas que conocía a Zeph desde su infancia, se acercó a él con lágrimas en los ojos y un torrente de palabras en griego.

Una vez más, Imogen observó atónita como Zeph no solo le sonreía, sino que consentía que lo besara.

Cuando Despina se marchó, prometiendo que volvería con su comida favorita, uno de los mayordomos anunció:

—El médico ha llegado, kyrios Diamandis. Está esperando en la planta baja.

Zeph asintió y su rostro adoptó el tipo de expresión concentrada que hizo recordar a Imogen a su antiguo yo. Tanto, que la recorrió un escalofrío.

Zeph pareció notarlo al mirarla mientras atravesaban varios pasillos empapelados en tono gris antes de entrar en un gran salón decorado en blanco y gris.

Imogen contuvo el aliento mientras Zeph miraba a su alrededor antes de volverse a mirarla.

—¿Pasa algo? —preguntó con voz grave.

—Me preguntaba si te resultaba familiar —contestó ella.

Él volvió a mirar en torno con una calma que Imogen encontró llamativa.

—No —dijo finalmente. —Pero no es eso lo que te preocupa, ¿verdad? —añadió.

Puesto que no podía decirle que le había alarmado ver un destello de cómo acostumbraba a ser, Imogen optó por una excusa.

—Aunque confíe en el personal, no creo que podamos mantener tu vuelta en secreto por mucho tiempo. Una semana como mucho.

Zeph apretó los labios y su mirada se ensombreció antes de que dijera:

—Sospecho que cuento con un equipo de relaciones públicas.

—Por supuesto.

Zeph asintió con la cabeza.

—Prepara una reunión. Les indicaré cómo quiero que actúen.

A Imogen no le sorprendía que, aunque no recordara nada de su pasado, Zeph retomara su papel de poderosos magnate con facilidad, puesto que la autoridad parecía formar parte de su ADN.

Pero entonces, ¿quién era el hombre que le había hecho reír en el helicóptero? ¿Un Zeph Diamandis largo tiempo enterrado o solo una personalidad pasajera?

Se tensó al darse cuenta de que deseaba que fuera la primera opción, diciéndose que tenía que darle lo mismo, que ella debía concentrarse en el futuro: la libertad de aquel estéril matrimonio y la recuperación de su empresa.

Recordándose que ese era su objetivo, intentó permanecer impasible bajo la mirada de Zeph mientras escribía un mensaje al equipo de relaciones públicas para convocar una reunión aquella misma tarde.

Luego, suspiró aliviada al ver que Despina entraba, seguida de dos doncellas, con la comida.

—Voy a por el médico —dijo.

Zeph la siguió con la mirada y dijo con una dulzura que cargó el aire de electricidad:

—Corre cuanto quieras. Ya te alcanzaré.

Imogen trastabilló. Se irguió. Tomó aire y evitó mirarlo.

Porque si aquel comentario indicaba algo era que Zeph estaba decidido a dar voz a lo que en el pasado había rechazado con una cruel frialdad: la conexión emocional que había entre ellos.

Y mientras iba a buscar al médico se juró que dominaría aquella inoportuna atracción y que se mantendría lo más distante posible de su marido. ¿Cómo? No lo sabía, pero estando tan cerca de alcanzar su objetivo, no podía cometer ningún error.

—Me alegro mucho de verlo, kyrios Diamandis —dijo el médico, en cuyo rostro se reflejó la misma sorpresa que en el resto de las personas que veían el nuevo aspecto que Zeph presentaba.

La sonrisa con la que él lo saludó, prendió la llama que Imogen estaba decidida a apagar.

—Muchas gracias —dijo Zeph. —Aunque comprenderá que preferiría no necesitar un médico.

Habló mirando a Imogen y esta se mordió el labio. Aunque quería recuperar su vida, no podía negar que era agradable no permanecer en el perpetuo estado de rencor al que el deseo de venganza de Zeph los había conducido.

Una vez más, eligió apartar ese pensamiento al tiempo que el médico respondía:

—Lo entiendo muy bien, señor Diamandis. Confiemos en que tenga una pronta recuperación —miró a Imogen antes de añadir. —Su esposa me ha dicho que no parece que haya ninguna señal externa de que tenga problemas de salud.

Zeph miró a Imogen más largamente de lo necesario.

—Tiene razón. Me encuentro perfectamente.

Cuando el médico hizo un gesto y aparecieron dos ayudantes con maletines que debían contener equipo médico, Imogen asumió que lo correcto era macharse.

Pero la voz de Zeph la detuvo.

—Quédate, Imogen.

La orden electrizó a Imogen y le aceleró la sangre. Se dijo que se debía a que su tono autoritario la indignaba, que había aprovechado que tenían testigos para que ella no pudiera negarse. Pero cuando se sentó junto a él y Zeph le estrechó la mano, supo que se había quedado porque aquel nuevo Zeph ejercía sobre ella un poder que no buscaba deliberadamente y que suponía un agradable contraste con ser sometida a su heladora indiferencia o a su furia glacial.

—Si no es molestia, kyrias Diamandis —dijo el médico entonces, dirigiéndose a ella, —me gustaría saber en qué circunstancias encontró a su esposo.

Al pensar en ello, a Imogen le costó creer que hubiera sido solo aquella misma mañana. Intentó reunir las palabras adecuadas y Zeph la miró como si le divirtiera que vacilara.

Ella finalmente se encogió de hombros y dijo:

—Estaba en la iglesia de un pueblo pequeño, con la gente con la que asumo que ha vivido desde que desapareció. Cuando le dije que era su esposa, no me creyó... pero en cierto momento, me concedió el beneficio de la duda.

No estaba dispuesta a confesar que, como la heroína de un culebrón, había irrumpido en la iglesia para impedir que su marido se casara con otra mujer.

Zephyr era uno de los hombres más ricos del mundo, pero siempre había sido muy celoso de su privacidad, y tampoco ella tenía el menor interés en verse envuelta en un circo mediático.

El médico asintió y procedió a examinar a Zeph, que seguía mirándola a ella como si estuvieran solos.

—Dígame cuál es su último recuerdo previo a estos últimos diez meses, kyrios Diamandis.

El brillo risueño desapareció bruscamente de los ojos de Zeph, que frunció los labios antes de decir:



—Me veo sentado en el umbral de una puerta. Oigo hablar en griego, así que asumo que estoy en Grecia. Sé que estoy esperando a alguien, pero no sé a quién —se encogió de hombros, pero Imogen intuyó que no estaba tan tranquilo como aparentaba. —Tengo pesadillas recurrentes con esa misma escena, así que puede que no sea más que producto de un sueño.

El médico asintió y miró a uno de sus ayudantes, que tomaba notas en una tableta.

—¿Reconoce a la persona a la que estaba esperando? —preguntó entonces.

Zeph apretó los dientes antes de contestar.

—No, porque no llega.

Imogen sintió que el corazón le daba un vuelco y entrelazó las manos para evitar que temblaran al tiempo que respiraba profunda y lentamente. Pero intentar calmarse no impidió que sus palabras reverberaran en su mente:

«Por la avaricia de tu familia he perdido a mis abuelos y a mi padre. Me quedé esperando a la puerta de casa a un padre que nunca volvió. Agradece que solo haya pedido que nos casemos para cerrar este acuerdo, en lugar de exigir el bíblico ojo por ojo, diente por diente».

El corazón se le encogió al ver que Zeph se llevaba la mano a la sien.

—Es fundamental que no intente forzarse a recordar —le advirtió el médico, siguiendo el movimiento de su mano. —Si ese recuerdo le produce dolor de cabeza —miró a Imogen y añadió—, refrénesse de hacerle demasiadas preguntas

Aunque por un lado Imogen sintió alivio de no tener que forzarlo a recordar, por otro, se sintió abrumada por el peso de los secretos con los que tendría que seguir cargando.

—¿Quiere decir que no se puede hacer nada? —preguntó Zeph.

Imogen se sintió invadida por sentimientos contradictorios. No había duda de que quería que Zeph mejorara; pero no quería tener que tratar con la antigua versión de su marido. Y sus motivos no eran exclusivamente egoístas.

Volvió su atención al médico, que contestó a Zeph pesaroso.

—La amnesia retrospectiva, que estoy convencido de que es lo que padece, se cura por sí misma. Nadie sabe cuánto tiempo puede durar.

—Han sido muchos meses. Hay algunas cosas que voy a querer saber, aunque me den dolor de cabeza —Zeph habló con tanta suavidad como determinación, y sin apartar la mirada de Imogen.

El semblante del doctor indicó que sabía que era inútil intentar que cambiara de idea.

—Si es así, hágalo con cuidado, sin alterarse. Lo bueno es que está rodeado de gente que lo conoce desde hace mucho o desde su infancia. Eso en sí mismo es bueno.

Zeph rio.

—No sé si lograré no alterarme.

—Entonces será mejor que venga a verlo al menos una vez por semana. Imogen asintió.

—Estaremos aquí, así que podemos quedar en... —dijo.

—No vamos a quedarnos en Atenas —la interrumpió Zeph con firmeza.

—¿Por qué? —preguntó Imogen.

—Prefiero el barco —dijo él, encogiéndose de hombros. —Prefiero que nos instalemos en él.

—Pero yo tengo que estar en Atenas. Tengo trabajo que no puedo abandonar.

—Por lo que he visto, en el barco tienes todo lo que necesitas para trabajar. Y estoy seguro de que, si falta algo, podemos pedirlo.

Imogen quería haber contestado que no podía aparecer y organizarle la vida, pero habría mentido. Ella lo había sustituido solo porque llevaba su apellido y por su sentido de la responsabilidad, aunque solo fuera por conseguir lo que más ansiaba: la libertad

Mientras ella se guardaba esa respuesta para sí, el médico asintió, dando su consentimiento.

—Si es el espacio en el que kyrios Diamandis se siente más cómodo, será lo mejor.

Imogen contuvo una mueca de frustración al sentir una explosión de calor bajo la piel. Aunque el yate fuera grande, no podía evitar sentirse... atrapada. En Atenas habría contado con el refugio de la oficina y del apartamento independiente que tenía dentro del de Zeph, habrían podido llevar vidas separadas, como en el pasado. Zeph pasaba la semana de viaje

de trabajo mientras ella trabajaba frenéticamente para sacar Callahan Shipping de la crisis. Solo coincidían raramente para algún evento social, como el que los había reunido en el yate diez meses antes, cuando Zeph había desaparecido

Entonces el médico, sonriendo, comentó:

—Recuerdo que ya en el pasado Zephyr me comentó que el yate era el sitio en el que se encontraba más cómodo.

Imogen abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que Zeph enarcaba una ceja. Ninguno de los dos parecía creer que hubiera compartido con el médico algo tan intrascendente y al mismo tiempo, tan personal.

—¿Yo le dije eso? —preguntó Zeph.

—Supongo que en uno de sus chequeos le recomendé que bajara un poco el ritmo y, por lo que me dijo, deduje que el yate lo ayudaba a relajarse.

Zeph miró a Imogen y dijo:

—Entonces, está decidido.

Imogen fue a protestar, pero se dio cuenta de que podía parecer que la recuperación de su marido no le importaba lo suficiente. Además, una de las normas establecidas por Zeph había sido que jamás lo contradijera en público.

Dejar a su recién recuperado marido solo en el yate mientras ella permanecía en Atenas sería visto como un acto de desinterés o, peor aún, crueldad.

Por otro lado, algún día Zephyr recuperaría la memoria, y aunque ella pensaba luchar para mantener la independencia que había ganado en su ausencia, no quería enemistarse con él negándole lo que le pedía

Carraspeó y dijo:

—Muy bien. En cuanto arregle un par de cosas, podemos irnos.

Intentó no fijarse en la expresión triunfal de Zeph o en la inquietud que la asaltó al saber que acababa de adentrarse en un camino peligroso. Fijó la mirada en el médico y preguntó:

—¿Hay algo más que deba... saber? El médico sacudió la cabeza.

—No. Solo quiero insistir en que hará falta mucha paciencia.

Imogen no se dio cuenta de que estaba entrelazando los dedos nerviosamente hasta que Zeph fijó su mirada en ellos.

—Estoy seguro de que mi esposa quiere recuperarme —dijo Zeph mirándola especulativamente.

Y aunque no lo dijo en un tono insinuante, Imogen sintió que le ardía la piel.

—Lo importante es que estás vivo —dijo, precipitadamente. El médico asintió mientras Zeph preguntaba en tono burlón.

—¿Sí?

Ella se maldijo por ruborizarse y por las perturbadoras sensaciones que le provocaba la más mínima insinuación. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Mantuvo la mirada fija en el médico y suspiró aliviada cuando este dijo:

—Voy a tomarle una muestra de sangre. Por ahora, eso es todo.

Imogen se puso en pie, se secó el sudor de las manos en los muslos y, componiendo una sonrisa, dijo:

—Entonces, los dejo. Voy a hacer algunas llamadas antes de irnos.

Dio media vuelta y salió, pero se detuvo en cuanto pisó el vestíbulo y notó la presencia de Zeph detrás de ella.

—¿No me das un beso antes de irte? —preguntó él con un brillo risueño en los ojos.

Imogen lo miró boquiabierta. Aunque la entonación era de pregunta, intuyó que contenía algo más, como si intentara poner a prueba su relación.

Mientras buscaba alguna excusa se preguntó si Zeph recordaba más de lo que daba a entender; si sus instintos no lo empujaban a jugar con ella. Pero ¿para qué?

Él le rozó la mano para reclamar su atención e Imogen supo que con cada segundo que dejaba pasar, despertaban en él indeseadas especulaciones. Así que, con el corazón en un puño y convencida de que iba a dar un paso peligroso, se inclinó hacia él y le rozó los labios con los suyos.

Excepto que el roce se transformó en algo más.

Antes de que retrocediera, Zeph la tomó por el cuello y la nuca, sujetándola con suave firmeza al tiempo que profundizaba el beso. El roce

se convirtió en caricia y su lengua le abrió los labios para introducirse en su boca y explorarla con movimientos sensuales que resonaron entre las piernas de Imogen. Su gemido se ahogó bajo la exploración de Zeph, y el ronco sonido gutural que él emitió multiplicó las pequeñas explosiones que Imogen sentía entre las piernas.

El cerebro de ella seguía en caída libre cuando él la soltó y escrutó su rostro, provocando un cosquilleo en sus labios con la intensidad de su mirada.

Su sabor llenaba su boca; fluía por su sangre, inundando sus sentidos.

¡Quería más!

Ese traicionero pensamiento la hizo tambalearse. Bajando la mirada para que Zeph no viera su anhelo, se separó de él precipitadamente. A su espalda oyó su sensual ronroneo.

—No tardes, glikia mou.

Imogen se dijo que, definitivamente, Zeph estaba jugando con ella.

Llegó a su despacho y se sentó dando un profundo suspiro. Tenía que olvidar el beso. Aunque Zeph hubiera perdido la memoria, seguía siendo el mismo. La única diferencia era que estaban pasando más tiempo juntos de lo habitual. Zeph se cansaría pronto y, cuando recuperara la memoria, ella sería libre.

Tomó el teléfono y llamó a su secretaria. En cuestión de minutos había arreglado todo lo necesario para poder trabajar desde el yate. Luego, suspiró, asombrada de lo fácil que resultaba cambiar su vida por otra en la que solo podía encontrar turbulencias.

Como estaba distraída, hasta que vio una cara en la pantalla, no se dio cuenta de que al hacer la siguiente llamada había activado el vídeo involuntariamente.

—Hola, estaba a punto de escribirte —dijo Noah Emery.

Imogen le dedicó una sonrisa franca. Su subdirector en Callahan había sido extremadamente valioso los últimos diez meses. Americano, como ella, excelente en su profesión y muy guapo, había conseguido arrebatárselo a una compañía competidora cuando se dio cuenta de que para enfrentarse a la junta directiva de Diamandis al tiempo que dirigía Callahan Shipping, necesitaría ayuda.

—¿Querías algo? —preguntó ella.

—Sí, darte la enhorabuena por el acuerdo con la compañía canadiense. He visto el informe que has mandado a los abogados.

Imogen sonrió satisfecha.

—Gracias. Confiemos en que no pongan ningún obstáculo antes de que firmemos.

—Mientras esperamos a la firma, quería comentarte un par de cosas sobre Callahan. ¿Puedes quedar a comer? Tu secretaria me ha dicho que estás en tu apartamento. ¿Quieres que lleve algo para picar y trabajemos allí?

Imogen fue a contestar justo cuando Zeph apareció en la puerta. En lugar de entrar, se quedó apoyado en el marco con las manos en los bolsillos, mirándola relajadamente, como si fuera lo más fascinante que había visto nunca.

Imogen se quedó sin aliento y tuvo la certeza de que jamás había sentido nada igual. Llevaba toda la vida intentando ser vista, ser escuchada... Con escaso éxito.

Desde muy pequeña, había sabido que su padre estaba decepcionado por haber tenido una hija en lugar de un varón. Se lo había oído decir una noche a sus amigos, tras una cena posterior a una cacería, en la que ella había estado escuchando a hurtadillas cuando la creían dormida. En un principio, se había sentido dolida, pero con los años le había enfurecido lo que era una clara injusticia. Su padre había decidido culparla a ella por haber nacido niña, de manera que Imogen había aprendido desde pequeña lo que suponía ser ignorada, ser tratada como una desilusión, aislada y finalmente sacrificada como un inútil peón del que se podía prescindir.

—¿Imogen?

Ella volvió la mirada a la pantalla.

—Hoy no puedo —contestó a Noah. —Estoy muy ocupada.

—¿Mañana? Hay un chef nuevo en el Hydra.

Sintiendo los ojos de Zeph clavados en ella, carraspeó.

—Voy a trabajar durante un tiempo a distancia, Noah. Escríbeme con lo que quieras contarme.

Él la miró preocupado.

—¿Va todo bien?

Zeph se irguió y avanzó lentamente hacia ella.

—Perfectamente —dijo ella, distraída por la magnética presencia de su marido. —Te diré algo cuando lea el correo.

Aunque Noah pareció querer prolongar la conversación, y aunque se sintiera culpable, ella colgó.

La tensión podía palpase. Cuando no pudo aguantarla más, alzó la mirada hacia Zeph.

—¿Otro cliente exigente? —preguntó él con aspereza.

—Noah no es un cliente. Es un colega en Callahan Shipping. Zeph entornó sus ojos azules.

—¿Un colega que se invita a comer cuando le place? —preguntó con suspicacia.

—Trabajo muchas horas. A menudo también durante las comidas.

—Y se ve que ha venido a verte a menudo. ¡Qué amable por su parte!

—Es un magnífico trabajador.

—¿Ah, sí? —preguntó Zeph con sorna. —¿En qué sentido?

Imogen se ordenó no prestar atención al muslo que él había descansado sobre la esquina del escritorio.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Esta mañana no me he limitado a descansar. Comprenderás que sintiera curiosidad por averiguar algo sobre mi vida. Si ese Noah trabaja para Callahan Shipping, que resulta ser una compañía filial de la que soy dueño, es, técnicamente, mi empleado. Así que, contesta, Imogen.

Ella tragó saliva sin llegar a entender por qué estaba tan tensa.

—Tiene una gran mente empresarial. Tuve suerte de que accediera a instalarse en Atenas para ayudarme con la compañía —al ver que Zeph seguía mirándola, añadió—: Se graduó en Harvard con las mejores notas de su promoción.

Cuando Zeph siguió mirándola impasible, ella preguntó:

—¿Sabes lo que es Harvard? Zeph esbozó una media sonrisa.

—Curiosamente, sí.

—¿Y no...?

—¿Sabes por qué las cualificaciones de tu muñequito no me impresionan?

Imogen no pudo ocultar su irritación.

—No es mi muñequito.

—¿No? Se ve que la adulación se reconoce a pesar de la amnesia — dijo él en un tono aparentemente risueño, pero tras el que se intuía el desdén.

—No sé de qué estás hablando.

Zeph apretó los labios antes de separarse del escritorio.

—El piloto nos espera. Es hora de irnos.

Imogen fue a expresar su objeción, pero se limitó a preguntar, aturdida:

—¿Quieres que nos vayamos ya? Los ojos de Zeph brillaron.

—No veo por qué no.

—Pero... todavía no ha llegado la ropa que he pedido para ti. ¿No quieres cambiarte?

—¿Te molesta cómo voy vestido?

—Sí... Quiero decir, no, pero... Pensaba que habrías encontrado algo que ponerte.

—No. En cambio, he descubierto otra cosa —dijo Zeph con ojos chispeantes.

—¿El qué? —preguntó ella con cautela.

—Después del recorrido por el yate y por este apartamento, tengo la impresión de que no dormimos juntos. Incluso tienes un apartamento independiente dentro del mío. ¿A qué se debe eso, matia mou?

Imogen abrió los ojos y se humedeció los labios mientras se preguntaba cómo darle una versión parcial de sus circunstancias.

—Lo propusiste tú porque viajabas mucho y estabas acostumbrado a tener tu propio espacio. Además, este apartamento estaba disponible, así que nos pareció una buena idea.

Un destello de algo que Imogen interpretó como contrariedad iluminó pasajeramente los ojos de Zeph.

—¿Cuánto tiempo llevábamos casados antes del accidente?



—Poco más de un año —contestó ella. Zeph la miró pensativo.

—¿Así que dejé atrás a una esposa relativamente reciente?

¿Por qué demonios aquellas palabras susurradas hicieron que le ardieran las mejillas? Imogen era la hija de un rudo tejano para el que las mujeres no existían excepto cuando eran necesarias. Así que ella había crecido sin que ningún tipo de palabra malsonante la ruborizara.

En aquel momento, se estaba repitiendo mentalmente unas cuantas cuando Zeph añadió:

—Entonces, tenemos muchas cosas pendientes para ponernos al día.

—Yo... ¿Qué? No, qué va —dijo ella con una excesiva urgencia porque, instintivamente, supo que no quería averiguar a qué se refería.

Zeph se acercó a ella pausadamente, mientras ella retrocedía hasta que chocó con el escritorio. Entonces él sonrió y dijo:

—Yo creo que sí. Y estoy deseando empezar. ¿Tuvimos luna de miel?

—Yo... No.

—Eso me parecía. No se me ocurre una mejor manera de empezar que con la luna de miel que no tuvimos.

## *Capítulo 4*

**D**ESDE el comienzo de la travesía por su nueva realidad, Zeph había decidido seguir sus instintos. También había explotado otros sentidos. Su capacidad analítica y estratégica había transformado el mediocre negocio de pesca de dos embarcaciones de Petros en uno floreciente de diez naves. De hecho, estaba convencido de que ese era uno de los motivos por los que el viejo pescador había querido que se quedara en la isla, incluso empujando a su hija a un compromiso para el que ella no estaba preparada.

Por eso no necesitaba tener poderes para intuir que Imogen no era del todo sincera con la explicación de por qué tenían habitaciones separadas, o de cualquier otro aspecto de su relación.

También había sido algo instintivo lo que acababa de decir respecto a la luna de miel, aunque, una vez había escapado de sus labios, ya no había marcha atrás.

Y la inquietud que su mujer había enmascarado de inmediato solo había contribuido a azuzar su curiosidad por llegar al fondo del misterio que rodeaba a su matrimonio, dijera el médico lo que dijera. Podía no conocerse del todo, pero sabía suficiente de sí mismo como para darse cuenta de que no era un hombre que esperara pasivamente o que dejara pasar de largo las oportunidades que se le presentaban.

Por un instante, lo asaltó el terrible recuerdo de que no tenía una familia que pudiera proporcionarle alguna información, decirle si se parecía a sus padres, si había sido un hijo querido... Pero no tenía sentido lamentarse. Tenía que intentar solucionar un problema uno a uno. Y su instinto le decía que el primero era el que tenía ante sí.

Al ver el torbellino de emociones que cruzaban el rostro de Imogen decidió subir su apuesta.

—O puedes contármelo todo de una vez.

—¿To-todo? —repitió ella con una voz temblorosa que claramente hizo que se irritara consigo misma.

Zeph ya había visto antes esa reacción, como si el menor error le pareciera imperdonable. Él no necesitaba recuperar la memoria para saber que le pasaba lo mismo, y se preguntó si podría ser una de las razones de la atracción que había entre ellos.

—No sé a qué te refieres —añadió ella.

—¿No?

Imogen sacudió la cabeza y Zeph deseó que se le soltara el moño. El anhelo que sentía por hundir los dedos en su lustroso cabello era casi alarmante. Igual que el palpitante deseo que llevaba reprimiendo desde que Imogen lo había dejado con el médico. ¡Había roto el beso a duras penas!

«Pero ¿por qué me resisto?».

Después de todo, era su esposa. ¿Qué sentido tenía reprimirse? Quizá deseaba saborear con calma lo que irremediablemente acabaría por llegar.

¿Habría sido siempre tan paciente o podía tratarse de algo más... perturbador?

Prácticamente había vuelto de la muerte, pero Imogen ni lo había tocado. El destello de celos que había manifestado al ver que iba a casarse con otra mujer había desaparecido al instante bajo un férreo autocontrol. Lo que hacía que fuera aún más irritante su propia reacción cuando había oído a aquel tipo invitarse a un almuerzo privado con Imogen.

Su esposa.

Zeph tenía claro que estaban distanciados. Podía no recordar sus relaciones del pasado, pero sabía que un matrimonio feliz no ocupaba habitaciones separadas.

Vio que Imogen abría la boca para lo que supuso sería una nueva excusa y volvió a sentir el impulso de presionarla.

—Todavía no he querido buscarme en Internet, pero he averiguado lo suficiente sobre cómo dirijo mis negocios como para saber que no soy adverso a los enfrentamientos. ¿Se trata de eso, matia mou? ¿O está mi esposa dispuesta a ser sincera conmigo?

Zeph prefirió pasar por alto cómo se estremecía Imogen cada vez que le recordaba que estaban casados.

No importaba. Tenía tiempo para ahondar en el misterio de aquella mujer, que despertaba en él un interés y un deseo carnal como ninguna de las que había conocido en los últimos diez meses, y que lo miraba, alternativamente, entre retadora y temerosa.

Lo asaltó una súbita preocupación. No le habría hecho... daño ¿verdad? Apretó los dientes, ansioso por que la contestación de Imogen suavizara la tensión que lo atenazaba.

—Ya he dicho que iré al yate contigo —musitó ella. Pero la inquietud no se disipaba de sus ojos.

La ansiedad de Zeph se intensificó. Diciéndose que debía actuar con cautela, dijo:

—Bien...

—Pero una luna de miel no es necesaria —apuntó ella. —Llevamos más de un año casados

—Es poco tiempo para habernos convertido en una vieja pareja aburrida.

¿Estábamos separados, Imogen? —decidió preguntar sin rodeos.

—No —dijo ella tras una pausa de unos segundos.

—Bien —repitió él. Entonces le tendió la mano. —Propongo que celebremos nuestro segundo aniversario de boda y la luna de miel. ¿Estás de acuerdo?

Zeph apretó los dientes al ver que ella miraba su mano como si fuera una víbora.

«Paciencia», le recordó su instinto.

Tras lo que le pareció una eternidad, Imogen posó su mano sobre la de él. Y la explosión volvió a producirse, abriendo la tierra bajo sus pies.

La primera vez había asumido que era un producto de su imaginación. Igual que había minimizado el efecto del beso y cómo había acelerado su sangre y había exacerbado sus instintos masculinos.

En aquel instante supo que era real.

Su libido estaba en plena forma y anhelaba a aquella fascinante mujer, que llevaba su apellido, pero que no actuaba en absoluto como una esposa feliz por haberse reunido con su esposo.

Y si tenía que seducir a su esposa para desentrañar aquella misteriosa fase de su vida... lo haría.

¿Cómo era posible que hubiera accedido a una luna de miel con Zeph sin ni siquiera saber qué suponía?

Para empezar, parecía que no pensaba soltarle la mano. Al menos, no lo hizo ni mientras se despedían del personal de la casa ni en el vuelo al yate.

Cuando por fin consiguió liberar su mano, se entregó frenéticamente a leer y a escribir mensajes por teléfono. Notando que él la miraba, alzó la vista y preguntó:

—¿Quieres que te traigan algo de comer? Sonriendo, Zeph contestó:

—Pareces decidida a engordarme. ¿Crees que lo necesito?

—¿Yo? No, claro... Es solo... —Imogen sacudió la cabeza. —Es una costumbre griega tener siempre a mano algo para picar.

—Si tengo hambre, serás la primera en saberlo, eros mou.

El corazón de Imogen se aceleró. Aunque apenas hubiera aprendido un poco de griego, sabía que aquel apelativo tenía connotaciones amorosas e íntimas, como el que usaría un esposo en una verdadera luna de miel.

Su cuerpo reaccionó automáticamente; asió el teléfono con fuerza, pero sus pezones se endurecieron y sintió una pulsión entre las piernas.

Mientras que el hombre con el que se había casado le resultaba atractivo, su magnetismo siempre había quedado neutralizado por la indiferencia y frialdad con la que la trataba.

Aquel nuevo Zeph, sin embargo, le resultaba hipnótico. Le hacía arder de deseo; su proximidad alteraba sus sentidos y despertaba en ella un constante anhelo.

Pero tenía que evitarlo como fuera. Así que volvió la atención al teléfono y suspiró aliviada al leer un mensaje.

—Los estilistas estarán aquí en quince minutos —anunció

—Un cuarto de hora da tiempo para mucho —dijo él con una sonrisa provocativa.

—¿Para qué? —preguntó ella, alarmada.

A Zeph pareció hacerle gracia su reacción.

—Para que me cuentes detalles de mi empresa —contestó con frialdad. Imogen tragó saliva. Aunque tuviera que contestar con cautela, era un tema que podía controlar.

—¿Qué quieres saber?

—Empecemos por la estructura y luego puedes contarme cómo es que Callahan Shipping, que asumo pertenece a tu familia, llegó a formar parte de ella.

Eligiendo las palabras cuidadosamente, Imogen dio una explicación neutra de la compañía. Luego tomó aire y añadió:

—En el acuerdo al que llegaste con Avalon, Callahan Shipping estuvo en riesgo de ser desmantelada.

—A no ser que estuviera cerca de la bancarrota o sufriendo grandes pérdidas, supongo que habríais sido compensados.

Imogen negó con la cabeza.

—Yo no quería eso.

—¿Por qué no?

Los viejos sentimientos de amargura, heridas que nunca habían llegado a cicatrizar, asaltaron a Imogen. Pero, tal y como había aprendido a hacer a lo largo de su vida, consiguió bloquearlas y adormecerlas para evitar despertar las sospechas de Zeph. Para ello, necesitaba concentrarse en sí misma, en los aspectos que él no conocía.

Encogiéndose mentalmente de hombros, explicó:

—Yo llevaba toda mi vida intentando demostrar a mi padre que era tan capaz como el hijo que nunca tuvo. No estaba dispuesta a echarme a un lado y dejar que perdiera todo aquello por lo que había trabajado tanto.

Otro destello de lo que parecía orgullo iluminó los ojos de Zeph y ella sintió algo inquietantemente parecido al placer.

—Así que luchaste por lo que querías.

—Sí.

—¿Y lo conseguiste?

—Finalmente, sí.

—Me alegro.

«¿Estás seguro?».

Imogen exhaló aliviada al poder frenar la pregunta que había saltado a sus labios.

—Pareces escéptica —observó él, perceptivo—: ¿Dudas que sea sincero?

—Los dos estamos navegando por aguas desconocidas, Zeph. Puede que por eso parezca... sorprendida. No hace falta que lo analicemos todo.

Aunque Zeph aparentara estar relajado, la energía que irradiaba parecía envolverlo en una nube.

—Dilo otra vez —dijo él, escrutando su rostro.

—¿El qué?

—Mi nombre.

Imogen se humedeció los labios.

—¿Por qué?

Él siguió el movimiento de su lengua.

—Porque me gusta oírtelo decir.

Imogen sacudió la cabeza para romper el hechizo que sus palabras invocaron.

—Dilo, Imogen —exigió él con voz aterciopelada.

—Zeph —musitó ella.

Él se inclinó hacia adelante como un autómatas y pasó el pulgar por los labios de ella. Imogen quedó hipnotizada por su rostro, próximo al de ella, por sus esculpido pómulos y sus marcadas facciones.

—Si tu marido volviera a besarte, ¿huirías aterrada, como la última vez?

—Yo-yo no hui.

—Puede que no físicamente. Pero he tenido una sensación de distancia que quiero que desaparezca, Imogen —dijo él, con una determinación que convirtió en llamas las chispas de calor que la recorrían,

Imogen tuvo que esforzarse por poder respirar mientras él seguía acariciándole los labios.

—No deberíamos... No estás... —balbuceó.

—Vuelve a mencionar mi amnesia y te haré callar con un beso.

—¿Es una amenaza? —preguntó ella sin poder contenerse.

—No, matia mou. Es una firme promesa. Y te garantizo que la disfrutarás.

Por una fracción de segundo, Imogen sintió unos celos incontenibles de las mujeres que, en el pasado y, probablemente, en el futuro, fueran a disfrutar de aquel tipo de atención por parte de Zeph.

El dedo de él jugueteando con sus labios la devolvió al presente y se dio cuenta de que los había abierto involuntariamente, dejándose llevar por el irresistible poder hipnótico que Zeph ejercía sobre ella.

Pero debía resistirse. Tenía que recordarse que aquel no era el verdadero

Zephyr Diamandis, sino solo un impostor agazapado bajo su piel. Y por más que las sensaciones que la recorrían clamaban porque sucumbiera a aquel instante de dulce locura... no podía permitirlo.

Porque hacerlo pondría en riesgo la libertad que había alimentado su determinación y por la que tenía que seguir luchando. En un año se cumpliría el plazo de tres años tras el que saldría divorciada de Zeph Diamandis y con la compañía por la que se había sacrificado, intacta.

Concentrándose en ese objetivo, retiró la cabeza, ignorando la punzada de desilusión que sintió al romper el contacto.

—Que no lo mencione no quiere decir que esto sea una buena idea. O que yo lo quiera —apuntó, haciendo un esfuerzo por sonar convincente.

¿Qué importaba que no pareciera conseguirlo o que provocara un brillo perturbador en los ojos de Zeph, como si sus palabras hubieran multiplicado su propia determinación?

Imogen silenció las sirenas de alarma que se dispararon en su interior volviendo a un punto anterior de la conversación.

—La respuesta a tu pregunta sobre Callahan es que sí: la dirijo yo, pero permanece bajo la supervisión de Diamandis.

Zeph la miró largamente. Luego asintió.

—Háblame de los miembros de la junta directiva. Cuál es eficiente, cuál difícil. Cuál me sonreiría al tiempo que me apuñalara por la espalda.

Imogen no pudo contener una mueca y él, sonriendo, añadió:

—¿Tan mal está la cosa?



—Solo si eres una mujer a la que acusan de no formar parte de la junta por méritos propios o de dudosa capacidad para dirigir una multinacional.

Imogen vio un brillo acerado en los ojos de Zeph que le recordó al magnate que ahuyentaba a sus enemigos con una mirada.

—Pero tú no te has acobardado. Imogen se encogió de hombros.

—Me he mantenido firme. Estoy acostumbrada a hacerlo cuando la situación lo requiere.

Zeph entrecerró los ojos.

—¿Eso me incluye a mí? —preguntó dubitativo.

Imogen se estremeció, pero decidió que no tenía nada que perder con decir la verdad.

—Digamos que no dejes que me amedrentes.

—Lo consideraré una advertencia.

Imogen se dijo que debía aferrarse a su propia afirmación si quería controlar las desconcertantes reacciones de su mente y su cuerpo. Afortunadamente, el anuncio de la llegada de los estilistas la salvó del interrogatorio.

Zeph y ella bajaron a la cubierta en la que los esperaban y donde los diseñadores empezaron de inmediato a abrir las fundas con ropa. Imogen hizo ademán de irse, pero Zeph la interceptó.

—Siempre pareces ansiosa por dejarme —musitó. —Un hombre menos seguro de sí mismo se acomplejaría al ver que su esposa intenta evitarlo en su luna de miel.

—Pero... no me necesitas para elegir tu vestuario —se excusó ella.

—No, pero me gustaría saber tu opinión. Después de todo, tiene que gustarte lo que ves.

Imogen se ruborizó y desvió la mirada mientras él, sonriendo, se quitaba la camiseta y los pantalones cortos y se quedaba en bóxers, alto, fuerte, prácticamente desnudo y sin el menor pudor.

Imogen lo observó admirada y contuvo a duras penas un gemido. Para distraerse, sacó el teléfono y se concentró en él. Hasta que una mano se lo quitó y lo dejó caer sobre una butaca.

—¿Qué haces? —protestó ella. Zeph la miró con severidad.

—Puesto que soy tu jefe, puedo mandarte. Siéntate.

Imogen decidió no protestar y pasó la siguiente hora aferrada a los brazos de la butaca y mordiéndose la lengua para no mirar como una admiradora adolescente a su ídolo.

Con el sol del atardecer reflejándose en el mar como perfecto fondo, el cuerpo de bronce de Zeph era el epítome de la masculinidad. A medida que se probaba distintas prendas, a Imogen se le fue agitando la respiración, hasta el punto de que temió hiperventilar.

Y cuando él le preguntaba: «¿Te gusta?» o «¿Qué te parece?», tenía la sensación de estar viviendo una película erótica en la que el papel masculino y el femenino se hubieran invertido, y las fantasías eróticas que se proyectaban en su mente lanzaban dardos cargados de deseo hacia la intersección de sus muslos.

Al término de la sesión sintió una mezcla de lástima y de alivio.

Cuando se volvió hacia Zeph, después de despedir a los estilistas, vio que se miraba la mano izquierda contrariado. El polo amarillo y los pantalones caqui que se había dejado puestos realzaban su piel tostada y el cabello alborotado le daba un aire travieso que contribuyó a que lo encontrara irresistible.

Pero ver que se frotaba el dedo anular le puso un nudo en la garganta que no la preparó para lo que él dijo a continuación:

—No llevaba alianza cuando desperté, ni tú la mencionaste entre las cosas que ayudarían a identificarme. ¿Quiere decir que nunca la tuve?

—Efectivamente.

Zeph le lanzó una mirada escrutadora.

—¿Por qué no?

Imogen intentó buscar las palabras justas, aunque sospechaba que llegaría un momento en el que no podría seguir esquivando sus preguntas. Era evidente que Zeph intuía que, al margen de su amnesia, algo no encajaba.

—Contéstame, Imogen —dijo él con firmeza.

—Nunca me dijiste por qué. Te limitaste a decir que no la llevarías —contestó ella, confiando en no cometer un error.

Con las aletas de la nariz dilatadas, Zeph le tomó súbitamente la muñeca izquierda. Los dedos de ella se curvaron involuntariamente en

torno a los de él cuando Zeph alzó la otra mano y pasó el pulgar por la sortija de diamantes. El fuego volvió a arder en el vientre de Imogen, junto con otra sensación.

¿Expectativa? ¿Esperanza? Pero ¿de qué?

—Pues he cambiado de idea —anunció él inesperadamente.

Imogen lo miró boquiabierta, diciéndose que no tenía ningún significado, que no era más que un comportamiento pasajero hasta que recuperara la memoria y descubriera que estaban atrapados en un matrimonio de conveniencia.

—¿Vas a darme el nombre de un joyero o tengo que buscarlo yo mismo? —la instó él.

Imogen sonrió para sí al imaginar a Zeph buscando algo por sí mismo en lugar de obtenerlo con un chasquido de los dedos...

Se sobresaltó al sentir de nuevo su pulgar en los labios.

—Estoy intentando no ofenderme al ver que huyes de mí tanto mental como físicamente —dijo él en un tono posesivo que volvió a avivar el rescoldo de las brasas que ardían en su interior.

—Ah... Si es lo que quieres, me ocuparé ahora mismo.

Se alejó unos pasos de él diciéndose que necesitaba un poco de espacio para calmarse, y llamó a su secretaria.

—Kalismera, señora Diamandis. ¿Está todo bien? Imogen habría querido decir que «no», pero contestó:

—Sí, gracias, Agatha —consciente de la mirada de Zeph clavada en ella, tomó aire y continuó—: Necesito que venga el joyero al yate. Esta misma tarde.

—Por supuesto, señora Diamandis. ¿Quiere que lleve algo en particular?

—Lo sabrá cuando hablemos con él. Organízelo con el piloto del helicóptero.

—Muy bien.

Al colgar miró a Zeph.

—Verte mandar resulta muy sexy —dijo él, alargando las manos hacia ella.

Puesto que habría podido retroceder, ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué se quedó inmóvil mientras él deslizaba las manos por su cintura y las posaba sobre sus nalgas?

Ni siquiera el día de su boda había estado tan cerca del musculoso y caliente cuerpo de su marido. En poco más de media hora, Zeph la había dejado en su casa, donde el mayordomo la había conducido a su apartamento.

Las mismas razones que habían creado aquella situación seguían presentes, aunque la amnesia de Zeph las hubiera dejado temporalmente en pausa. Sin embargo, el sentido común parecía haberla abandonado cuando una efervescente tentación la animó a abrazarse a la cintura de Zeph y pegarse a su sublime cuerpo.

—Muchas gracias —dijo, para contrarrestar la extrañeza de la situación.

—No. Eufaristo —musitó él.

—¿Qué tienes que agradecerme?

Zeph se encogió de hombros antes de estrecharla aún más contra sí y rozar con su torso sus ya endurecidos pezones.

—Entre otras cosas, que hayas venido en mi busca —miró a Imogen con solemnidad y añadió—: Mucha gente se habría dado por vencida. ¿Por qué tú no?

«Porque necesitaba una prueba inequívoca de si vivías o no para poder ser libre».

Imogen eligió una respuesta menos comprometida pero igualmente cierta:

—Seguí mis instintos. En cualquier caso, necesitaba saber la verdad.

¿Qué pensaría Zeph cuando descubriera que su motivo principal era puramente egoísta?

Imogen tragó saliva y apartó ese pensamiento al tiempo que hacía una pregunta que llevaba consumiéndola desde su encuentro:

—A pesar de no recordar tu pasado, parecías... resignado con tu situación. ¿No querías saber qué te había pasado?

Zeph tardó unos segundos en contestar.

—Aunque no estuviera herido de gravedad, tampoco me encontraba en condiciones de hacer averiguaciones. Había estado al borde de la muerte

y no podía comparar la atención médica que estaba recibiendo con ninguna otra, así que acepté los cuidados que recibía.

Imogen frunció el ceño.

—¿Ni Petros ni nadie intentó ayudarte a recordar quién eras? Zeph esbozó una media sonrisa.

—Me aseguraron que estaban intentando recabar información. En retrospectiva, sospecho que una vez fracasaron los primeros esfuerzos, no tuvieron gran interés en seguir adelante.

—¿Te refieres a Petros? ¿Su familia y él querían que te quedaras con ellos? —preguntó Imogen en un tono de indignación que la tomó por sorpresa.

Zeph se encogió de hombros, pero la tensión en su rostro indicó que esa posibilidad le resultaba más incómoda de lo que admitía.

—Es posible.

—¿Y te conformaste? No es propio...

—¿No es propio de mí? —concluyó Zeph por ella.

—No. Tú no te habrías detenido ante nada hasta averiguar quién eras, qué habías dejado atrás.

Zeph miró a su alrededor, empapándose de la belleza del mar, antes de mirarla de nuevo a los ojos.

—Puede que siempre supiera que acabaría por volver, que estaba escrito en mi destino.

Imogen contuvo el aliento.

—¿Tú crees?

Zeph frunció los labios.

—No te preocupes, matria mou. Estoy decidido a recuperar el tiempo perdido.

Imogen sintió un estremecimiento que él percibió. Mirándola fijamente, la estrechó aún más contra sí y ella, alarmada por cuánto deseaba permanecer en sus brazos, carraspeó y lo empujó suavemente.

Zeph se resistió una fracción de segundo antes de soltarla, aunque una leve palpitación en la sien indicara que habría preferido no hacerlo.

Haciendo un esfuerzo por ignorar la excitación que la recorría, Imogen se apresuró a tomar el teléfono.

—Tengo que resolver algunos asuntos de trabajo. La cena suele servirse a las ocho; a no ser que prefieras que sea más tarde...

Zeph hizo un ademán con la mano.

—Las ocho está bien. Solo una cosa, Imogen... Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Sí?

—Espero que estés preparada para hablar de todo esto a lo largo de estos días.

—Sí, claro.

—Kalos. Bien.

Imogen no estaba tan segura.

## *Capítulo 5*

**M**IENTRAS se preparaba para la cena, Imogen se dio cuenta de que no habían pasado ni veinticuatro horas desde que había encontrado a Zeph.

Sin embargo, tenía la sensación de haber vivido un año entero y haber montado en varias montañas rusas desde que había irrumpido en la iglesia. Así que no le extrañó que le temblaran las manos cuando se puso los aros de oro a juego con el vestido color turquesa y dorado de gasa que había elegido.

La cena se servía en la tercera cubierta, donde solía correr un aire fresco. Lo bastante como para que optara por dejarse el cabello suelto. Echándose un poco de perfume en las muñecas, se dijo que no estaba nerviosa, que las mariposas que sentía en el estómago eran lógicas.

Antes de salir del camarote, completó el conjunto con unas esclavas de oro y unos zapatos de plataforma color marfil. Y mientras se dirigía a la cubierta, se preguntó cómo podría pasar la velada sin quedar atrapada en el campo magnético de Zeph.

Pero a mitad de la cena se dio cuenta de que no tenía de qué preocuparse porque desde el momento en que llegó, Zeph había mantenido una actitud distante y fría; incluso su mirada resultaba inexpresiva.

Tras saludarla en voz baja y separarle la silla de la mesa, se había sentado frente a ella y apenas le había dirigido la palabra.

Imogen no se dio cuenta de lo que sucedía hasta verle hacer una mueca de dolor cuando oyó las pisadas del camarero que llevaba una bandeja con el postre.

—¿Te encuentras mal? —preguntó ella con dulzura.

Zeph la miró de soslayo, con los labios fruncidos, antes de contestar:

—Me duele la cabeza.

—¿Te ha recetado el médico un analgésico?

—Nada lo bastante fuerte —Zeph hizo una pausa y entonces preguntó—:

¿Solía sufrir dolores de cabeza en el pasado?

—Que yo sepa, no. Eras tan fuerte como un caballo. Zeph sonrió con tristeza.

—En cambio ahora me siento como si uno me hubiera pateado la cabeza. Imogen sintió una compasión por él que no podía permitirse. No debía olvidar que seguía siendo el hombre obsesionado con vengarse de su familia.

El problema era que uno y otro, el que tenía ante sí, parecían ser dos personas distintas.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó ella.

Él la miró largamente, como si intentara adivinar sus pensamientos. Finalmente dijo:

—Lo he probado todo.

Imogen se tragó lo que iba a decir, diciéndose que era mejor así. Era mucho más seguro mantener una distancia prudencial.

Bajó la mirada al postre que estaba tomando, sin querer preguntarse por qué había perdido el apetito y negándose a admitir que pudiera deberse a que Zeph hubiera rechazado su ayuda.

Porque eso habría significado que...

No, no pensaba planteárselo, porque sentir cualquier tipo de afecto por aquel hombre solo crearía un peligroso desequilibrio y debilitaría su posición.

Zeph se puso en pie, sobresaltándola.

—Vamos a dar un paseo —dijo él.

Imogen frunció el ceño y fue a excusarse, pero cerró la boca. Aunque quería dar la velada por concluida, tenían que esperar al joyero. Miró el reloj y le sorprendió que fueran casi las diez.



—¿Estás seguro? Ha sido un día muy largo. Puedo cambiar la cita del joyero a mañana si...

Zeph negó con la cabeza antes de que acabara la frase.

—No. Quiero dejarlo resuelto esta misma noche.

Imogen se preguntó por qué era tan importante para él, pero no intentó adivinarlo. Desde que lo había encontrado, era consciente de que su mente era un enigma indescifrable.

—Aunque no tengas la alianza seguiremos igualmente casados —se limitó a comentar.

Él sonrió a pesar del pulsante dolor que le palpitaba en las sienes.

—Quién sabe lo que puede pasar de aquí a mañana. Podría volver a caerme por la borda. Al menos así, cuando despierte en un lugar desconocido, sabré que estoy casado.

Imogen ahogó una exclamación.

—¿Por eso quieres hacerlo? ¿Para poder ser identificado?

Zeph guardó un prolongado silencio antes de encogerse de hombros.

—De haber sabido que estaba casado, puede que hubiera insistido más en averiguar quién era.

Imogen se sintió sobrecogida por la respuesta y, una vez más, tuvo que recordarse que su matrimonio no tenía el menor peso emocional. Optó por el humor.

—La probabilidad de que caigas dos veces por la borda son muy escasas. Él la miró pensativo y dijo:

—Cuéntame lo que pasó aquella noche. Imogen negó con la cabeza.

—El médico ha dicho...

—Me da lo mismo —la cortó Zeph. —No creo que seguir en la oscuridad sea bueno para mi estado de ánimo.

Imogen tragó saliva. Luego miró la estela que la luna proyectaba en el mar mientras ponía en orden sus pensamientos, y empezó:

—Acababas de cerrar el trato con Avalon, una fusión en la que habías trabajado prácticamente cinco años. Para celebrarlo, invitaste a su presidente, Philip Avalon y a su familia al yate —Imogen soltó una risita.

—Los Avalon son una familia grande. Vinieron unos cincuenta a pasar el fin de semana, y en cierto momento, te molestó un poco lo ruidosos que eran. El domingo, lo celebraron a lo grande y, según la tripulación, se retiraron sobre las tres de la madrugada.

Aun sin mirarlo, Imogen podía sentir la mirada de Zeph sobre ella.

—¿Y tú dónde estabas?

—Me había ido a la cama. Tú querías hablar con Philip Avalon en privado. La última vez que se te vio estabas en la cubierta superior, tomando una copa con él. Luego Philip fue a su camarote. La cámara de seguridad te grabó apoyado en la barandilla, con la copa en la mano.

Zeph entrecerró los ojos y apretó los labios.

—¿Estaba borracho? —preguntó como si la idea le resultara repulsiva.

—Lo dudo. Nunca bebías en exceso —lo tranquilizó Imogen. —Creo que bebiste por acompañar a Philip.

Zeph asintió con el semblante más relajado.

—¿Y luego qué paso?

—Te caíste. Acabábamos de dejar Santorini. Nos dirigíamos a una isla que Philip estaba considerando comprar. Nadie supo que habías desaparecido hasta la mañana siguiente.

Zeph permaneció en silencio, esperando a que ella continuara.

—Había llovido durante la tarde. Normalmente la tripulación habría secado el suelo, pero estaban muy ocupados con los invitados. Tú... patinaste un poco al dar media vuelta y te golpeaste la cabeza en la barandilla. No sabemos si una gran ola barrió la cubierta, pero el caso es que caíste por la borda. Llamé a la policía, revisaron las cámaras de seguridad y empezaron la búsqueda.

Imogen tomó aire lentamente mientras recordaba aquellas primeras semanas, la frenética búsqueda de uno de los hombres más poderosos e influyentes del mundo, las sospechas que recayeron sobre ella...

—Las autoridades dudaron desde el inicio que fuera posible encontrarte. La corriente era fuerte y estábamos alejados de tierra firme, así que pensaban que sería difícil que sobrevivieras...

—Pero tú seguiste buscándome. ¿Por qué? —Zeph la taladró con la mirada, como si quisiera buscar un significado profundo a sus actos, como

si fuera importante que ella, en contra de la opinión general, hubiera estado convencida de que no había fallecido.

Imogen se encogió de hombros. Lo cierto era que hubiera sido más fácil aceptar que había muerto y seguir con su vida. Pero, a pesar de los motivos por los que estaban casados, no había detestado a Zeph tanto como para aceptar sin más que estuviera muerto. Además, algo le decía que el hombre cuyo apellido había adoptado contra su voluntad era demasiado hercúleo como para desaparecer sin más.

—Tu férrea voluntad asombra a todo el mundo. Me costaba creer que hubieras muerto solo por caer al mar. Si alguien podía conseguir lo imposible, eras tú —temiendo que la afirmación resultara demasiado emotiva, se apresuró a añadir—: Además, eras un gran nadador.

Imogen no se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos hasta que notó unos dedos detenerla. Bajó la mirada, sorprendida.

—No pretendía angustiarte —dijo Zeph, llevándose sus manos a los labios y besándolas. —Gracias a tu fe hoy estoy aquí, glykia mou. Nunca lo olvidaré.

Imogen intentó quitarle importancia, pero estaba demasiado alterada.

—No fue fácil, la verdad. Sobre todo, cuando empezaron a correr ciertos rumores —aunque se esforzó por sonar sarcástica, la tensión con la que habló era palpable.

Zeph entrecerró los ojos.

—¿Sospecharon de ti?

—Dadas las circunstancias, me asignaron el papel de cazafortunas dispuesta a acabar con su marido para heredar sus millones. Nadie me conocía hasta que mandaste una nota de prensa anunciando nuestra boda. Solo era la hija de un hombre con el que hacías negocios, completamente desconocido en Grecia. De no haber sido por las grabaciones, habría tenido serios problemas.

Zeph la miró como si las sospechas que hubiera recaído sobre ella lo indignaran, pero permaneció callado. Ella continuó:

—El caso es que te buscamos durante semanas. Cuando la policía abandonó la búsqueda, contraté a una compañía de seguridad privada. Durante este tiempo te hemos buscado por todo el mundo.

Otra sonrisa curvó los labios de Zeph, pero era su pulgar acariciando los nudillos de Imogen lo que más la turbaba y hacía que le hormiguearan

los dedos con el deseo de curvarlos en torno a los de él para sentir su calor. Porque en aquel momento, se dio cuenta de que no recordaba la última vez que alguien la había tocado así, afectuosamente.

Apenas recordaba a su madre, que había fallecido cuando solo era una niña; y las decenas de niñeras que su padre había contratado no eran proclives a profesar cariño a una niña cuyo padre afirmaba con frecuencia que lamentaba que no fuera un varón.

—Tu tenacidad obtuvo resultados. Una vez más, te doy las gracias. Imogen ahogó la punzada de culpabilidad que la asaltó, y el sonido de una lancha aproximándose puso fin a la conversación. Suspirando aliviada, le resultó imposible calmarse porque Zeph, después de mirarla fijamente, deslizó la mano por su espalda para guiarla hacia la visita que llegaba.

La mirada de sorpresa del joyero cuando vio a Zeph hizo sonreír a Imogen.

—Señor Diamandis —exclamó. —¡No tenía ni idea! ¡Qué buena noticia!

—Muchas gracias, confío en que guarde el secreto —dijo Zeph. El hombre asintió enfáticamente.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto!

Tras mirar a Zeph y Imogen alternativamente, pareció recordar el motivo de su visita y abrió el maletín que llevaba esposado a la muñeca.

—Entiendo que es un día especial. ¿Quiere ver lo que he traído, señora? Zeph empujó suavemente a Imogen hacia la mesa en la que el joyero colocaba el muestrario y dijo:

—Esta vez es para mí. Quiero una alianza de boda. El hombre lo miró apesadumbrado.

—De haberlo sabido habría traído la colección apropiada. ¿No prefiere que vuelva mañana?

Zeph negó con la cabeza.

—Muéstreme lo que tenga.

El joyero asintió y sacó una bandeja de terciopelo negro con alianzas. Zeph las estudió antes de volverse a Imogen.

—¿Cuál prefieres tú?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quieres que la elija yo?

Zeph bajó la mirada a la mano de Imogen.

—¿Elegí yo la tuya?

—Sí.

—Entonces yo quiero que tú elijas la mía.

Imogen no quiso decirle que en parte había elegido aquella espectacular sortija como un símbolo de estatus.

El joyero les dedicó una sonrisa que evidenciaba una interpretación mucho más romántica a la solicitud de Zeph de la que realmente tenía.

En cuanto a lo que pensaba su marido, Imogen prefería no saberlo. Bajando la mirada a la bandeja, descartó las alianzas anchas y las muy finas. Entonces su mirada se posó en una intermedia, de platino, con una fila de pequeños diamantes negros en el medio, y supo que era la perfecta.

Rezando para que él no notara que le temblaban las manos, la tomó y se la tendió.

Zeph le ofreció la mano izquierda con los dedos estirados.

—Pónmela tú —dijo con voz cargada de emoción.

Imogen tenía la sensación de estar inmersa en una fantasía surrealista al tiempo que deslizaba la alianza en el dedo de su marido. Encajó a la perfección, como si estuviera destinada a él.

Imogen contuvo la respiración y alzó la mirada a su rostro. Él la observaba con ojos ardientes y, tras unos segundos, deslizó la mirada hacia sus labios y la detuvo en ellos.

El sonoro suspiró que exhaló el joyero sirvió para romper la electrificada atmósfera. Bajando las manos, Imogen sonrió al hombre.

—Muchas gracias por haber venido con tanta prontitud. Él sacudió la cabeza e hizo un gesto con la mano.

—No las merece, señora Diamandis. Me alegro de poder servirles en lo que deseen.

Zeph hizo un gesto con la cabeza a uno de los miembros de la tripulación.

—Buenas noches. Mis ayudantes lo conducirán a tierra.

Mientras el hombre se alejaba, Imogen vio que Zeph estudiaba la alianza. Luego alzó la mirada y la fijó en ella.

—Ahora, si desapareciera, podrías encontrarme.

Aunque no era más que una afirmación, una solución práctica a algo que con toda probabilidad no volvería a suceder, Imogen no pudo evitar que el corazón le saltara en el pecho. Porque se estaba produciendo un cambio que sabía que era mejor no desear y que, sin embargo, no podía dejar de anhelar.

Estaba lidiando con aquella contradicción cuando él posó la mano en la parte baja de su espalda para guiarla fuera de la cubierta. Cuando vio que se dirigía a los camarotes, Imogen se tensó con la expectativa de lo que sucedería a continuación.

¿Volverían a hablar de cómo dormían? ¿Le preguntaría Zeph por qué tenían habitaciones separadas de nuevo?

Pero una vez más, él la desconcertó al detenerse en el vestíbulo e, indicando las puertas, preguntar:

—¿Cuál es el tuyo? —al ver la sorpresa con la que Imogen la miró, añadió—: No temas, no voy a imponerte mi presencia ni a reivindicar mis derechos maritales.

¿Porque le dolía la cabeza o porque su intuición le recordaba que en el pasado no había habido ninguna atracción entre ellos?

—Dos puertas más allá —musitó ella.

Él la acompañó y, tras abrir la puerta y barrer el interior con la mirada, se volvió y dijo:

—Kalinychta, matia mou. Que descanses. Mañana será otro día.

Imogen lo vio volver a su camarote mientras su corazón se reía de su desconcierto por un final tan inesperado. Sacudió la cabeza, cerró la puerta y caminó lentamente hasta su vestidor.

Sus sentidos seguían alterados cuando se puso el camisón de seda. Segura de que no podría conciliar el sueño, encendió el portátil y se concentró en el trabajo que tenía acumulado.

Una hora más tarde se puso en pie y se desperezó, irritándose consigo misma al darse cuenta de que seguía demasiado despierta como para acostarse.

Se planteó llamar para pedir una manzanilla, pero optó por tomarse un vaso de agua.

El balcón anejo a su camarote la sedujo con la promesa de respirar aire fresco. Salió y aspiró profundamente la brisa marina que acarició su ardiente piel.

No fue tanto un ruido como una percepción aguzada lo que la movió a mirar hacia un lado. Toda noción de llegar a apaciguar sus pensamientos para poder dormirse se evaporó en cuanto vio a Zeph.

Estaba inclinado sobre la barandilla, con los pantalones del pijama y el torso desnudo, masajeándose las sienes con los pulgares. No la había visto porque el cabello le caía hacia adelante, tapando su visión lateral.

«Vuelve dentro», se dijo Imogen.

Pero sus pies no la obedecieron. Y no se sorprendió cuando él giró la cabeza y, al verla, bajó las manos.

Durante unos segundos, se miraron en silencio, a través de la oscura y rizada agua que separaba sus balcones.

—Tú tampoco consigues conciliar el sueño —afirmó más que preguntó él.

Imogen deslizó la mirada por su torso, siguiendo el rastro de su vello, que desaparecía bajo la cintura del pantalón. Intentó pensar en alguna excusa, pero finalmente se encogió de hombros y dijo:

—Ha sido un día muy intenso. Tenemos mucho que procesar.

Él asintió con semblante solemne y la recorrió de arriba abajo. El aire adquirió una densidad pegajosa que hizo retumbar el corazón de Imogen en sus oídos.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —preguntó antes de poder contenerse. Zeph frunció la comisura de los labios.

—No tiene pinta de que vaya a desaparecer.

Imogen no fue consciente de haberse movido hasta que se encontró en el extremo del balcón más próximo al de él. Él había recorrido el camino inverso. Con alargar la mano podrían tocarse...

Imogen asió el vaso con fuerza al tiempo que él volvía a masajearse las sienes «¡No, no lo hagas!».

Pero su corazón se había acelerado y su naturaleza compasiva se desbordó.

—Deja que te ayude —dijo antes de cambiar de idea. —Mi abuelo sufría dolores de cabeza. Solían ser migrañas, pero si lo que sientes se parece a... —dejó la frase en suspenso al sentir la mirada de Zeph clavada en ella con aquella intensidad que le hacía sentirse como si quisiera leer su alma.

Se quedó en suspenso, conteniendo el aliento.

Tras lo que pareció un siglo, Zeph asintió. Entonces hizo algo completamente inesperado.

Alzando la mano, presionó un interruptor que había en la pared. Imogen exclamó al ver que el balcón se deslizaba suavemente hacia el lateral y una extensión del suelo se acoplaba al balcón de Zeph.

Él pareció tan sorprendido como ella.

—¿Sabías que ese interruptor estaba ahí? —preguntó Imogen.

—Conscientemente, no —dijo él. —Supongo que es un caso de memoria muscular.

—Eso es bueno, ¿no? —musitó ella, diciéndose que tal vez fuera así como iría recuperando sus recuerdos, por medio de gestos subconscientes.

Mirando el interruptor, Zeph contestó:

—Supongo que sí.

Y entonces volvió a mirar a Imogen y le tendió la mano para ayudarla a pasar a su balcón. Ella se quedó mirando su nueva alianza y una extraña sensación volvió a embargarla

Lo que solo podía ser una fantasía le presentaba posibilidades que no se había planteado jamás en los casi dos años que habían estado casados. Porque entonces eran... enemigos.

Entró en el dormitorio con él y desvió la mirada de la cama para evitar las imágenes de Zeph enredado en las sábanas en todo su masculino esplendor.

—¿Dónde me quieres? —preguntó él. Imogen se sobresaltó.

—¿Pe-perdón? —preguntó aturdida.

Esbozando una sonrisa, Zeph reformuló la pregunta:

—¿Dónde quieres que me coloque?

—Ah... —Imogen prefirió ignorar el calor que sintió en las mejillas. —Si te echas ahí puedo darte un masaje en el cuello —contestó, indicando un sofá.

Verlo echarse relajadamente, dispuesto a entregarse a sus manos, hizo que a Imogen se le agitara la respiración.

¿Qué le estaba pasando? ¿Estaba enferma?



Sacudió la cabeza, rezando para recuperar la cordura al tiempo que dejaba el vaso de agua sobre una mesa y se dirigía hacia el sofá.

Era lo bastante grande como para que Zeph se tumbara cómodamente, pero no tan ancho como para que ella pudiera evitar que sus caderas se tocaran cuando se sentó a su lado

Decidida a que su proximidad no la alterara, respiró profundamente, le retiró el cabello de la nuca y posó los dedos en la base de su nuca. Su calor se transmitió a ella y por una fracción de segundo todo pensamiento se diluyó en pura sensación.

Entonces empezó a masajear. En ambos lados del cuello los músculos estaban contraídos e Imogen se concentró en esa zona, presionando con una creciente intensidad, con firmes movimientos circulares. Cuando alcanzó la línea del cabello, Zeph dejó escapar un gemido que le hizo sonreír. Una vez notó que los nudos se deshacían, bajó las manos a los hombros.

—Estaba equivocado —dijo él con la voz distorsionada por la postura—: Pensaba que la magia no existía, pero tus manos son mágicas.

Imogen no pudo contener la sonrisa que iluminó su rostro.

—Me encanta ganar. Sobre todo, si significa demostrarte que te equivocabas.

Zeph dejó escapar un sonido entre el gruñido y el gemido.

—Estoy dispuesto a admitir todos mis errores si continúas —prometió.

Se produjo un cómodo silencio solo roto por los ocasionales gemidos de bienestar de Zeph. Al cabo de media hora, Imogen retiró las manos y dijo:

—Ahora las sienes.

Zeph alzó la cabeza y la giró por encima del hombro.

—¿Todavía hay más? —preguntó sin ocultar su alegría.

Imogen prefirió ignorar el salto que le dio el corazón y la presión que sintió en el vientre, y se limitó a asentir.

Zeph se giró boca arriba y esperó instrucciones.

—Tengo que sentarme detrás de ti —dijo ella.

Asintiendo, él se incorporó. A aquella distancia, Imogen pudo aspirar su aroma a sándalo y sentir el calor de su piel. Y estaba tan agotada de

pelear contra sí misma que se permitió aspirar profundamente al tiempo que se colocaba a su espalda y esperaba a que Zeph reclinara su espalda desnuda contra su pecho.

Al sentir una explosión de sensaciones recorrerla se dijo que no era el momento de preguntarse si estaba cometiendo un error. Tenía que concentrarse en ayudar a Zeph para poder volver a su dormitorio. Eso era todo.

En cuanto tocó a Zeph, este cerró los ojos y ella le imitó a la vez que empezaba a masajear lentamente sus sienes y notaba la tensión de su rostro relajarse al tiempo que su respiración se pausaba.

Cuando le oyó mascullar algo en griego, sonrió y dijo:

—No sé si lo sabes, pero no hablo tu idioma. Sin abrir los ojos, él sonrió y contestó:

—Tendré que enseñarte.

Al cabo de unos segundos, ella fue a preguntarle qué había dicho, pero se dio cuenta de que se había quedado dormido. Su peso no recaía completamente sobre ella, así que más que aplastarla le resultaba... agradable, íntimo. Aunque no fuera más que algo físico, no recordaba haber experimentado nunca una conexión tan intensa.

Su corazón se aceleró con aquella noción y con el deseo de prolongarla, aunque solo fuera brevemente. Sus manos continuaron masajeadando, meciendo el sueño de Zeph. Y entonces las deslizó bajo su cabello, presionando su cuero cabelludo.

Él gimió sin despertar y presionó la cabeza contra sus dedos.

Imogen se dijo que debía marcharse, pero continuó masajeadando y acariciando ocasionalmente la cabeza de Zeph.

Cuando los dedos empezaron a agarrotársele intentó moverse sin despertarlo. Zeph apoyaba la cabeza entre sus senos y tenía un brazo sobre sus muslos. Ella respiró profundamente y se deslizó unos centímetros hacia abajo, pero se quedó paralizada cuando él se giró sobre el costado y se abrazó a sus piernas.

Durante unos segundos, se quedó inmóvil mirando hacia la puerta del balcón. Estaba completamente despierta y se dijo que no pasaba nada por permitir a Zeph dormir un rato, así que reclinó la cabeza en el sofá, diciéndose que le daría una hora. Quizá si descansaba, recuperaría antes la memoria y, ¿no era eso lo que ella quería?

«Una hora».

Pero cuando despertó, ya no estaba en el sofá ni era de noche.

El sol entraba por las contraventanas entornadas. Y ella estaba en la cama con su marido.

No solo en la misma cama, sino abrazada a él y con la cabeza descansando en su cálido hombro.

Conteniendo el aliento, alzó lentamente la mirada... hasta encontrarse con Zeph, plenamente despierto, que la miraba con abierta curiosidad.

## Capítulo 6

**E**N cuanto sus miradas se encontraron, la tensión sexual que dominaba cada uno de sus encuentros se multiplicó. Como una llama que tocara gasolina, Imogen sintió un rastro de fuego recorrer sus cuerpos conectados, calcinando toda capacidad intelectual de su cerebro

—Kalismera, Imogen —susurró Zeph con voz ronca.

«Muévete. Habla. Di algo».

Suponiendo que su cuerpo no la obedecería, Imogen se obligó a desenredarse de él y a separarse de su hombro. Zeph la retuvo un instante antes de dejarla ir.

Ella rodó hacia el lado de la cama, apartando la mirada del tentador torso de Zeph y sintiendo un profundo alivio al comprobar que ella conservaba la bata, aunque el cinturón se hubiera aflojado.

—¿Qué-qué hago aquí? —preguntó sin poder disimular su agitación, al tiempo que se ajustaba el cinturón.

Zeph encogió un hombro.

—El sofá resultaba incómodo al cabo de un rato. No quería ni despertarte ni que te despertaras con tortícolis, así que te he traído en brazos.

—Podías haberme despertado.

—¿Para qué? Tú también necesitas dormir. No he hecho nada malo —al ver que Imogen no decía nada, Zeph apretó los dientes en tensión antes de preguntar en un tono que la hizo estremecer—: ¿O es que temes que haya hecho algo que no quisieras, glikia mou?

Ella se llevó la mano a su enmarañado cabello y tuvo que reprimir un gemido cuando el gesto le hizo recordar lo fina que era la tela que había servido como único límite entre sus cuerpos.

Zeph se irguió bruscamente.

—Un hombre más acomplejado que yo se cuestionaría tus reacciones. Más aún estando claro que te atraigo —al ver que Imogen iba a protestar, la calló con un ademán—. Tu cuerpo te delata, Imogen.

Ella no necesitó bajar la mirada para saber que tenía los pezones duros como piedras, prácticamente clamando para que se los tocara.

—Lo que me hace pensar que tu rechazo es... —Zeph sacudió la cabeza y la miró entrecerrando los ojos. —¿Fui cruel contigo? —preguntó con prevención.

Imogen sintió que se adentraban en arenas movedizas.

—Si preguntas si me pegabas, la respuesta es «no». Él se pasó la mano por el cabello con impaciencia.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Imogen. Imogen respiró profundamente y negó con la cabeza.

—No eras tanto cruel como... indiferente. Yo solo era un instrumento para ti.

Zeph se tensó.

—¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó, desconcertado.

Imogen habría preferido no responder, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Yo te pregunté eso mismo cuando mi padre me contó el acuerdo al que habíais llegado.

Zeph la miró como si la sondeara.

—¿Tu padre? ¿Estuvo implicado en concertar nuestro matrimonio? Imogen habría querido reírse por lo cerca y, al mismo tiempo lejos, que había estado de dar en la diana.

—Sí. De principio a fin.

—¿Y?

—Y... tú dijiste que querías dejar las cosas claras desde el principio y que no habría el menor vínculo sentimental entre nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Zeph, atónito.

—No lo sé.

—Eres una mujer inteligente. Imogen. Seguro que hiciste alguna conjetura.

Imogen no lograba creer que estuvieran teniendo aquella conversación.

—Por lo que se publicaba sobre ti en la prensa antes de que nos casáramos, nunca salías con la misma mujer más de unos meses. Y algunas de ellas contaban que... —hizo una pausa para humedecerse los labios, — aunque eras generoso, no tenías nada de romántico. Además, en una entrevista declaraste que todas las mujeres que salían con un hombre rico pretendían «echarle el lazo».

Zeph pareció rechazar sus propias palabras, pero a continuación comentó:

—Puede que sea la conclusión a la que llega alguien con experiencia de primera mano.

Ofendida, Imogen se encogió de hombros.

—No sabría decirte. Zeph la miró fijamente.

—¿Nos conocíamos antes de... que se cerrara el acuerdo entre nosotros? Imogen sintió que el aire se le congelaba en los pulmones.

—No. Conocías a mi padre. Y por si te lo estás preguntando: no, yo no era tu tipo.

Zeph se colocó de rodillas con la agilidad de una pantera y la inmovilizó, sujetándola por la barbilla.

—¿Cuál crees que es mi tipo? —preguntó con voz ronca.

—Ricas herederas, modelos. Algunas de las mujeres más hermosas del planeta han sido tus amantes.

Zeph entrecerró los ojos.

—Ayer insinuaste algo así y recuerdo haberte dicho que eso no impidió que te pusiera un anillo en el dedo y darte mi apellido.

—No... Tú...

Zeph apretó sus dedos como si quisiera dejar las huellas de sus palabras marcadas en ella.

—Soy un hombre poderoso y no tengo nada de estúpido. Está claro que tengo recursos para enfrentarme a cualquier situación. Siendo así, pregúntate por qué te elegí a ti.

Imogen no quería planteárselo ni llegar a creer que él...

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me deseas? —preguntó. Y las palabras brotaron de un rincón oscuro y secreto, como si un anhelante ser despertara de un profundo sueño.

La pregunta pareció desconcertar momentáneamente a Zeph, pero recuperó su habitual aplomo al instante.

—Porque eres la primera mujer que despierta mi... interés desde que recuperé la consciencia en Efemia —dijo pausadamente.

—¿Y qué te hace pensar que no sentirás el mismo interés por la próxima mujer que suba al barco?

Zeph la miró fijamente.

—Yo no te engañé —afirmó con una vehemencia que resonó como si hubiera golpeado un yunque.

—No.

—Entonces no me insultes insinuando que pueda ser tan superficial

Imogen sintió que le ardían las mejillas.

—Cuando te encontré estabas a punto de casarte con otra mujer. Zeph no se alteró.

—Es verdad. Pero no me interesaba tanto como tú y estoy seguro de que solo se casaba conmigo por razones prácticas.

—¿Se lo... pediste tú? —Imogen no sabía por qué aquel detalle era importante para ella.

—No en el sentido tradicional. Más bien surgió de forma natural.

—¿Qué quieres decir?

—Que de las tres personas implicadas, Petros era el más entusiasta. Imogen apretó los puños al recordar la hostilidad con la que había reaccionado el hombre al ver interrumpida la boda de su hija.

Zeph lo observó y, con una media sonrisa, dijo:

—Querida, estás lívida. Imogen tomó aire lentamente.

—No me... es solo que...

En los últimos cinco minutos Zeph había hecho afirmaciones para las que él no tenía suficiente información y, sin embargo, ella las había recibido como si ansiara oírlas, como la tierra reseca recibía la lluvia.

Y en esa ansia, Imogen reconocía a la niña que siempre había buscado la aprobación de su padre, su amor. Algo que aquel nuevo Zeph parecía decidido a convencerla de que era posible.

Aunque se hubiera encontrado en medio de un mundo que no recordaba, en ningún momento había parecido débil o indefenso. Sin embargo, la noche anterior la había... necesitado. La había escuchado y hasta había querido conservarla a su lado. Y por más que Imogen quisiera refugiarse en nociones de feminismo e independencia, nunca había sentido nada parecido ni había ansiado algo tan desesperadamente. Siendo así y por más terror que le diera, ¿qué mal podía haber en disfrutarlo brevemente...?

«Todo».

Imogen atendió al grito interior que la prevenía y dejó escapar una risa forzada en un intento desesperado de aligerar el denso ambiente de sensaciones que amenazaba con asfixiarla.

—Ponte en mi lugar. ¿Cómo habrías reaccionado tú?

—Me habría enfurecido. Te habría cargado sobre mi hombro como un cavernícola. Luego te habría traído a este dormitorio y habría dedicado el siguiente mes a recordarte a quién pertenecías —afirmó Zeph sin titubear con la voz cargada de promesas eróticas.

Imogen lo miró boquiabierta, con el pulso y la respiración celeradas.

La risa profunda y sensual de Zeph la atravesó, intensificando las sensaciones hasta enmudecerla.

—Pero como mi esposa parece preferir evitarme, estoy dispuesto a tomármelo con calma.

Imogen se movió con lentitud hacia el borde de la cama. Él resopló, frustrado.

—¿Ves? Ya estás huyendo de mí.

Ella se dijo que no debía morder el anzuelo, pero su cuerpo no la obedeció. Volviendo a gatas hacia él y mirándolo fijamente, dijo:

—Muy bien. Aquí me tienes. Haz lo que quieras conmigo.



En cuanto las palabras escaparon de su boca quiso tragárselas, porque fue como agitar un trozo de carne ante las fauces de un león.

Al ver una ávida sonrisa de Zeph abrirse paso en su rostro, supo que estaba perdida,

—¿Lo que quiera? No, glikia mou. Lo que tú quieras —musitó.

Y tomándola con el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos quedaron pegados. Entonces, en lugar de besarla, tal y como Imogen había asumido que haría, la observó detenidamente, primero el rostro, luego el pulso en su garganta, después su agitado pecho, saboreando la reacción que le provocaba ser observada.

Y por fin, selló con sus labios los de ella. Comenzó como una réplica de la descarga eléctrica que había sentido con el beso del apartamento de Atenas, pero de inmediato escaló hacia una urgencia imparable y salvaje, cuando su lengua se adentró en la boca de ella y la exploró con eróticos movimientos.

Era...sublime.

Imogen emitió un gemido al tiempo que sus manos se movían por propia voluntad, recorriendo sus calientes brazos hasta abrazarse a su nuca y entregarse plenamente al devastador beso.

Zeph besaba como un hombre forjado para hacer el amor. Era posible que ella no tuviera suficiente experiencia, pero sí podía reconocer que su marido era un maestro. Y ella estaba dispuesta a ser su mejor alumna.

La lengua de Zeph se adentró aún más en su boca y ella tembló con el abrumador placer que la recorría.

«Me habría enfurecido».

Por alguna extraña razón, aquella afirmación la reconfortaba, lo que la convertía a su vez en una cavernícola. Pero no pensaba confesarlo. A cambio, acarició los hombros y la espalda de Zeph con sus uñas, regocijándose al notar cómo se estremecía.

—Sí, así —musitó, animándola a continuar.

Ella le mordisqueó el labio inferior y el gemido que escapó de la garganta de él le produjo casi tanto placer como el que Zeph le hizo sentir al pasar él a mordisquearle eróticamente los labios.

Entonces la hizo echarse sobre la espalda y ella, reclinándose sobre las almohadas entreabrió las piernas para acomodar al hombre que la

devoraba con la mirada y que pasó a hacerlo con su boca, con un beso decadente, ávido, sus lenguas entrelazándose en un duelo de placer.

—Theos, sabes a gloria —masculló él, besándole la barbilla y el cuello, y aspirando su aroma. —Podría comerte.

Imogen enredó los dedos en su cabello, atrayéndolo de nuevo hacia su boca, ansiosa por seguir experimentando la magia de sus labios y de su lengua. Él accedió, con el murmullo de una risa que indicaba cuánto le agradaba su febril respuesta.

Imogen no fue consciente de que se le había soltado la bata hasta que sintió los labios de Zeph sobre el montículo de uno de sus senos antes de que su lengua lamiera su pezón y sus labios lo succionaran. La corriente de placer que la recorrió antes de asentarse entre sus muslos hizo que arqueara la espalda.

—¡Oh, Dios! —gimió.

Cerró los puños en el cabello de Zeph sin poder decidir si quería más o quería que se detuviera. Pero Zeph no dudaba y sus dedos atormentaron su otro pezón hasta que ella solo fue capaz de emitir gemidos inconexos y retorcerse bajo él.

Entonces él retomó su exploración, descendiendo por su vientre hasta el borde del tanga que llevaba y Imogen cerró los ojos. Al notar que se lo quitaba, ya anticipando lo que iba a pasar, su deseo se entibió porque su única experiencia de sexo oral había sido desastrosa. Por eso, cuando él le separó los muslos, se resistió.

—Yo no... No estoy... ¿Estás seguro de que quieres esto? Zeph la miró.

—¿Tú no?

Imogen se estremeció de deseo a pesar de sus dudas.

—Sí, pero...

—¿No me crees capaz de hacerte disfrutar? —la pregunta de Zeph sonó tan arrogante que Imogen se preguntó por qué se molestaba en hacerla, y puesto que no era capaz de articular palabra, él continuó—: Esposa mía, te aseguro que voy a volverte loca de placer.

Le separó las piernas, se colocó entre ellas y pasó la lengua por su sexo. Ella se llevó un puño a la boca y lo mordió para ahogar sus gemidos. Zeph entonces le separó aún más los muslos y... se dio un festín. Implacable, voraz, insaciable.

Hasta que los gemidos de Imogen se convirtieron en un continuo, una melodía en alabanza de su maestría mientras él la conducía al límite del deseo. Y cuando se transformaron en acuciantes y desesperados, Zeph aplicó los dedos para acariciarla más profundamente, multiplicando su atención al nudo de terminaciones nerviosas que coronaba su sexo.

Imogen perdió todo sentido del tiempo y del espacio, dejándose esclavizar por la gozosa dicha que él le infligía y en la que la atrapó hasta hacerla saltar al abismo.

Imogen cayó con un agudo grito, asiéndose ciegamente a lo que encontró, que no era sino Zeph. Primero sus manos, luego sus hombros, mientras él, reptando hacia arriba, volvía a besarla lenta, provocativa y vorazmente.

Y cuando Imogen abrió los ojos, varios minutos más tarde, descubrió que sus cuerpos habían vuelto a quedarse entrelazados e intentó dominar el pánico, no sentirse abrumada por las sensaciones y emociones que la embargaban,

Zeph la besó con igual apetito que anteriormente y ella, temiendo volver a ser arrastrada de nuevo, tomó la iniciativa, recorriendo su propio itinerario. Ignoró las quejas masculladas de Zeph cuando cortó el beso y sonrió para sí mientras le mordisqueaba el mentón y la garganta. Y aunque no estaba segura de lo que hacía, los gemidos de Zeph le indicaron que iba en el buen camino mientras, descendiendo, mordisqueaba sus pezones y luego seguía el recorrido hacia abajo. Alzando la mirada vio que se asía a la almohada y que la miraba con ojos ardientes.

—Sí, más —dijo él jadeante.

Imogen se sintió poderosa y se desinhibió, avanzando en la exploración con sus manos y su boca, hasta alcanzar la cintura de los pantalones del pijama.

Al ver que vacilaba, Zeph alzó las caderas y se los quitó.

Imogen sintió un leve vahído al ver su sexo. ¡Cómo no iba a ser tan arrogante y creerse el rey del universo!

—Concluye la tortura, yineka mou —suplicó él.

Imogen se humedeció los labios antes de cerrarlos en torno a él, deleitándose con el grito que escapó de su garganta. Un instante más tarde, las manos que se asían a la almohada se trasladaron a su cabello para dirigirla mientras ella dedicaba toda su atención a su duro miembro.

Los continuos gemidos de Zeph reverberaron en la habitación, excitando a Imogen, que gimió a su vez. Él la miró con ojos rasgados y encendidos de placer mientras ella continuaba sus caricias.

—Debería volver a casarme contigo —musitó, dejando escapar un gemido cuando ella pasó la lengua por todo lo largo de su sexo—; reclamarte como mía antes de que cualquier otro hombre pretenda ocupar mi lugar.

Un frío helador recorrió la espalda de Imogen.

—¿Qué? —balbuceó.

Su aliento acarició el miembro de Zeph, haciéndolo gemir de nuevo.

—Has oído bien. No pares —gruñó.

Incluso a pesar de la confusión que le produjo sentirse halagada por la sugerencia, al tiempo que se recordaba que era imposible, tuvo la tentación de continuar. Pero de pronto, se dio cuenta de que cuanto más permanecieran en aquel nirvana, más explicaciones tendría que dar. Diciéndose que debía alegrarse de recuperar el sentido común, y no permitir que aquello fuera demasiado lejos, exclamó:

—No.

El aire pareció helarse. Un profundo silencio siguió a la firme negativa. Zeph le soltó el cabello y, tomándola por la muñeca con cuya mano seguía sujetando su sexo, se la apartó. Luego se echó hacia un lado y con escéptica frialdad, preguntó:

—¿No?

Imogen intentó recuperar el dominio de sí misma.

—No, no vamos a hacer eso. Te tomas cualquier objeción como un ataque. ¿Te has planteado la posibilidad de que no quiera lo mismo que tú?

Zeph esbozó una sonrisa amarga.

—Ahora tienes la oportunidad de explicarte: ¿por qué te produce tanto rechazo la idea de casarte de nuevo con tu esposo?

Imogen tomó la bata que había caído de la cama y, poniéndosela, ajustó el cinturón con firmeza.

—Entre otras cosas porque llevas aquí solo veinticuatro horas.

—Está bien. Entiendo que necesites tiempo. ¿Qué más objeciones tienes?

—¿Hablas en serio? Ni siquiera deberíamos haber hecho... esto — dijo ella, sacudiendo la mano en dirección a la cama.

—Para ser una mujer con un saludable apetito sexual, pareces dispuesta a flagelarte cada vez que manifiestas el más mínimo deseo. Puedes ocultarte todo lo que quieras, pero sigo exigiendo una respuesta.

Imogen no sabía qué decir sin arriesgarse a que el castillo de naipes que había erigido colapsara.

—Estoy esperando, querida esposa. ¿Por qué insististe en encontrarme? Tal y como actúas, no entiendo por qué no me diste por muerto o preferiste olvidarme.

—¡Porque no quería esperar siete años! —estalló Imogen.

Zeph se quedó petrificado. Sus ojos azules, dos pozos sin fondo.

—Explícate ahora mismo —dijo en tono altivo.

En parte aterrada por lo que había dicho, Imogen se hundió en la cama. Pero enseguida recordó con quién estaba tratando y se irguió. Aun así, no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—Según los abogados, si no te encontrábamos tendría que esperar siete años a que te declararan muerto y yo... quería saber la verdad.

—¿Por qué? Tenías asegurado un puesto en la junta directiva y toda mi riqueza...

—No era una cuestión de dinero, sino de mi vida. De mi libertad. Zeph la miró con expresión pétrea.

—¿De qué te librabas? ¿De mí?

Imogen asintió lentamente con la cabeza. Zeph tomó aire profundamente.

—Así que me buscabas... ¿para poder divorciarte de mí? —preguntó con rabia contenida.

Imogen fue a defenderse, pero recordó las palabras del médico y vaciló. Al percibirlo, Zeph estalló:

—No se te ocurra ocultarme nada. No dudaré en entrevistar a todo el personal y a mis conocidos hasta averiguar la verdad. Aunque sospecho, sin que llegue a comprender la razón, que nos pusimos de acuerdo para ocultarla, ¿me equivoco?

—Muy bien. ¿Quieres saber la verdad? El acuerdo de boda incluía que cualquiera de los dos podía pedir el divorcio después de tres años.

Zeph la miró perplejo antes de negar con la cabeza.

—Imposible.

—Te equivocas. Fuiste tú mismo quien incluyó esa cláusula. De hecho, todo el contrato fue redactado por tus abogados.

—Y tú estás deseando poder separarte de mí porque.... —Zeph hizo una pausa y, mirándola con fuego en los ojos, continuó—: ¿Hay alguien más?

¿Quién es? ¿Ese mequetrefe de Harvard?

—No. ¡Pero es... lo acordado!

Zeph se levantó bruscamente, fue hacia la zona de estar y volvió con el teléfono.

—Quiero ver ese contrato. Llama a mis abogados —dijo en tono sombrío.

Imogen sabía que no tenía sentido negarse. Ella tenía la culpa por haber hablado de más, y negarse a obedecerlo solo empeoraría la situación.

Tomando el teléfono, conectó con el bufete que llevaba los asuntos privados de Zeph y se lo pasó a él que, un segundo más tarde, hablaba torrencialmente en griego. Tras una breve conversación, colgó, fue de nuevo al salón y volvió con un ordenador portátil.

—Siéntate, Imogen.

Ella obedeció, alarmada y expectante al intuir que Zeph se disponía, como así hizo, a leer el documento que acababan de mandarle. En cuanto lo concluyó, cerró el ordenador.

—Tengo una buena y una mala noticia que darte, querida mía —dijo con una estremecedora frialdad. —Una ojeada basta para constatar que hay margen para modificaciones; entre otras, la de poder obligarte a seguir casada conmigo más allá de los tres años.

Imogen sintió que el corazón se le desplomaba.

—Zeph...

—No intentes ganarme con esa voz sexy.

—¡Esa no era mi intención! Zeph sonrió con desdén.

—Mejor aún. Así será más fascinante ver cuánto puedes resistirte a lo que verdaderamente anhelas.

—¿Qué pretendes decir con...?

—Que voy a hacerte una propuesta: dame seis meses inolvidables y te dejaré ir —replicó él con firmeza.

—¿Qué quieres decir con «seis meses inolvidables»? —preguntó Imogen.

El encogimiento de hombros de Zeph no contribuyó a tranquilizarla, menos aún cuando el brillo de sus ojos la hizo estremecerse.

—Soy tu marido, he estado desaparecido durante meses, y me disgusta que mi esposa no muestre un poco más de... entusiasmo por mi retorno.

Imogen resopló con una mezcla de pánico e irritación.

—Ya te he explicado por qué.

—Y yo te estoy diciendo que mejores tu actitud.

—¡Estás bromeando! ¿Y si no lo hago?

—Puede que te arrepientas de no haber esperado siete años a que me declararan muerto. Sobre todo, si exijo que sigas a mi lado tanto tiempo como tarde en recuperar la memoria —Zeph se levantó y, mirándola severamente, concluyó—: Piénsatelo bien. Espero una respuesta durante la cena.

Dio media vuelta para irse, pero Imogen no pudo evitar preguntar:

—¿Dónde vas?

—A acabar lo que has empezado. Será mejor que te marches antes de que vuelva.

Imogen se sonrojó hasta la raíz del cabello, pero el calor de sus mejillas no era nada comparada con el incendio que provocó en su cerebro la imagen que esas palabras de Zeph invocaron.

Por más que lo intentara, su mano no consiguió reemplazar a la boca de Imogen. No era fácil culminar cuando su mente estaba acribillada por la información que Imogen acababa de comunicarle.

Imogen. La mujer que contaba los minutos para liberarse de él.

Dejando escapar un exabrupto, Zeph cerró el agua caliente y abrió la fría. Seis meses para dar por terminado un matrimonio cuyo inicio ni siquiera recordaba. Para, una vez ella se fuera, volver a sentirse tan solo como la noche que había despertado en una casa extraña, rodeada de desconocidos.

¿Le inquietaba tanto sentirse solo que se inventaba una química entre ellos que no existía? No. Era real. La había percibido desde el primer instante y la noche anterior ella le había demostrado que le importaba y que lo deseaba. Y él estaba seguro de ser lo bastante hábil como para poder derribar su resistencia. ¿Qué mal había en confiar en que el resto se solucionara con un poco más de tiempo y de proximidad?

Tenía seis meses para recuperar la memoria. El episodio en el balcón era una indicación de que solo sería cuestión de tiempo, que era lo que necesitaba ganar. Quizá así podría seducir a su mujer, aunque ella se creyera capaz de resistir la abrasadora química que había entre ellos. En cualquier caso, ese tiempo le permitiría ir retomando el control de su vida... y de su matrimonio.

¿Y si fracasaba?

Apretó los dientes y, apartando esa posibilidad de su mente, cerró el agua y salió de la ducha sin que su estado de ánimo hubiera mejorado un ápice.

Había vuelto a su hogar, pero seguía sintiéndose perdido.

Se había reunido con su esposa, pero se sentía tan desconcertado y solo como antes.

Y el día anterior había tenido la impresión más de una vez de que, aunque recuperara la memoria, esos sentimientos no desaparecerían. Que, más allá de la etiqueta de hombre de éxito que parecía adherida a su nombre, era un ser... insatisfecho.

También tenía la certeza de que nunca lo admitiría. Porque no necesitaba saber más de sí mismo para tener la certeza de que sus logros eran producto de una mente tenaz, tal vez implacable. Y era imposible permanecer en la cima admitiendo cualquier tipo de vulnerabilidad

No, alguien así buscaba soluciones.

Y la más lógica era empezar por Imogen.

Con una determinación férrea, fue al vestidor. Tal vez estaba siendo presuntuoso, pero puesto que no tenía nada que perder...

Aprovecharía cada segundo de los siguientes seis meses. Y si no alcanzaba a recordar, al menos tendría la oportunidad de llegar al fondo de la verdad.

Descartó las camisetas y pantalones cortos que se habían convertido en su uniforme y eligió unos pantalones y una camisa de lino. Permaneció



descalzo porque le gustaba sentir el suelo bajo los pies y le servían de vínculo con su pasado inmediato.

Salió del camarote y un miembro de la tripulación apareció al instante:

—Buenos días, señor. ¿Quiere desayunar?

—Sí.

—¿Dónde quiere que le sirvamos el desayuno?

—¿Dónde lo toma la señora?

—En el comedor de la cuarta cubierta.

—Entonces, iré allí

—Muy bien, señor.

Al ver que el joven no se decidía a marcharse, Zeph añadió:

—No se preocupe. Sabré llegar solo.

El hombre vaciló un momento antes de irse. Zeph cerró los ojos y trató de comprobar si su mente lo orientaba instintivamente, pero no fue así.

Cuando encontró el camino y ya subía las escaleras a cubierta, se dio cuenta de algo de lo que había sido consciente al despertar, pero que había olvidado en medio de juego sexual con su mujer.

Por primera vez desde que había perdido la memoria no había tenido la pesadilla.

No había despertado sudoroso y con la angustiada sensación de estar perdido.

Y eso se debía a Imogen.

Acercándose al pequeño comedor donde se sentaba su esposa, tuvo claro que había tomado la decisión correcta: mantener a Imogen cerca era la clave para recuperar la memoria.

Y no iba a permitir que la oportunidad se le escapara entre los dedos.

## Capítulo 7

**I**MOGEN se dio una larga ducha mientras revivía lo ocurrido en el dormitorio, alternando entre la irritación consigo misma por haber dejado que las cosas llegaran tan lejos y el enfado con Zeph, que era, en definitiva, el responsable de que ella estuviera atrapada en aquella situación.

Luego se obligó a hacer una sesión de diez minutos de yoga para calmar su acelerada mente, y dejó el camarote con la seguridad de que tenía sus emociones bajo control.

Si era realista, tenía que asumir que era inevitable cumplir con los seis meses que Zeph le exigía. A qué se refería con que fueran «inolvidables» era un elemento añadido en el que prefería no pensar.

Mientras tomaba el café y miraba al espacio desocupado de Zeph, se dijo que estaba preparada para lo que fuera... Pero supo que estaba equivocada en cuanto él apareció en la cubierta, vestido todo de blanco y exudando seguridad masculina. Que fuera descalzo hacía que, por alguna extraña razón, resultara aún más seductor, como si fuera un hombre conectado con el cosmos y cómodo con el lugar que le correspondía en el mundo.

A su pesar, escrutó su rostro con el corazón acelerado por el recuerdo de lo que había sucedido entre ellos, preguntándose si seguiría tratándola con la frialdad con la que se habían separado.

Al ver que se limitaba a sentarse y ponerse la servilleta en el regazo, suspiró aliviada. Una vez le sirvieron café, la miró a los ojos.

—¿Te has puesto ese conjunto para enfriarme? —preguntó con sorna, deslizando la mirada por su blusa de manga larga y su falda de tubo.

—¿Podemos dejar todo esto? —preguntó ella, levemente suplicante.

De hecho, sí había elegido una indumentaria que la hiciera sentir más segura, pero no había ningún mal en ello.

Zeph entrecerró los ojos.

—¿Dejar de hacer el qué?

—Sabes a qué me refiero... Estás intentando provocarme. Zeph sonrió con cinismo.

—Te has vestido como para ir a la oficina. Cualquiera diría que no quieres pasar tiempo con tu marido, y dudo que esa sea la imagen que queremos proyectar, ¿verdad?

—Es un día laboral y no recuerdo haber accedido a abandonarlo todo para acompañarte en este... crucero.

Imogen se estremeció internamente ante la descortesía de sus propias palabras, pero no tenía otra opción. Estaba siguiendo el ejemplo que él había marcado dos años atrás. Después de lo que había sucedido la noche anterior y aquella mañana, estaba claro que desviarse de ese camino era peligroso. Que Zeph la considerara cruel, debía resultarle indiferente.

Los ojos de Zeph se endurecieron como rocas y se produjo un prolongado silencio. Cuando se sirvió la segunda taza de café y se preparó una tostada con jamón, observó a Imogen prolongadamente antes de decir:

—Está bien. Si es así como quieres que juguemos... Imogen sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Nada malévolo, Imogen. Si quieres trabajar hoy, perfecto. Yo haré de tu asistente.

Ella sacudió la cabeza.

—¿No querrás decir...?

—Quiero decir lo que he dicho. Así que, ¿vas a contarme qué tienes programado o prefieres que llame a mi ayudante y me haga un lío con lo que me cuente?

Ella resopló antes de poder contenerse.

—Tú nunca te haces un lío con nada —dijo. Zeph esbozó una sonrisa.

—Voy a tomarme eso como un cumplido —dijo a su vez. Y continuó comiendo.

Verlo resultaba hipnótico e Imogen tuvo que concentrarse en su propio plato para evitar mirarlo, pero no tardó en perder el apetito. Aún no había recuperado la quietud de pensamiento cuando Zeph se levantó inesperadamente y, horrorizada, Imogen volvió a verlo en su mente desnudo, con el sexo endurecido por el deseo, excitado.

Y como si pudiera leerle el pensamiento, él se inclinó y, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios, susurró:

—No voy a ninguna parte, querida esposa. Acostúmbrate a tenerme a tu lado.

Con esas palabras, salió del comedor con paso decidido.

Imogen se dijo que lo seguía porque era hora de trabajar, pero sabía que la motivaba la curiosidad de saber qué pensaba hacer Zeph a continuación.

Llegó antes que ella al despacho, pero en lugar de sentarse al escritorio se dirigió hacia la ventana. Hasta que Imogen no ocupó su sitio y abrió el ordenador, no se acercó para sentarse a su lado.

—¿Qué es lo primero en la agenda? —preguntó.

Imogen tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para dominar la turbación que le provocaba tenerlo tan cerca.

—Tenemos programada una reunión de la junta directiva en cinco minutos.

Zeph asintió y, reclinándose en el respaldo, se cruzó de brazos.

Ella repasó la lista de correos e hizo una mueca de contrariedad al leer uno de ellos.

—¿Algún problema? —preguntó Zeph.

—Los hermanos canadienses están poniendo pegas al contrato.

—Déjame ver.

Imogen ladeó el ordenador para permitirle leer. Él lo hizo asombrosamente rápido y dijo:

—Ignóralo.

—¿Qué?

—Déjales reflexionar unos días. Si insisten, diles que no. O aceptan el acuerdo tal cual o nos levantamos de la mesa.

Imogen fue a preguntarle si estaba seguro, pero un aviso de videollamada la contuvo.

—Hazme caso —musitó él. —Y confía en ti misma.

Ella abrió los ojos desmesuradamente porque era probablemente el consejo más positivo que había recibido en su vida. Y le asustó darse cuenta de que, de inmediato, ansiaba más.

Agradeció mentalmente la distracción que suponía la videoconferencia. Presionó el botón para aceptarla y vio cómo siete rostros aparecían en la pantalla.

El más antiguo de los directivos, Apostolos Goumas, uno de los más participativos, la miraba con ojos centelleantes.

Desde el primer momento lo había tenido en su contra, tanto por ser la esposa elegida por Zeph, pues se rumoreaba que confiaba que hubiera sido su propia hija; como, posteriormente, cuando ella se había convertido en miembro en la junta directiva, ya que era evidente que lo consideraba un terreno reservado a los hombres.

—¿Has localizado a tu esposo y no has creído conveniente informarnos? —preguntó a bocajarro.

Imogen no necesitó mirarlo para percibir la contrariedad de Zeph. Era la misma que sentía ella, pero la práctica de los años la ayudó a contenerse.

—En primer lugar, no sabía que tuviera que rendirte cuentas, Apostolos. Segundo: ¿qué habrías hecho de haberlo sabido? Si no recuerdo mal, llevas meses insistiendo en que lo dé por muerto. ¿Qué prisa tienes en saber que está vivo y goza de buena salud?

El anciano se enfureció y se inclinó hacia adelante como si fuera a ponerla en su sitio, pero otro miembro de la junta se adelantó:

—¿Se encuentra bien? —preguntó Vasili.

Entre el grupo de tiburones, era quizás el menos agresivo, aunque eso no significaba que no la despreciara.

—Muy bien —dijo ella.

Tras unos segundos, una vez comprobaron que no iba a entrar en detalles, sus semblantes pasaron de la irritación al enfado.

—Escucha, chica —saltó Apostolos, —no tienes ningún derecho a ocultarnos información. Necesitamos saber cuándo va a volver, si es que va a hacerlo. Y exigimos saber dónde ha estado todo este tiempo. Tú no puedes elegir cuándo...

—Puesto que es mi marido, sí puedo elegir. Apostolos se puso rojo de rabia.

—¿Qué hay del impacto que la noticia pueda tener en nuestra cotización en Bolsa? Podría ser catastrófico.

—He mirado el valor de nuestras acciones esta mañana y todo va bien. Por otro lado, estoy segura de que la noticia de que Zeph ha vuelto hará que suba nuestra cotización. Pero el anuncio no se hará cuando tú lo decidas, Apostolos. Ni ninguno de vosotros.

Varias caras la miraron con gesto airado.

«Confía en ti misma».

Imogen habría querido mirar hacia Zeph, pero lo evitó y mantuvo una expresión neutra, fija en la pantalla.

Como era de esperar, Apostolos fue el primero en expresar su disconformidad.

—¿Osas darnos lecciones sobre el funcionamiento de la empresa?

—No se trata de una lección; solo una opinión divergente —dijo ella con suavidad.

—¿Por qué hemos de creer en los rumores? Ninguno sabíamos que pudiera estar vivo. ¿Por qué hemos de creer que no te lo has...?

Apostolos se quedó súbitamente callado cuando Zeph se levantó, se acercó y su imagen llenó la pantalla desde detrás de Imogen. Luego se inclinó y, al ver su rostro en primer plano, se oyeron varias exclamaciones de sorpresa.

—Voy a fingir que no te he oído llamar mentirosa a mi mujer —dijo con heladora frialdad.

Uno a uno, Imogen los vio retraerse y acobardarse ante la fiera mirada de Zeph.

Algunas frases de bienvenida y forzadas sonrisas fueron apareciendo. Zeph las acalló con un leve gesto de la mano.

—Kalismera, caballeros. Como veis estoy sano y salvo, como ha dicho mi esposa. Me pondré en contacto con vosotros cuando así lo decida.

Entretanto, mostraréis a mi esposa el debido respeto —tras una pausa, se concentró en Apostolos. —Y la próxima vez que te oiga hablarle en un tono que me parezca inapropiado, sufrirás las consecuencias. Eso va para todos.

Imogen estaba a punto de terminar la llamada cuando Zeph alzó la mano.

—Una cosa más. Ni mi esposa ni yo estaremos disponibles las próximas semanas. Estoy seguro de que podemos confiar en que llevéis el día a día de la empresa —los asentimientos más o menos vacilantes se sucedieron. —Mi esposa va a escribir a los canadienses en un rato. Con eso, dará por terminada la jornada laboral, pero espera un informe diario de cada uno de vosotros.

Entonces, en medio de un torrente de bienvenidas, Zeph presionó el botón que dio la conferencia por concluida. Luego, se quedó inmóvil, sin apartar la mirada de Imogen.

—No hacía falta que intervinieras —musitó ella.

—Lo sé. Pero o decía algo o los despedía a todos. Imogen lo miró sorprendida.

—Pero... a algunos los conoces desde hace años.

—Da lo mismo. No consentiré que te falten al respeto.

«Ni siquiera me conoces. ¿Qué pasará cuando recuperes la memoria y te des cuenta de que soy el enemigo?».

Imogen habría querido gritar aquellas palabras para mantenerse centrada y, sin embargo, lo que Zeph había dicho le hacía sentirse protegida y valorada tal y como llevaba anhelando toda su vida y que ya había asumido que jamás llegaría a experimentar. Era la primera vez que alguien le expresaba respeto, aceptación y reconocimiento a su valía, y tuvo que tragar saliva al alzar la mirada y ver la intensidad con la que Zeph la observaba. Porque... ¿no había un anhelo de conexión en sus ojos? ¿No reflejaban una profunda soledad?

No era posible. Se estaba dejando llevar por su imaginación y olvidaba al hombre con el que estaba tratando. Aun no reconociendo a los directivos, había dejado clara su autoridad sobre ellos. Ese era el verdadero Zeph y ese era el efecto que tenía sobre los demás.

Él volvió a ocupar su asiento y ella preguntó:

—¿A qué viene lo de tomarme unas semanas de vacaciones? Zeph giró la silla de ella para que lo mirara de frente.

—¿Vas a cortarme la cabeza por sugerirlo? —bromeó. Imogen intentó mostrarse más molesta que divertida.

—Lo habías planeado, ¿verdad?

—No del todo, pero tengo la sensación de que cargas con la mayor parte del trabajo cuando deberían ser ellos quienes lo asumieran. No parecía que estuvieran en Atenas. ¿Me equivoco?

Imogen se mordió el labio.

—Se tomaron las vacaciones anuales la semana pasada.

—¿Todos a la vez?

Ella se encogió de hombros.

—Puesto que me gusta hacerlo, no lo considero trabajo.

—Lo es si te impide pasar tiempo con tu recién recuperado esposo. Y no admito excusas.

—¿Y si me rebelo?

—Te has esforzado mucho para encontrarme. Siento no querer darle la espalda a lo que sea que hay entre nosotros. Puedes elegir entre sincerarte y contarme lo que me ocultas o pasar tiempo conmigo. Te he dicho que tenías hasta esta noche, pero preferiría que me contestaras ya.

Imogen supo que no tenía más remedio que resignarse.

—¿Tengo que elegir entre poner en riesgo tu salud hablándote de tu pasado o pasar tiempo contigo?

Zeph sonrió.

—Hay una tercera opción, pero no quiero que salgas huyendo si la menciono.

Imogen se ruborizó y la sonrisa de Zeph se convirtió en una carcajada.

—Está bien —dijo ella—. Acepto los seis meses. Zeph la miró con expresión triunfal.

—Efharisto, yineka mou —musitó. Y alargó la mano hacia ella. Imogen temió sucumbir a un nuevo roce, a una caricia. Carraspeó.



—¿Por dónde quieres empezar?

En lugar de responder, Zeph fue hacia el interfono y habló con el capitán en griego. Luego volvió hacia ella con paso felino.

—He pedido al capitán que prepare una ruta. La primera parada será en Montenegro. Tengo ganas de vivir una aventura.

Esa fue la primera de varias sorpresas. Una vez Imogen envió los mensajes correspondientes al personal para anunciar que se tomaba unas vacaciones, bajó al camerino para ponerse el bañador y acompañar a Zeph a la piscina.

Encontró el vestidor vacío. Tampoco quedaba ninguna de sus pertenencias en el cuarto de baño.

Fue con paso decidido al camarote principal y llamó a la puerta. En tono grave y burlón, Zeph le hizo pasar.

—¿Has hecho retirar mis cosas? —preguntó ella, evitando fijarse en que Zeph solo llevaba puesto el bañador.

—He asumido que accederías y he dado la orden. Puedes elegir entre ofenderte o aceptarlo.

—Pe-pero... antes dormíamos en habitaciones separadas.

—Antes. Ahora no me parece buena idea.

—¿Por qué no? ¿Para guardar las apariencias? Antes te daba lo mismo lo que pensarán los demás.

Zeph la miró con una mirada turbia que no supo interpretar.

—Está claro que antes pasaban muchas cosas que quiero modificar —dijo.

Imogen sintió que el corazón le daba un vuelco y se acusó de cobarde por no exigirle una explicación. Y no porque ansiara saberlo, sino porque temía que la respuesta no fuera la que ella quería oír.

Componiendo un gestor de indiferencia, dijo:

—Lo dejo pasar por esta vez, pero que no vuelva a repetirse —miró a Zeph, pero volvió a apartar la mirada rápidamente. —Y para que quede claro: no va a haber sexo entre nosotros.

Se enorgulleció de sí misma por ser capaz de marcar ese límite, porque estaba segura de que saltárselo solo conduciría a la locura.

Zeph contuvo una sonrisa burlona.

—Comprendido, esposa mía. Imogen tomó aire bruscamente.

—Para ti todo esto es una broma, ¿verdad?

—En absoluto. Es solo que no creo que valga la pena gastar energía peleándonos cuando podríamos usarla de una manera mucho más eficiente.

—¿En la cama, por ejemplo? —preguntó ella.

Y aunque pretendió sonar indignada, Zeph atisbó en sus ojos el velo que solía oscurecerlos cuando estaba excitada.

Sí, su esposa lo deseaba tanto como él a ella. Pero esperaría.

—En algún momento —replicó, aplacando a duras penas su rebelde libido.

—Entonces... —dijo ella, evitando darse por aludida, —¿qué tienes en mente?

Zeph contuvo un gemido, preguntándose si no sería mejor dejar de reprimirse y satisfacer su deseo para que el sexo dejara de ser una nube suspendida entre ellos.

Con voluntad férrea, apartó esa idea de sí.

—Aunque no te lo creas, me gustaría hablar de ti. Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¿De-de mí?

—No me mires tan alarmada, glikia mou. No es más que una conversación. Que tendrá lugar en cuanto te quites ese mojigato conjunto.

Imogen resopló y fue hacia el vestidor donde habían guardado sus cosas. Mientras, Zeph salió al balcón.

Había notado que la tripulación parecía sorprenderse cada vez que sonreía y cómo se habían cuadrado de hombros los miembros de la junta directiva al verlo.

¿Sería un tirano? ¿Era esa una de las razones por las que Imogen prefería mantenerlo a distancia?

Dejando escapar un gruñido, apartó de sí ese pensamiento.

Estaba seguro de que Imogen ya había dicho más de lo que pretendía. Tendría que ser paciente y no presionarla demasiado para acabar consiguiendo lo que quería. Aunque a veces fuera una pura tortura.

Como aquella misma mañana... Apretó los dientes y dio media vuelta.

Prácticamente tuvo que morderse la lengua para no gritar al ver a Imogen aparecer con un bikini dorado que se amoldaba a su cuerpo.

Aunque ya sabía lo hermosa que era, verla así lo dejó sin aliento.

«Theos, no pienso dejarla marchar».

Se movió para salir de su estupor y de sus obsesivos pensamientos, diciéndose que, con un poco de surte, acabaría cansándose de ella. Pero al instante, una risita escéptica resonó en su mente.

El nerviosismo de Imogen era palpable mientras caminaban juntos hacia la piscina de la segunda cubierta.

Zeph eligió una tumbona doble e Imogen se acomodó a su lado.

—Relájate —murmuró él.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —replicó ella con un rictus de incomodidad.

—¿Cuándo has disfrutado de unas vacaciones por última vez? Imogen se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

—Se supone que el que tiene amnesia soy yo. Ya era hora de que te tomaras unos días libres.

Imogen lo miró de soslayo.

—Mira quién fue a hablar. Según tu asistente personal, antes de desaparecer llevabas más de una década sin tomarte unas vacaciones.

Cuando él enarcó las cejas, Imogen explicó:

—Según Spyros, solo usabas el yate o alguna de tus casas de recreo para reuniones de trabajo o para acoger alguna gala de beneficencia. También me contó que tenían un rechazo patológico a las habitaciones de hotel y que por eso tenías tantas propiedades.

—¿Tengo una en Lago de Como? —preguntó Zeph sin saber por qué le salía ese nombre en concreto.

Ella asintió, dilatando los ojos.

—Sí. ¿Te suena? —preguntó entre la expectación y la alarma. Zeph archivó la información y se encogió de hombros.

—No sé. Solo se me ha pasado por la cabeza.

—Pues tienes una preciosa casa al borde del lago —dijo ella.

—Me encantará verla y comprobar si me trae algún recuerdo.

Aunque Imogen asintió, Zeph percibió un brillo de inquietud en su mirada.

Estirándose en la tumbona y queriendo ayudarla a que se relajara, cambió de tema.

—Ibas a hablarme de ti misma.

—No, tú me has exigido que lo haga. Pero yo no he dicho que esté de acuerdo.

Zeph suspiró.

—Empiezo a pensar que te gusta discutir conmigo.

Tras extenderse con rapidez crema protectora, Imogen dejó el tubo y carraspeó.

—¿Quieres que te resuma mi vida? —preguntó. Y continuó sin esperar respuesta—: Soy hija única. Mi padre habría querido tener un hijo.

Habló en tono neutro, pero Zeph percibió el dolor que teñía sus palabras

—Nunca nos llevamos...bien. Crecí pasando más tiempo con mis niñeras que con mi padre.

—¿Y tu madre?

Tras una breve vacilación, Imogen contestó:

—Murió a las pocas semanas de que yo naciera por complicaciones en el parto.

Zeph masculló algo en griego a lo que Imogen asintió con una sonrisa.

Él bajó la mirada hacia una toalla en la que estaba bordada una «O», seguida del nombre de una madre a la que no recordaba. Pensativo, recorrió la letra con el dedo.

—¿Te hablé alguna vez de mi madre? La mirada de Imogen se suavizó.

—No —contestó, sacudiendo la cabeza.

Zeph se sintió una vez más invadido por la inquietud. ¿Qué habrían compartido? ¿Por qué había arrancado de Texas a una mujer prácticamente desconocida y se había casado con ella?

Molesto por las preguntas que lo asaltaban y para las que no tenía respuesta, continuó:

—¿Dónde está tu padre? ¿A qué se dedica ahora?

Imogen apretó los labios como hacía cuando estaba contrariada.

—Asesora a un primo mío en una empresa petrolífera de Texas.

—Me extraña que no esté a tu lado, aconsejándote, tal y como haría un padre que desconfiara de la capacidad de su hija —al no obtener respuesta, Zeph la miró con ojos entrecerrados y dijo—: Lo ha intentado ¿no?

Imogen asintió.

—A los pocos meses de que desaparecieras, apareció en Atenas y se ofreció a ayudarme a navegar el barco hasta que te encontrarán. Tanto yo como la junta directiva rechazamos la oferta.

La opinión que Zeph tenía de aquellos hombres mejoró parcialmente.

—Me alegro de que sirvan para algo, aunque supongo que les preocupaban más sus propios intereses que cuidar de los tuyos. Y deduzco que tu padre no se ha ofrecido a quedarse para que te sintieras arropada.

Imogen se preguntó si se daba cuenta de que su voz destilaba amargura, como si el odio que sentía por su familia fuera filtrándose por la neblina de sus recuerdos y se manifestara sin que él pudiera ser consciente de ello.

—No. Me dijo lo que pensaba sobre mis capacidades y se marchó. Desde entonces, apenas hemos hablado.

Tras unos segundos de silencio, se sobresaltó cuando Zeph le acarició la mano con sus nudillos.

—Te mantuviste firme y protegiste lo que te importaba. Fuiste valiente.

Imogen habría querido reírse. Porque, aunque por un lado era un cumplido; por otro, era exactamente lo que él había hecho para asegurarse la claudicación de su padre.

Sacudió la cabeza para ahuyentar los pensamientos que la asediaban.

—Eso es todo lo que te puede interesar sobre mí —masculló.

Y antes de que Zeph reaccionara, se puso en pie y, pasando la piscina de largo, se sumergió en el mar.

Tras observarla durante unos minutos intentando resistir lo imposible, él hizo lo que llevaba queriendo hacer desde que había subido al yate.

Se puso en pie y fue tras su esposa.

Imogen percibió el instante en que Zeph se sumergía en el agua y se preguntó si estaba sincronizado con su mente. Desde que lo había encontrado, vivía en un constante estado de pánico.

Miró alrededor buscándolo, y vio que se aproximaba a ella. Un par de brazadas lo situaron a su lado.

—Lo siento —dijo ella. —No me he dado cuenta de que...

Zeph entrelazó sus piernas con las de Imogen y se abrazó a ella para flotar juntos

—Tranquilízate —la interrumpió. —El mar no representa un trauma para mí. Podía haberse quedado conmigo y no lo hizo —sonrió. —Salí de él convertido en un pescador.

Imogen sonrió a su vez.

—Sigo sin hacerme a la idea: el millonario convertido en pescador —bromeó.

—La prensa sensacionalista se volvería loca con un titular así —comentó él sin dejar de sonreír.

—En algún momento se hará público. Recuerda que tuve que anunciar quién eras en una iglesia llena de gente. Es solo cuestión de tiempo que se sepa.

—Ya nos ocuparemos de ello cuando suceda.

Imogen asintió, derritiéndose por dentro al oírle hablar de ellos como si formaran un equipo.

Continuaron flotando en el agua relajadamente, en silencio, hasta que ella preguntó:

—¿Eras... feliz?

Zeph se quedó pensativo antes de contestar.

—No tenía con qué comparar mi vida, así que aprovechaba al máximo lo que tenía.

La respuesta fue más pragmática de lo que ella había esperado. Y, sin embargo, retrataba a Zeph a la perfección: aceptaba lo que la vida le ofrecía y lo convertía en algo valioso.

¿No era así como había actuado después de que los Callahan arruinaran a su familia? Con diecinueve años, Zeph Diamandis, había erigido un imperio millonario partiendo de las cenizas de la amargura.

—Pero más allá de la pérdida de memoria, no dejaba de hacerme preguntas —añadió entonces él.

Imogen se puso alerta.

—¿De qué tipo?

Zeph se encogió de hombros.

—No soy neurólogo, pero supongo que es lógico que un hombre maduro se pregunte por qué sueña recurrentemente consigo mismo, de pequeño, en un estado de profunda angustia, ¿no crees?

Imogen tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no manifestar sus sentimientos, para no tensarse y poder, en cambio, asentir en silencio mientras el corazón se le encogía sabiendo que, cuando recuperara la memoria, Zeph la maldeciría por no haberle contado la verdad.

## *Capítulo 8*

**L**AS dos siguientes semanas transcurrieron de la misma manera, navegando por el Mediterráneo y el Adriático y visitando algunas de las casas de Zeph, donde este disfrutaba de pequeños placeres, como una barbacoa en la terraza de su mansión en Saint-Tropez o tomar una cerveza en Montenegro contemplando la puesta de sol.

Al mismo tiempo, todos los días dedicaban un tiempo al trabajo. En primer lugar, Imogen convocó una reunión con los altos ejecutivos de la empresa y el departamento de comunicación.

—Disculpad si no recuerdo vuestros nombres —dijo Zeph, sin dar más explicaciones, —pero quería que me vierais antes de que circulen más rumores.

Imogen vio las expresiones de sorpresa y las miradas cruzadas previas a concentrarse en lo que Zeph decía.

Él fijó la mirada en el jefe de prensa y continuó:

—Manda una nota a los medios anunciando que he vuelto. Mi ausencia se produjo por un leve accidente del que todavía me estoy recuperando. Por ahora, voy a pasar un tiempo con mi esposa y volveré a tomar las riendas de la compañía cuando corresponda.

El empleado carraspeó.

—El sector financiero estará ansioso por tener más detalles, señor Diamandis.

Zeph le dedicó una tensa sonrisa.



—Ese es tu trabajo. Explica que mi mujer ha estado al mando y que continuará estándolo hasta nuevas noticias. Eso es todo.

A continuación, Imogen disfrutó viendo como los hermanos canadienses inclinaban la cabeza cuando los amenazó con cancelar el acuerdo.

Al día siguiente pudieron celebrar la firma del contrato.

Pero Imogen estaba en un permanente estado de desconcierto entre el arrebatador encanto de Zeph y su refinada astucia cuando se trataba de negocios, que explicaba por qué había llegado a la cima del mundo empresarial.

Pero, además, había otros momentos en los que Zeph la miraba con una curiosidad que le atenazaba la garganta y le aceleraba el corazón, como si intentara adivinar qué le ocultaba; o mejor, por qué no era del todo sincera con él.

En cuanto a su memoria, aunque solo fuera muscular, iban apareciendo pequeñas grietas en el bloque de cemento en el que había quedado encerrado su cerebro. Como cuando, la semana anterior, Imogen le había visto marcar el teléfono de su ayudante personal sin acudir a la lista de contactos. El mismo ayudante cuyo nombre no lograba recordar.

Decir que Imogen estaba en permanente alerta no era una exageración. En cuanto a la electrizante atracción que había entre ellos...

Después de la primera mañana en su camarote, Zeph no había hecho la menor aproximación. Imogen se amonestaba por sentirse desilusionada y por la continua presión que sentía en el vientre y en el pecho; un acuciante deseo, exacerbado por compartir la cama con su marido que, al contrario que ella, cada noche dormía profundamente a su lado.

Como tantas otras veces, entró en uno de los salones del yate debatiéndose entre las ventajas e inconvenientes de la situación, y se paró en seco.

Zeph estaba sentado en un gran almohadón con un destello de furia competitiva en la mirada. A su lado, Nike, el miembro más joven de la tripulación, estaba igualmente concentrado. Lo que dejó a Imogen atónita fue lo que estaban haciendo.

¡Su marido estaba jugando a un videojuego!

Ninguno de los dos percibió su presencia porque estaban completamente abstraídos y su aire infantil hizo sonreír a Imogen.

Pero a Zeph se le pasaban pocas cosas desapercibidas demasiado tiempo. Sin mirarla, dijo:

—Parece que he vuelto a sorprender a mi esposa.

—Yo... sí. No puedo negarlo.

Poniendo el juego en pausa, Zeph miró al joven empleado con una inclinación de cabeza y este salió de la sala.

Zeph indicó con la mano el sitio que quedaba vacío e Imogen, sin salir de su perplejidad, aceptó la invitación. Pero las sorpresas no habían acabado: al sentarse, Zeph le ofreció el mando.

—¿Quieres que juegue contigo?

—Sí. Pero aplicando algunas reglas.

Imogen se dijo que era el momento de rechazar la oferta, pero la curiosidad pudo más que la cautela.

—No pienso jugar una versión de strip póker con videojuegos — advirtió a Zeph.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¡Qué mente más sucia tienes!

Imogen se ruborizó y él dejó escapar una carcajada.

—Entonces, ¿en qué estás pensando?

—En una fiesta para celebrar mi treinta y cinco cumpleaños — anunció Zeph—. En la casa del Lago de Como, la semana que viene.

Imogen frunció el ceño.

—Para eso no necesitas competir conmigo. Puedes hacer lo que quieras —dijo, reprimiendo el impulso de ponerlo en guardia contra la posible frustración de organizar una fiesta con gente a la que no reconocería.

—Lo sé. Pero me he dado cuenta de que todo va mucho mejor cuando tú te implicas plenamente.

«No, no lo hagas», le suplicó a su corazón, que se había acelerado al instante al sentirse halagado.

Estaba todavía intentando ser más racional cuando él le retiró un mechón de cabello tras la oreja y con una sonrisa persuasiva, volvió a acercarle el mando.

—¿Qué? ¿Jugamos?

Como era de esperar dada su naturaleza competitiva, Zeph ganó la partida y aquella misma tarde Imogen empezó a dar instrucciones a cocineros y organizadores de eventos al tiempo que se coordinaba con la secretaria de Zeph para elaborar la lista de invitados, que pronto rondaba los mil.

Unos días más tarde, mientras cenaban en un restaurante en Hvar, en la preciosa isla de Croacia, Imogen se preguntó si no debía comentar con él los riesgos de ver a tanta gente de golpe. Pero antes de que pudiera sacar el tema, él se inclinó sobre la mesa y, tendiéndole la mano, musitó:

—Baila conmigo.

Imogen miró alrededor pensando que podría excusarse porque no había pista de baile, pero descubrió que había una en un rincón, donde una pareja madura bailaba al compás de una suave y delicada música.

—Yo...

Zeph la miró contrariado, pero cambió de actitud al instante y explicó:

—No me gustaría descubrir en medio de la fiesta que no sé bailar. Imogen no fue capaz de negarse... ni quería hacerlo.

Tomó la mano de Zeph y lo siguió a la pista de baile. Allí, él le rodeó la cintura con un brazo y ella se dejó mecer por la música al tiempo que aspiraba su embriagador aroma.

Era la primera vez desde hacía semanas que se aproximaban tanto físicamente. Los masajes que le daba a menudo para aliviar sus dolores de cabeza implicaban otro tipo de proximidad. Y Zeph tendía a quedarse dormido en pocos minutos mientras ella se quedaba en parte satisfecha y, en parte, ansiosa.

Para la tercera pieza, sintió que sus entrañas se derretían. Se abrazó al cuello de Zeph y él le rodeó la cintura con ambos brazos.

—¿Cuánto tiempo vas a prolongar esta tortura, Imogen? —preguntó él súbitamente.

Sobresaltada, ella levantó la cabeza, que apoyaba en el hombro de él.

—¿De qué estás hablando?

Él la miró fijamente antes de contestar.

—Me refiero a hasta cuándo voy a tener que yacer a tu lado, noche tras noche, sin poder tocarte.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Pe-pero si te quedas dormido enseguida. Zeph sonrió con sorna.

—Me he especializado en fingir que duermo. Ella lo miró boquiabierta.

—No...

—Sí —dijo él con firmeza. —Así que te pregunto de nuevo: ¿cuánto tiempo va a durar esta tortura? Imogen, te deseo.

El corazón de ella dio un salto de alegría, pero intentó aplacarlo.

—Zeph, no creo que...

—No, claro que no. Prefieres negarte lo que realmente deseas antes que dármelo. ¿Es eso?

Zephyr había dado en el clavo. Sin embargo, en aquel momento, Imogen tuvo la sensación de que libraba una batalla perdida. ¿Cuánto tiempo iba a reprimir su anhelo? ¿No tenía la sensación de estar autoflagelándose?

Qué más daba que fuera ella quien estipulara que no habría sexo. Zeph había cumplido con la condición que le había impuesto y, haciéndolo, ella se estaba volviendo loca de deseo.

¿Podía permitirse cambiar de opinión? Por qué no. Era una mujer adulta. La voz de la cautela hizo su aparición, pero Zeph seguía llevándola por la pista, mirándola fijamente con sus ojos azules; y con cada segundo que pasaba, más ansiaba Imogen dejarse caer en un apasionado caos, comprobar qué se sentía al perderse en la promesa que intuía tras aquella mirada.

¿Podía equivocarse? Desde luego, Pero era un error al que estaba dispuesta a asumir.

«¿Y si es más un peligro que un error, un riesgo?». Ella impediría que lo fuera.

—Qué debate más largo —musitó él al ver que la respuesta no llegaba.

—Si al menos lo verbalizaras, podría defender mi caso. No sé si puedo soportar una noche más de tortura.

Que la deseara tan intensamente fue como acercar una cerilla a la mecha de su deseo. Tras un par de pasos más, Imogen musitó:

—Sí.

Él la miró con fuego en los ojos.

—«Sí» ¿a qué, exactamente, eros mou?

—Sí a lo que quieras.

Un destello triunfal volvió los ojos de Zeph incandescentes e Imogen se estremeció con la anticipación de lo que su mirada contenía.

Tomándola de la mano, él la condujo fuera de la pista.

—Vámonos —dijo.

Hizo una señal a los guardaespaldas que se habían convertido en una necesidad cuando la noticia de su vuelta se había hecho pública. Como era de esperar, las acciones habían subido como la espuma y la junta directiva se había mostrado convenientemente contrita y exultante con las ganancias.

Un guardaespaldas mascullo algo en un micro y, en cuestión de minutos, volvían al yate en un sedán.

En cuanto embarcaron, Zeph tomó en brazos a Imogen, que se echó a reír.

—Llegaríamos más rápido si me dejaras andar. Él la besó delicadamente y dijo:

—Pero no te tendría tan cerca. Es lo único que necesito y ya he tenido que esperar demasiado.

Esas palabras prendieron un deseo tan intenso en ella que para cuando llegaron al camarote, respiraba agitadamente y sentía el sexo húmedo. Nada más entrar, él le quitó el vestido. Luego deslizó una mirada ardiente por su cuerpo y exclamó:

—Christos, eres espectacular.

Imogen sintió un femenino poder que le hizo cuadrarse, exponiéndose a su mirada. Él se arrodilló y la sujetó por las caderas antes de acercar la boca a su entrepierna y acariciarla con su cálida respiración. Imogen dejó escapar el aliento y se asió a su cabeza para no tambalearse

Él entonces le rompió las bragas de encaje y sonrió cuando ella volvió a exhalar con fuerza.

—Perdona —dijo él.

—No creo que te importe —replicó ella, riendo. Él se encogió de hombros.

—Te compraré media docena... Aunque puede que vuelva a romperlas

—dijo Zeph con ojos chispeantes.

Luego dirigió la mirada de nuevo al frente y masculló algo en griego antes de levantarle una pierna para posarla sobre su hombro y presionar los labios en el centro de su sexo.

Imogen dejó escapar un grito.

—¡Zeph!

Entonces le flaquearon las rodillas y él la ayudó a echarse sobre la alfombra para luego proceder a devorarla.

Imogen se arqueó contra él, dejando que el deseo se apoderara de ella.

No supo si se debía a que había pasado tiempo desde que Zeph le había hecho aquello la primera vez, pero cada golpe de su lengua fue doblemente gozoso, doblemente placentero. Y en cuestión de segundos, alcanzaba un vertiginoso y dulce clímax, gimiendo su nombre entre convulsiones.

Empezaba a salir del momento más intenso de su vida cuando notó que Zeph le retiraba el sujetador. Pero en lugar de acariciarle los senos, tal y como ella asumió que haría, le recorrió el cuello con los labios hasta llegar al lóbulo de su oreja.

—Pienso hacer esto una y otra vez. Estás espectacular cuando te dejas arrebatar por la pasión.

Imogen abrió los ojos y encontró los de él fijos en ella como dos ascuas. Su sonrisa estaba cargada de deseo, sus manos se amoldaron a sus senos y dirigió la mirada a sus apretados pezones, observando sus propios dedos atormentándola. Cuando Imogen volvió a retorcerse de deseo, Zeph hizo una pausa, se desnudó precipitadamente y luego se agachó para tomarla en brazos y llevarla a la cama.

Entonces la dejó sentada en el borde y le dio un profundo beso que hizo fluir la sangre por sus venas. Imogen creyó morir de placer justo cuando él rompió el beso. Precipitadamente, con dedos temblorosos, Zeph sacó un preservativo de la mesilla y se lo puso. De inmediato volvió a besarla y la movió hacia el centro de la cama antes de cerrar sus mágicos labios en torno a uno de sus pezones, lamiéndolo y succionándolo hasta que Imogen creyó que se desmayaría de placer.

—Por favor, Zeph, por favor.

Él la tomó por las caderas y se elevó para colocarse sobre ella, presionando su sexo contra el núcleo de Imogen antes de presionar con decisión y adentrarse profundamente en ella. Imogen cerró los ojos y elevó las piernas para entrelazarlas a la cintura de Zeph.

—Abre los ojos, Imogen. Mírame. Recuerda a quién perteneces. Ella lo miró y dijo:

—¿Crees que podría olvidarlo?

Hubo un vestigio de pesar en sus palabras porque tuvo la certeza de que no pasaría un solo día de su vida sin que pensara en él. No supo si Zeph lo notó o no, pero se limitó a mirarla con un fuego ardiente, primario, en los ojos.

—Poly kalos —muy bien. —Pero aun así quiero que me mires.

Imogen no podía entender aquella determinación del hombre que la había arrancado de Texas para darle su apellido y luego ignorarla. Iba desnudándola de capas y eso la aterraba porque temía que acabara descubriendo en ella un alma anhelante y desesperada por ser... ¿amada?

Él le asió el cabello a la espalda con una mano, con la otra le sujetó la cadera y comenzó a mecerse en su interior con fuerza, intentando atrapar en cada caricia, en cada mirada, el deseo contenido tanto tiempo.

Y cuando Imogen creía que ya no podía sentir más, que quedaría exhausta, inane, una nueva oleada de placer la lanzó al precipicio y un grito sucedió a otro cuando alcanzó un deslumbrante clímax.

Sobre ella, Zeph mantenía la mirada clavada en sus ojos mientras aceleraba el ritmo, persiguiendo su propio desahogo. Con voz cargada musitó:

—Ha valido la pena esperar, eros mou.

Y, echando la cabeza hacia atrás, dejó escapar un profundo gemido que acompañó su orgasmo y provocó una réplica en Imogen.

Juntos cabalgaron febrilmente hasta que cayeron exhaustos, jadeantes y sudorosos. Imogen se abrazó a una almohada y Zeph se levantó, tambaleándose para ir al cuarto de baño a quitarse el preservativo. Para cuando volvió, ella estaba adormecida.

—Deberíamos ducharnos —dijo, arrastrando las palabras.

—Luego. Ven aquí —Zeph la atrajo hacia sí y ella se acurrucó contra su pecho.

Zeph acababa de vivir la experiencia más sublime de su vida.

Después de decidir que sería paciente, había tenido la oportunidad de aprender algunas cosas importantes sobre su mujer. Y todas ellas la habían hecho aún más atractiva a sus ojos. No había mentido al decir que las últimas semanas habían sido una tortura. Y en aquel instante, con sus cuerpos todavía sudorosos, debería sentir la satisfacción de la victoria y del deseo saciado.

Pero no sentía ni una ni otra. Solo ansiaba más... de todo.

El vacío que sentía en su interior seguía tan presente como la mañana que Imogen lo había encontrado. Pero sospechaba que ella era la causa de esa peculiar sensación de pérdida ¿O prefería creerlo porque en el fondo temía descubrir que hubiera otro motivo?

No. No creía que se tratara de eso. Lo que temía era que aquel peso en el pecho nunca se aligerara.

Estrechó a Imogen contra sí cuando ella se removió en sueños. Y al instante volvió a necesitarla. No solo sexualmente.

«Nunca la dejaré ir».

A un volumen creciente, esas palabras se repitieron una y otra vez en su mente, de manera que llegó a desear que las ahogara una de sus migrañas. Pero, irónicamente, se dio cuenta de que también había sido la mujer que estaba en sus brazos quien las había curado.

¿Estaría sobrevalorando la importancia de Imogen en su vida?

Las preguntas lo acribillaron y dejó escapar un resoplido de frustración.



Se encaminaban al Lago de Como y, tras la fiesta, volverían a Atenas. Tal vez la vuelta a la vida cotidiana disminuiría su dependencia de Imogen.

«¿Y si no es así?».

Acalló su voz interior y, besando la frente de Imogen, se dejó arrastrar por el sueño.

—Estás en deuda conmigo —dijo Zeph al oído de Imogen antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Imogen lo miró con ojos chispeantes. Había despertado hacía diez minutos y se había levantado sigilosamente para ir a ducharse. Pero Zeph la había seguido apenas un minuto más tarde.

—¿Y quieres que te la pague ahora? —preguntó ella.

—No se me ocurre un momento más apropiado.

Sintiéndose recorrida por un escalofrío de placer, Imogen se arrodilló ante Zeph y le excitó ver cómo su sexo se endurecía y sus ojos se oscurecían cuando abrió los labios para tomarlo en su boca.

Zeph siguió cada uno de sus movimientos, apoyando las manos en la pared de mármol.

Imogen asió su sexo duro y aterciopelado, y se sintió poderosa al ver que le temblaban las piernas y saber que podía despertar un deseo en él paralelo al que ella sentía.

Pero detrás de ese poder había una llamarada de pánico. Temía desearlo demasiado como para poder abandonarlo cuando se cumplieran los seis meses; que la necesidad de tenerlo cerca fuera mayor que la de recuperar su libertad.

Un profundo gemido la devolvió al presente. Tomó a Zeph profundamente en su boca, lo lamió y succionó hasta que de los labios de Zeph escapó un torrente de palabras obscenas.

Entretanto, mantenían la mirada fija entre sí, porque la conexión que establecían era tan embriagadora que se había convertido en una droga.

Y cuando el hombre que parecía un dios alcanzó el clímax y se entregó ciegamente a él, Imogen supo que estaba al borde de un precipicio que podía cambiarle la vida.

«Tienes que protegerte».

Encontraría la fuerza para distanciarse. Conseguiría resistirse a las manos que la ponían de pie, a la boca que la besaba apasionadamente, al cuerpo que la abrazaba al tiempo que la secaba y, tomándola en brazos, la llevaba a la cama.

Pero en aquel momento no podría haberlo hecho, aunque su vida dependiera de ello, así que ni siquiera lo intentó.

Y cuando Zeph se revolvió durante la noche con una de sus pesadillas, lo consoló y estrechó contra sí, sintiendo que el corazón iba a estallarle por todo lo que podría tener. Y por la vital información que estaba negándole.

Por más que buscara otra palabra, Zeph solo podía explicar lo que sentía por Imogen como adicción.

Estaba librando una batalla que estaba seguro de perder y no estaba siquiera convencido de querer ganar. Y eso era lo más alarmante. Porque durante los últimos diez meses, a pesar de la amnesia, había sido capaz de tomar decisiones sin titubear.

Sin embargo, en el presente... Se sentía fuera de lugar, como si su ropa favorita ya no le resultara cómoda, pero no tuviera con qué reemplazarla. Estaba rebuscando en la oscuridad y asiendo el vacío. ¿Tendría otra persona la llave para volver a sentirse entero?

¿Imogen?

No. Solo él mismo tenía la llave de su destino. ¿O no?

El corazón le latió aceleradamente mientras la incertidumbre seguía abrumándolo. Y solo se había acrecentado después de que hicieran el amor por primera vez.

Fijó la mirada en la casa que asomaba en el horizonte. La propiedad del Lago de Como. ¿Encontraría allí las respuestas que buscaba?

Unos brazos delgados lo abrazaron por detrás, ahuyentando sus lúgubres pensamientos.

—Por fin te encuentro. ¿Todo bien?

—¿Por qué no iba a estar bien? —la pregunta sonó más arisca de lo que había pretendido.

Imogen se tensó por un instante, pero enseguida se relajó... con extrema facilidad.

¿Qué le pasaba? ¿Iba a sospechar de la rapidez con la que su mujer pasaba por alto su mal humor? Zeph sacudió la cabeza, irritado consigo mismo.

—Todo está listo para la fiesta de mañana —añadió ella, apoyando al cabeza en su hombro.

Zeph asintió, sin apartar la mirada de la casa, como si esperara que algo lo sacara de su neblina mental. Al menos así podría tomar decisiones.

Como la de si quería redoblar sus esfuerzos para conservar a su esposa.

—¿Zeph?

Él se obligó a concentrarse en la conversación.

—Efharisto.

—No hace falta que me des las gracias. No he hecho más que algunas llamadas y todo el mundo ha ayudado entusiasmado. Creo que hasta habrían trabajado gratis.

Zeph se volvió y, al ver el rostro de Imogen iluminado por la más maravillosa de las sonrisas, su corazón se aceleró. Una vez más.

Estaba loco por ella.

—¿Zeph? —ella escrutó su rostro, inquieta. —Si tienes dudas, estamos a tiempo de cancelarla.

—¿Eso es lo que quieres que haga? —preguntó él, sin poder contener, una vez más, el tono desabrido.

—Solo lo digo porque podríamos reducir el número de invitados.

—No. Estoy harto de esconderme, yikena mou. Tras la fiesta, volveremos a Atenas.

En aquella ocasión la tensión de Imogen fue palpable.

—¿Ah, sí? ¿No habías hablado de seis meses?

—Sí, pero no tienen que transcurrir en el yate.

—Pero... ¿y tu amnesia?

Aunque le resultara doloroso, Zeph acalló esa preocupación.

—Puede que tenga que soportarla más tiempo del que querría. ¿Temes que no pueda?

Imogen dejó escapar una risa algo forzada.

—En absoluto. Siempre has tenido la habilidad de hacer cualquier cosa que te propongas.

El comentario destiló una amargura inequívoca, pero Zeph no pudo explorarla porque el contraamaestre apareció en aquel instante anunciando que iban a atracar.

El personal los recibió, alineado, en el vestíbulo de la casa.

Las presentaciones no conllevaron ningún súbito reconocimiento; no iluminaron ningún rincón de su mente.

En lugar de hacer un recorrido por la propiedad, Zeph pidió que le indicaran el camino al dormitorio y tomó la mano de Imogen.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—Sé lo que quiero hacer antes de que empiece la vorágine —dijo él, deteniéndose al pie de la escalera y besándole los labios.

—¿El qué?

—Tienes una oportunidad para adivinarlo, yineka mou.

Un encantador rubor coloreó las mejillas de Imogen y su respiración se agitó, tal y como él adoraba que sucediera.

Definitivamente, Imogen era una adicción de la que dudaba que fuera a curarse pronto.

El sexo había servido de ayuda, pero no había eliminado la sensación de vacío. Si acaso, todo lo contrario.

Zeph reflexionaba sobre ello mientras se abotonaba la camisa de seda negra, vistiéndose para la fiesta.

Imogen se estaba arreglando en el vestidor del otro lado de la habitación. Por un instante, Zeph se detuvo para escuchar sus movimientos y de pronto se dio cuenta de que eso era lo que quería seguir haciendo. Pero para ello, tendría que expresar sus sentimientos, no recurrir a estrategias ni negociaciones.

¿Cómo actuaría el hombre que todo el mundo creía que era? ¿Y el que él se sentía en su fuero interno? ¿Era capaz de asumir un riesgo sin estar seguro de ser retribuido?

«Sí». La respuesta fue firme, visceral.

Y siguió paralizado hasta que oyó los pasos de Imogen y, al volverse, se quedó sin aliento.

Llevaba un elegante vestido negro palabra de honor, con el escote decorado con pedrería que enfatizaba elegantemente su figura.

—Estás preciosa, matia mou —dijo con voz ronca.

Ella bajó la mirada, avergonzada. Y Zeph encontraba encantadora la forma en que se ruborizaba ante un cumplido la misma mujer que era capaz de plantar cara a un puñado de hombres malhumorados y a cualquier tiburón de los negocios que se cruzara en su camino.

Una vez había tomado su decisión, tener que posponerla fue aún más difícil, pero el ruido de motores y helicópteros exigió su inmediata atención.

De hecho, tenía que acabar de vestirse y, por más que tuviera la permanente sensación de que olvidaba algo, debía apartar ese pensamiento hasta más tarde.

—Tengo una cosa para ti —dijo.

Y fue hacia la caja fuerte que había tras un panel oculto en la pared.

—Pero es tu cumpleaños. Debería de ser yo quien...

—Podrás compensarme más tarde como quieras —dijo él en tono insinuante.

Ella rio.

—Tendrás que decirme cómo...

—Lo sabrás en cuanto se vayan los invitados.

Sin la mínima vacilación, Zeph marcó la clave de la caja fuerte e Imogen dejó escapar una exclamación.

—¿Te han recordado la combinación? Levemente alterado, Zeph negó con la cabeza.

—No.

Se miraron en silencio unos segundos. Luego él sacó una caja que había hecho que Spyros enviara antes de su llegada.

El collar era una sencilla cadena de platino de la que colgaba un diamante en forma de lágrima.

Imogen abrió los ojos desmesuradamente y Zeph confirmó la sospecha de que tampoco estaba acostumbrada a que le hiciera regalos.

—Zeph... no deberías...

—Pero lo hecho —dijo él. Y tras ponérselo y comprobar que le quedaba perfecto, añadió—: ¿Vamos?

Bajaron las escaleras de la mano.

Entre el mar de rostros y aplausos que los recibieron, Zeph quiso encontrar algún vínculo, cualquier cosa. Pero no halló nada.

Un hombre de aspecto formal y eficiente se aproximó. Zeph lo reconoció por las videollamadas.

—Spyros, gracias por venir —al ver que su ayudante lo miraba con curiosidad, añadió—: No, todavía no recuerdo nada —le dio una palmada en la espalda que pareció tomarlo por sorpresa y concluyó. —Ahora, disfruta de la fiesta.

Un consejo que él mismo fue incapaz de seguir mientras se paseaba con Imogen entre los invitados. La mitad de ellos le resultaron insoportables, mientras la otra mitad lo observaba entre la curiosidad y la aprensión.

Al cabo de dos horas, ansiaba que se fueran y poder quedarse a solas con Imogen.

Dejando a un nuevo grupo que juró estar a su disposición para cualquier cosa que necesitara, tomó la mano de Imogen y se la besó, al tiempo que mascullaba:

—¿Cuándo podemos dar esto por terminado? Imogen miró alrededor y, sonriéndole, contestó:

—Queda una última sorpresa y luego podemos echarlos a todos.

—Estoy deseándolo.

Imogen rio, y aquel sonido cantarín decidió el destino de Zeph. Aunque su vida juntos hubiera empezado con mal pie, él se ocuparía de que el futuro fuera muy distinto.

—Organiza pronto la sorpresa, agape mou.

Ella le dio una palmadita en el pecho con una expresión risueña.

—Tus deseos son órdenes. Dame cinco minutos.

Imogen se alejó y mientras la seguía con la mirada, Zeph vio a un hombre con una mujer embarazada del brazo... Y lo embargó una nueva emoción. Imogen. Embarazada.

Él cumplía treinta y cinco años. No tenía familia. ¿Acaso no era ya hora...?

Se quedó paralizado mientras la idea tomaba forma en su mente y se convertía en la semilla de un posible futuro. Para cuando salió de su estupor, Imogen había desaparecido entre la gente. Sin poder contenerse, él fue en su busca, ansioso por explorar aquel nuevo territorio.

Estaba en medio de una de las salas cuando oyó su risa y sus labios se curvaron de inmediato en respuesta.

Hasta que vio con quién estaba y su semblante se ensombreció.

Se trataba de aquel tipo, ¿Nate? ¿Nick? Caminaban juntos hacia el fondo del salón y sus voces le llegaron al acabar la pieza de música.

—¿Piensas ir pronto a Estados Unidos? —preguntó él. Imogen se encogió de hombros y contestó:

—Depende de cómo vayan los próximos meses.

—Si te acercas, llámame. Tenemos que ponernos al día.

No había mayor cliché que sentir que uno había concentrado toda su existencia en una persona y descubrir que alguien intentaba arrebatársela... O eso fue lo que Zeph pensó en aquel instante.

Y por lo que avanzó con paso de decidido, dispuesto a impedirlo.

## Capítulo 9

**D**EPENDE de cómo vayan los próximos meses».

Imogen había contestado a Noah con el corazón en un puño. ¿Le perdonaría Zeph cuando recuperara la memoria? ¿Querría mantener el plazo de seis meses una vez supiera las circunstancias de su matrimonio?

—¿Quieres que te traiga una copa? —preguntó Noah.

—Se la traeré yo —dijo Zeph en tono crispado, apareciendo detrás de Imogen.

Al mirarlo, ella comprobó al ver su semblante que estaba contrariado.

—Noah nos deja, ha dimitido. Ha aceptado una oferta de trabajo en Estados Unidos —explicó ella.

—Ah, entonces seguro que quieres presentarte a más invitados, por si puedes encontrar futuros clientes —dijo Zeph sin esforzarse por disimular su animadversión.

Noah entendió la indirecta y se marchó.

—No sé por qué te cae tan mal.

—¿De verdad eres tan inocente?

—¿Sobre qué?

—Está enamorado de ti —dijo Zeph, conteniendo la rabia a duras penas.

—¡Qué va!

Zeph replicó entre dientes:



—¡Le rompería el corazón oírte decir eso!

—¿Sientes pena por él? —preguntó Imogen, irritándose.

—Tengo derecho ahuyentar a cualquier mequetrefe que intente quitarme lo que es mío y a asegurarme de que mi mujer se entere de lo que está pasando.

—Muy bien. Lo tomaré como una advertencia.

Se miraron prolongadamente hasta que Zeph asintió con un gesto brusco de la cabeza, convencido de que el mensaje había sido recibido.

Y así era, aunque había sido completamente innecesario.

Porque en algún momento entre compartir la cama con Zeph y llegar a Italia, Imogen había abandonado toda batalla para proteger su corazón.

Estaba enamorada de su marido.

Y eso le causaba pánico y tristeza, porque sabía que ni el antiguo ni el nuevo Zeph recibirían bien la noticia. En la misma medida que estaba segura de que intentar reprimir aquel sentimiento la destrozaría.

—¿Me estabas buscando? ¿Querías algo? —preguntó, intentando sonar tranquila.

Zeph fue a decir algo, pero una carcajada a su espalda lo enmudeció. Deslizó la mirada por el vientre de Imogen y contestó:

—Ahora no. Luego hablamos.

—Muy bien. Necesito ocuparme de un par de detalles.

Zeph asintió una vez más con la cabeza y, tras una leve vacilación, Imogen se alejó de él.

¿Habría intuido Zeph lo que sentía? No era posible, puesto que ella apenas acababa de darse cuenta.

«Pero no olvides con quién estás tratando».

Su sentimiento de pánico se multiplicó mientras la organizadora de la fiesta le aseguraba que todo estaba en orden.

Luego volvió junto a Zeph.

Él le tomó la mano y se la besó antes de pasarle un brazo por la cintura y estrecharla contra su costado. Juntos contemplaron los espectaculares fuegos artificiales sobre el lago, que sirvieron de broche de cierre a la fiesta. Unas cuantas insinuaciones lograron que los invitados se fueran marchando.

Cuando Apostolos se retrasó y consiguió acorralar a Zeph en un rincón para hablar privadamente con él, Imogen aprovechó para tomarse un respiro.

¿Cómo iba a conseguir mantener en secreto su amor si cada palabra, cada gesto de Zeph hacía que su corazón reviviera?

Como Zeph, tampoco ella había recorrido la casa desde su llegada, porque había estado ocupada con la fiesta, y fue descubriendo rincones encantadores y pequeñas joyas a medida que paseaba por la villa. Tras cruzar la cocina, en la que dominaba un caos contenido, se encontró en un precioso patio pequeño, con un gran olivo en el centro.

Delante de una fuente había dos bancos con un parterre de césped a un lado y unos exuberantes rosales al otro.

Imogen se sentó en uno de los bancos con las manos en el regazo, alegrándose de poder transmitir una imagen de calma exterior cuando por dentro era un puro torbellino. ¿Podía atreverse a compartir sus sentimientos y confiar en que el nuevo Zeph... se alegrara?

Cerró los ojos con el corazón encogido, pero los abrió al oír unas pisadas que anunciaban la presencia de Zeph.

Lo vio entrar como un hombre dispuesto a la batalla. Que fuera contra ella o a su favor, lo averiguaría enseguida.

Él la miró fijamente.

—Zeph... —empezó con el corazón acelerado, sin saber si a continuación llegaba su castigo o su bendición.

Pero él la cortó con un movimiento seco de la cabeza.

—Apostolos acaba de contarme algunas cosas que requieren explicaciones.

Imogen vio que se quedaba súbitamente paralizado. Pero ya no la miraba a ella, sino a una puerta que quedaba a su espalda.

—¿Zeph? —lo llamó al ver que palidecía.

Zeph se estremeció y un murmullo inarticulado salió de sus labios. Ella se volvió, pero no vio nada. Entonces Zeph se tambaleó hacia adelante y señaló, diciendo:

—¡Esa es la puerta! Imogen exhaló con fuerza.

—¿La puerta de tus sueños?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he revivido ese momento mil veces. Era por la que solía entrar mi padre. Casi nunca usaba la principal porque mi madre pasaba casi todo el tiempo en la cocina con mi abuela. Mi padre siempre tenía que traer algo que mi madre había olvidado comprar.

Zeph frunció el ceño; su rostro era la viva imagen de la desolación.

—Mi madre era muy... impaciente. Mi padre solía decir que era mejor no hacerle esperar —Zeph miró a Imogen con expresión ausente. — Pero tú ya sabías todo eso, ¿verdad? —preguntó con una heladora frialdad.

Aquel sí era el puro estilo Zephyr Diamandis, el hombre con el que se había casado dos años atrás.

—¡Has recuperado la memoria!

Zeph la miró entre furioso y despectivo.

—Sí, querida esposa. Me acuerdo de todo.

Imogen no consiguió dejar de temblar mientras escrutaba el rostro de Zeph buscando alguna señal de compasión... Y fracasaba.

Habían vuelto al salón y Zeph iba de un lado a otro delante de la chimenea, como un animal enjaulado.

—Si necesitas saber por dónde empezar, puedo ayudarte —ofreció ella, desesperada por terminar con aquello y poder retirarse a lamerse las heridas... Porque no dudaba que las habría.

¿Qué haría? ¿Volver a Estados Unidos? Allí no quedaba nada para ella. Ni en ninguna parte del mundo. Se había atrevido a salir de su fría y solitaria existencia para alcanzar la luz y el calor, pero acababa de ser devuelta al punto de origen.

Zeph cortó el aire con la mano, sacándola de sus reflexiones.

—¿No crees que ya has hecho suficiente?

—¿Tú crees? Cuando estés más tranquilo, espero que me digas a qué te refieres —dijo ella, alegrándose de sonar calmada.

Él le dedicó una mirada de reprobación.

—Fuiste muy lista apareciendo en la iglesia para hacerme creer que querías recuperar a tu marido, cuando en realidad solo querías evitarte esperar, a la vez que impedías que cometiera bigamia.

—Ahora vas a culparme también de eso...

—Y de inmediato me dijiste que mis padres habían muerto para que me sintiera solo, para que me convenciera de que solo te tenía a ti. La conclusión lógica era que te querría conservar a mi lado. ¿Por eso apenas protestaste cuando propuse que volviéramos al yate? ¿Te venía bien que no tuviera cerca nada ni nadie que pudiera ayudarme a recordar?

—¿Estás elaborando una lista de mis pecados?

—Tu mayor pecado, querida esposa, es no haberme dicho que mi supuesta salvadora era también mi peor enemiga. La hija del hombre directamente responsable de que yo creciera sin nada.

Aquellas palabras pulverizaron el corazón de Imogen, convirtiéndolo en un amasijo de dolor. Pero tenía voz en la garganta y furia en el alma, y recurrió a ambas.

—¿Sabes qué? Que esperaba todo esto —se secó de un palmetazo las lágrimas que corrían por sus mejillas, pero fueron reemplazadas por otras.

—Sabía que me culparías de todo. De no haberte hablado de nuestra difícil historia, de lo que mi familia hizo a la tuya. ¿Has pensado por un instante que intentaba protegerte? ¿Que quería evitarte el dolor el mayor tiempo posible?

Zeph alzó la cabeza como si la mera idea lo ofendiera.

—No. Tú sabías lo de la puerta de mi maldita pesadilla porque te lo conté el primer día. Si no dijiste nada fue por protegerte a ti misma.

—¿De qué? ¿De que pensaras que soy una cazafortunas? ¿De que me consideraras tan mala como mi padre y mi abuelo? Eso ya lo pensabas antes. Lo dejaste bien claro cuando me arrastraste desde Estados Unidos a un juzgado para casarte conmigo y luego ignorarme —la voz de Imogen estuvo a punto de quebrarse, pero logró conservarla por pura fuerza de voluntad.

Dio unos pasos hasta quedarse a unos centímetros de Zeph.

—En cambio, el hombre que encontré en Efemia era amable; sonreía. Trataba a los demás con respeto y cortesía. Le importaba la gente. Si quieres que piense que no ha sido más que un producto de mi imaginación, allá tú. Lo borraré de mi memoria para siempre. Tú vuelve a Atenas, a todos esos conocidos que penden de cada una de tus palabras como si fueras Zeus reencarnado. A mí me da lo mismo.

Zeph emitió algo parecido a un gruñido animal, pero Imogen ya no iba a esforzarse por entenderlo. Se había equivocado, se había enamorado de un fantasma.

—Esta noche te he visto buscar a alguien conocido entre las caras que te rodeaban y sé que te ha dolido no reconocer a alguien. A mí me lleva pasando eso toda la vida. ¿Por qué no ves lo que tienes delante de los ojos?

—¿Es otra de tus estratagemas?

Algo se quebró en el corazón de Imogen. Su amor había sido inesperado y valioso, pero también profundo y sólido. Hasta que se había encontrado con el rechazo de Zeph.

—No, no es ninguna estratagema. Pero puede que no lo averigües hasta que sea demasiado tarde. Tus acólitos te han pagado sus respetos y esta noche puedes dormir tranquilo sabiendo que te han recibido con los brazos abiertos.

Imogen dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. La fría voz de Zeph la detuvo.

—No vas a irte tan fácilmente. Menos aún, cuando es posible que estés embarazada.

Ella se quedó paralizada.

—¿Qué?

—Anoche hicimos el amor sin preservativo. Me he dado cuenta durante la fiesta.

A Imogen le flaquearon las piernas y se apoyó en el respaldo de la silla más próxima.

—Muy bien, gracias por decírmelo —consiguió decir a duras penas.

—¿Perdona? —preguntó él indignado. Imogen alzó la barbilla.

—Ya me has oído. No voy a consentir que sigas denigrándome. Supongo que estás intentando buscar una excusa para culparme también de que no usáramos protección. Vuelve a Atenas, Zeph. Actúa tan mal como eres capaz. Me resulta familiar. Estoy segura de que pronto me dirás cómo vas a castigar mis actos.

Una vez más, dio media vuelta, pero Zeph le tomó la muñeca para detenerla.

—Todavía no hemos acabado, Imogen.

—Puede que tú no, pero yo sí. Estoy harta de ser el saco de boxeo de todo el mundo. Se acabó, Zeph. Se acabó.

Una leve vacilación cruzó el semblante de Zeph, pero recuperó al instante la frialdad marmórea que ahuyentaba a sus enemigos.

Imogen estaba harta de vivir con temor a aquel hombre.

—¿Qué vas a hacer, Zeph? ¿Quitarme Callahan? Adelante. Luché por conservarla porque era lo único que me quedaba de mi familia, pero era una ensoñación. En realidad, nunca he tenido una familia que valiera la pena conservar.

Él le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de bajarla a su vientre.

—¿Qué hay de la criatura que puedes llevar en tu interior? ¿Tampoco te importa? Si es así, lo quiero por escrito para evitar problemas cuando llegue el momento.

Imogen exhaló el aliento, incrédula.

—¿Serías capaz de arrancar a un hijo de su madre?

—Lucharía contra cielo y tierra por conservar lo que es mío. Como he hecho siempre.

Imogen sintió que el corazón se le partía en dos, pero no estaba dispuesta a permitir que él viera hasta qué punto podía herirla.

—No te andes con ambigüedades. Qué quieres decir exactamente.

—Muy bien. Si estás embarazada, no te dejaré ir ni en seis meses ni cuando se cumplan tres años. Nuestro matrimonio será permanente. ¿Te queda suficientemente claro?

—Sí. Bienvenido, Zeph. Y enhorabuena: sigues siendo un monstruo de primer grado.

Él asintió con la cabeza.

—Un monstruo que consigue lo que quiere. Y lo que quiere es que su esposa vuelva con él a Atenas. Sonreirás y estarás pendiente de mí. Porque haya o no bebé, seguimos casados, Imogen. Y todavía tienes que cumplir el acuerdo.

A Zeph le gustaba tener la razón en todos los aspectos de la vida.

Sin embargo, en aquel momento lo único que quería era que su instinto hubiera errado. Que la sospecha de que Imogen le ocultaba algo esencial no se hubiera cumplido. Que la sospecha aun mayor de que solo

ella tenía la llave para liberarlo de la angustiada soledad que dominaba su vida hubiera sido infundada.

Como la profunda adicción que sentía por ella. No solo por su cuerpo, sino por su mente y su espíritu.

Y odiaba intuir que aquella sensación no lo abandonaría nunca.

Porque significaba que iba a perder la batalla más importante de su vida. A no ser que... A no ser que...

—¡Spyros!

Su ayudante apareció al instante con gesto crispado. Sí, había conseguido que quienes le rodearan estuvieran siempre en tensión, pero tampoco eso le importaba.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó sin alzar la mirada

Cuando dos semanas antes había exigido a Imogen que volviera a Atenas y ella había contestado «ni en sueños», había estado seguro de que cambiaría de idea. Pero no lo había hecho.

Y unos días más tarde, había acabado de ensombrecer su vida con un escueto mensaje: No estoy embarazada.

Zeph no había creído que fuera posible alcanzar un mayor grado de desolación del que ya sentía, hasta que leyó aquel texto.

Le picaban los ojos y el dolor de cabeza que Imogen curaba con su magia le taladraba las sienes como un incesante recuerdo de lo que había perdido.

Theos, ¡la necesitaba!

«Sabes lo que tienes que hacer».

—¿No me has oído? —preguntó de nuevo al no recibir respuesta de Spyros.

—Ha pedido que no le digamos dónde se haya, señor. Zeph tomó aire.

—¿Cómo dices? —bramó.

—Lo siento, señor.

—No quiero que te disculpes. Quiero saber dónde está mi mujer —masculló.

¿Cómo se atrevía a desaparecer cuando...? Zeph quedó paralizado.

¿Estaría castigándolo por haberla dejado cerca de un año?

No. Esa no era la mujer con la que había compartido varias semanas.

Se puso de pie sin poder frenar la noción de que estaba equivocado en muchas cosas.

—Spyros —lo intentó de nuevo en un tono más amable. —Dime dónde está mi mujer.

Spyros lo miró con lo que Zeph interpretó como compasión.

—No lo sé, señor. Pero... le sugeriría que explore con su jefe de seguridad la posibilidad de hacer un rastreo de dispositivos —dijo.

Zeph buscó el teléfono con la mirada mientras Spyros salía. Escocia.

Su mujer estaba en Escocia. ¿Por qué, de todos los lugares posibles, había elegido un lugar tan inhóspito como las Highlands?

Eso no impidió que subiera al helicóptero para ir en su busca.

Ni evitó que estuviera de un pésimo humor para cuando localizó al amor de su vida descendiendo de una colina y mirando con ojos centelleantes al helicóptero que elevaba el vuelo.

Pero la mayor parte de su enfado iba dirigido a sí mismo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber ella.

Zeph pensó que la mujer que tenía ante sí era el ser más hermoso de la tierra.

—Yo podría preguntarte lo mismo. Imogen se encogió de hombros.

—Puesto que ya no tengo una empresa, estoy pensando en hacerme pastora —dijo con indiferencia, indicando unas ovejas dispersas.

Zeph respiró profundamente.

—¿Pensabas que interponer entre nosotros una cadena montañosa iba a impedir que te siguiera?

—Me daba lo mismo. Por favor, márchate.

La desesperación que Zeph percibió en su tono hizo que temiera haberla perdido para siempre.

—¿Cómo me has localizado? —preguntó entonces ella.

—He usado todos los medios posibles. Tenía que encontrarte, agape mou



—Zeph sacudió la cabeza. —Sobreviví a un océano, pero me he dado cuenta de que no podría sobrevivir sin ti. Por favor, Imogen, escúchame.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y dio un paso adelante. Zeph apretó las manos temblorosas para no alargarlas hacia ella.

—No por favor, márchate —repitió Imogen—. Vete de aquí.

A Zeph se le desplomó el corazón, pero al instante volvió a palparle con fuerza.

—Yo también preferiría irme.

Imogen se tensó y lo miró con una arrogancia que él habría querido borrar de un beso.

—Entonces no deberías haber despedido al piloto. Pero no te preocupes, la carretera a la ciudad es esa —dijo ella, apuntando con el hombro.

—Yo también preferiría irme, pero contigo. Quiero que volvamos juntos al yate y que no haya entre nosotros más que alegría, bienestar... Y sexo.

Ella lo observó brevemente antes de desviar la mirada.

—Eso fue un sueño. Unas semanas en una burbuja, hasta que reapareció tu verdadera personalidad.

Zeph hizo una mueca de desdén.

—Mi verdadero yo —rió con amargura. —Ya no sé lo que eso significa. Al ver que Imogen vacilaba, aprovechó la oportunidad y continuó:

—¿Cómo voy a ser el hombre que solo buscaba venganza cuando sin ti aún seguiría perdido?

Imogen negó con la cabeza.

—En algún momento habrías recuperado la memoria y...

—No me refiero a eso, Imogen, sino a mí mismo. Al hombre que tienes ante ti —Zeph se golpeó el pecho. —Tú me enseñaste quién era cuando yo ni siquiera sabía que me estaba buscando. Tú me abriste los ojos para enseñarme a ser mejor, mucho mejor persona, agape mou.

—Ah, claro, hice todo eso —dijo ella, sarcástica. —Pero, aun así, me echaste de tu lado sin la menor vacilación.

Zeph tragó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Me aterraba hasta qué punto te deseaba. Llevaba toda la vida dependiendo exclusivamente de mí mismo. Aprendí a vivir como un lobo solitario y cuando nos casamos, te mantuve a distancia porque era lo único que sabía hacer. He vivido siempre solo y furioso, y no era capaz de darme cuenta de que no todos los Callahan eran responsables de lo que le había pasado a mi familia.

Apretó los dientes, deprecándose a sí mismo, pero decidido a contar toda la verdad.

—Puede que te eligiera como parte del acuerdo porque sentía celos de que tuvieras una familia y yo no. Actué mal, pero quería que experimentaras al menos parcialmente lo que yo... había padecido. Y luego apareciste en aquella iglesia para reclamarme y por primera vez sentí que... pertenecía a alguien. Me enamoré de ti. Ya no estaba solo; era una sensación maravillosa. Y demasiado buena como para ser verdad. Por eso te alejé de mí. Siempre me arrepentiré de haber actuado de esa manera, y por eso suplico que me perdones.

Imogen lo miró boquiabierta.

—¿Es-estás enamorado de mí?

—Tanto que... —admitirlo fue un bálsamo para Zeph. —Después de la fiesta había pensado pedirte que olvidáramos el estúpido acuerdo de los seis meses. Iba a insistir en que renováramos nuestros votos.

—Zeph... ¿me amas? —repitió Imogen con lágrimas en los ojos.

Él dio un paso adelante, irritándose con el viento que alborotó el cabello de Imogen y le impidió ver su rostro. Pero entonces, ella alzó la mano para retirárselo y al comprobar que seguía llevando el anillo de boda, estuvo a punto de caer de rodillas.

—Te amo, Imogen Diamandis. Tuve que perder la memoria para descubrir que no podía vivir sin ti. Si me aceptas, juro no volver a separarme de ti. Átame a tu costado y deja que te ame hasta que el mundo se acabe. Por favor.

Imogen rompió a llorar y él la abrazó con fuerza, buscando sus labios para sellar y reanimar un corazón que habría dejado de palpar sin ella.

Y ese corazón revivió cuando Imogen le devolvió el beso. Cuando separaron sus labios, Imogen se acarició el vientre.

—Siento que la prueba saliera negativa. Solo entonces me di cuenta de que hasta qué punto lo deseaba.

—Así es como se aprende, ¿no? Negando lo que tenemos ante nuestros propios ojos hasta que lo perdemos. Y entonces descubrimos hasta qué punto somos estúpidos.

—¿Acabas de llamarme estúpida? —preguntó ella con ojos chispeantes.

—Oh, no, agape mou. Ese honor me lo reservo a mí mismo. Ella lo miró entonces con ternura y musitó:

—A mí me da lo mismo lo que seas con tal de que me ames la mitad de lo que yo te amo a ti.

El rugido de felicidad que emitió Zeph ahuyentó a las ovejas que pastaban apaciblemente cerca de ellos, pero él solo podía pensar en besar a Imogen.

—Te necesito, agape mou —dijo cuando separó sus labios de los de ella.

—En cuanto a Callahan, hay un pequeño motín que requiere tu presencia. Tus clientes exigen que vuelvas. Dicen que eres mucho mejor presidenta que yo.

—Solo porque creen que pueden manipularme.

—Te equivocas. Diamandis te necesita. Yo te necesito. No soy nadie sin ti.

—Oh, Zeph. Ni yo sin ti. Él miró alrededor.

—Aunque me encantaría sellar nuestro amor de inmediato, no sé si me apetece tener a las ovejas como espectadoras.

La risa de Imogen hizo cantar a su corazón. Y de pronto se dio cuenta de que el constante dolor que sentía en el pecho había desaparecido. Declarar su amor lo había sanado.

—He alquilado una casa a un kilómetro de aquí —musitó Imogen contra sus labios a la vez que metía la mano por debajo de su abrigo y se abrazaba su cintura.

Zeph la desconcertó al negar con la cabeza y sacar el teléfono del bolsillo.

—Tengo una idea mejor. El helicóptero puede recogernos en dos minutos.

Imogen lo miró desconcertada.

—¿No le has dicho al piloto que se fuera?

—Solo al otro lado de la colina. Tu marido no es tonto. Imogen rio y se abrazó a su cuello.

—Estoy deseando vivir una nueva aventura contigo, Zeph. Te amo.

La emoción atenazó la garganta de Zeph. Cuando pudo hablar, musitó:

—Estaba perdido y me encontraste. Me has salvado, mi amor. Eros mou, te pertenezco. Para toda la eternidad.